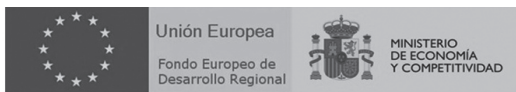


# Escritoras europeas

---





"Una manera de hacer Europa"

**PROYECTO COFINANCIADO POR LOS FONDOS FEDER**

**Referencia del Proy: I+D FEM2015-70182-P**

Colección: Escritoras y pensadoras europeas - Serie AUSENCIAS  
(Proyecto I+D del Ministerio de Economía y Competitividad FEM2015-70182-P)

Dirección y coordinación: Mercedes Arriaga Flórez

Consejo asesor: Iris M. Zavala (Universidad de Utrech), Estela González De Sande (Universidad de Oviedo), Salvatore Bartolotta (UNED), Alejandra Pacheco Costa (Universidad de Sevilla), Elena Jaime de Pablos (Universidad de Almería), Judith Castañeda Mayo (Universidad Juárez, Autónoma de Tabasco), Ana María Díaz Marcos (Universidad de Connecticut), Antonella Cagnolati (Universidad de Foggia), Verónica Pacheco Costa (UPO), Rosa María Grillo (Universidad de Salerno), Diana de Paco (Universidad de Murcia), Mercedes González de Sande (Universidad de Oviedo), Isabel González (Universidad de Santiago de Compostela), Sabrina Veneziani (Universidad de Bari), Eduardo Viñuela Suárez (Universidad de Oviedo), Aurora López López (Universidad de Granada), Socorro Suárez Lafuente (Universidad de Oviedo), Milagro Martín Clavijo (Universidad de Salamanca), Katjia Torres Calzada (UPO).

Secretaria: Dolores Ramírez Almazán.

Vocales: Dolores López Enamorado, Carmen Ramírez Gómez y Gemma Vicente Arregui.

© *Escritoras por la Igualdad en el Resurgimiento Italiano: Eleonora Fonseca Pimentel, Giuseppina Turrisi Colonna, Enrichetta Caracciolo y Caterina Percoto*

© Salvatore Bartolotta, Rocío Luque, Mercedes Tormo-Ortiz

*(Este libro reproduce fielmente el archivo proporcionado por el autor)*

© 2019, ArCiBel Editores, S. L. - Sevilla (España)

Diseño de Portada: Gabinete gráfico de ArCiBel Editores, S.L.

Impresión: Quares

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-15335-89-4

Depósito Legal: SE 1486-2019

[www.arcibel.es](http://www.arcibel.es)

[editorial@arcibel.es](mailto:editorial@arcibel.es)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright"©, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

**Escritoras por la Igualdad en el Resurgimiento Italiano:  
Eleonora Fonseca Pimentel, Giuseppina Turrisi Colonna,  
Enrichetta Caracciolo y Caterina Percoto**

Salvatore Bartolotta  
Rocío Luque  
Mercedes Tormo-Ortiz

*ArCiBel Editores*



## INTRODUCCIÓN

Tradicionalmente, la historia del Risorgimento se ha decantado por su lado masculino, sin contar con que este momento es el primero en el que la presencia de las mujeres es abierta y reconocida (Drago: 1960, 13). El papel de las mujeres durante esos delicados años fue muy importante y sin duda la Historia, con mayúsculas, tiene una deuda con ellas. En la primera mitad del siglo XIX, algunos de los salones más influyentes en los que se reúnen patriotas, revolucionarios e intelectuales italianos están encabezados por mujeres, como Bianca Milesi, Metilde Viscontini Dembowski, Teresa Casati y Cristina Trivulzio di Belgiojoso. Particularmente relevante es la presencia femenina en el movimiento Mazzini, desde Sara Levi Nathan hasta Antonietta De Pace y Giuditta Bellerio Sidoli. Algunas mujeres también se distinguieron por su papel en los campos de batalla. Mujeres como Luisa Battistotti Sassi, combatiente en los Cinco Días de Milán, Colomba Antonietti, caída en defensa de la República Romana, Anita Garibaldi, esposa de Giuseppe Garibaldi, Rosalia Montmasson, que participa en la Expedición de los Mil como enfermera, o Antonia Masanello y Giuseppa Bolognara Calcagno, que se unieron a las tropas garibaldinas como soldados.

Así pues, la contribución de las mujeres al Resurgimiento o la Reunificación de Italia, se puede observar en dos niveles: uno popular, que resalta su presencia dentro de las masas populares, en el que las mujeres están valerosamente presentes en los disturbios y en la lucha por el pan, y otro intelectual, generalmente representado por mujeres burguesas, que se distinguieron con una participación activa en los diferentes sucesos que llevaron a la independencia de Italia, en la elaboración de textos escritos, en la creación de periódicos y clubes de mujeres comprometidos en la lucha por los de-

rechos civiles y políticos de las mujeres. En cualquier caso, ambas categorías pagarían a menudo su atrevimiento con la muerte. Las intelectuales se adhirieron generalmente a los ideales de libertad e igualdad que la burguesía oponía a los privilegios de nobleza y clero.

El 25 de agosto de 1848 en el periódico político-literario de Bolonia, “La Dieta italiana” se pudo leer:

Il dì 8 di agosto [*giorno della ribellione di Bologna agli austriaci*] segnerà per l’Italia un’epoca feconda di magnanimi esempi e di gloria. L’austriaco [...] calcava insolente le vostre belle contrade; ma un grido di vendetta sorto nella vostra città volse nei passi della fuga le orde vincitrici. Non vi fu un Bolognese che non fosse un Eroe, e voi felici o sorelle che avete tali sposi. Tali figli, tali fratelli! Voi pure partecipaste alla loro gloria, voi con le vostre parole magnanime li infiammastе alla pugna, li confortaste affaticati, li esortaste a vendicare gli oltraggi stranieri [...]. Se l’Italia dovrà di nuovo combattere, noi additeremo ai nostri figli, ai nostri sposi e fratelli l’esempio dei vostri, e questo esempio li lancerà sul campo della gloria, li renderà vittoriosi. (Gavelli-Sangiorgi-Tarozzi: 1998, 25).

El 8 de agosto [día de la rebelión de Bolonia contra los austriacos] marcará para Italia un momento fructífero de magnánimos ejemplos y gloria. El austriaco [...] pisoteó vuestras hermosas tierras insolentemente, pero un grito de venganza surgió en vuestra ciudad, haciendo volver sobre fugitivos pasos a las hordas victoriosas. No había un boloñés que no fuera un héroe, y vosotras, felices, ¡oh hermanas, que habéis tenido tales esposos! ¡Qué hijos!, ¡Qué hermanos! Vosotras también participasteis en su gloria, vosotras, con vuestras magnánimas palabras, les imbuisteis el espíritu de la lucha, les consolasteis cuando estaban cansados, los exhortasteis a vengar los ultrajes extranjeros [...]. Si Italia tuviera que pelear nuevamente, enseñaremos a nuestros hijos, a nuestros esposos y hermanos vuestro ejemplo, y este ejemplo les lanzará al campo de la gloria, les hará victoriosos (T. de los A.).

También en el *Monitore Napoletano* encontramos esas referencias a la gloria:

Presentò la giornata di Lunedì il più vago spettacolo all'occhio, il più dolce al cuore del vero Cittadino. Il Gen. in Capo nel passar rivista alla truppa Francese, e Cisalpina, la passò ancora alla nostra truppa Nazionale. Le tre legioni già formate di questa, dopo esser passate in marcia per molti quartieri, si schierarono tutte a doppia riga di fronte dal largo di S. Nicola alla Carità fino a quello delle Pigne, e componevano tutt'insieme il colpo d'occhio più sorprendente, più piacevole, e più maestoso. L'aria marzial e vivace, che stava ne' loro volti, la stessa varietà dell'abito, che non ancora tutto in uniforme militare, additava appunto una truppa civica, e dove ciascuno è sull'armi, non perché soldato, ma perché cittadino; L'ondeggiare de' pennacchi, il concorso degli spettatori ne' balconi e su le strade; la giornata coverta e non molestata né da sole, né da vento o acqua, tutto concorrevà ad accrescerne la gioja. Il vario suono delle belliche marce, il veder questa truppa creata ad un tratto quasi un miracolo della libertà, faceva insieme tenerezza e meraviglia. Qual madre non si senti allora capace di dire come le Spartane quando a' figli presentavan lo scudo, «torna o con questo, o su questo»; Qual donzella non desiderò, come le Sannitiche di esser per mano della patria data in premio al più forte? Nuove arie, nuove fisionomie, nuovi volti: cominciamo alfin poi a comprendere con immagini sensibili le descrizioni, che gli antichi Greci ne lasciarono dell'aspetto, e del contegno de' loro eroi; quegli eroi, e chi li descrisse eran uomini liberi (No. 15 del *Monitore*, 30 de marzo de 1799).

Presentó la jornada del lunes el más áureo espectáculo a los ojos, el más dulce al corazón del verdadero ciudadano. El general en jefe pasó revista a las tropas francesas y cisalpinas, la pasó nuevamente a nuestras tropas nacionales. Las tres legiones ya formadas, después de haber marchado a través de muchos distritos, todos alineados en una línea doble opuesta desde el Largo di S. Nicola hasta el Carità hasta el de Pigne, y compusieron juntos sorprendente, más agradable, y más majestuosa. El aire marcial y animado, que se

alzaba en sus rostros, la misma variedad de vestimenta, que aún no tenía uniforme militar, apuntaba a una tropa cívica, y donde cada uno está en el ejército, no porque sea un soldado, sino porque es un ciudadano. El ondular de los penachos, el concurso de espectadores en los balcones y en las calles, el día cubierto sin que sol, viento o agua pudiesen molestar, todo ello contribuyó a aumentar la alegría. Los diversos sonidos de las maravillosas marchas al ver a esta tropa crearon casi un milagro de libertad, combinación de ternura y asombro. ¿Qué madre no se sintió capaz de decir como las espartanas cuando los infantes les presentaban sus escudo, “regresa con este escudo o sobre él”?; ¿Qué doncella no querría, como las samnitas, ser dada matrimonio en nombre de la patria como recompensa a los más fuertes? Nuevos aires, nuevas fisionomías, nuevos rostros: comenzamos por fin a comprender con imágenes sensibles las descripciones que los antiguos griegos dejaron de aspecto y el comportamiento de sus héroes; aquellos héroes, y quienes los describieron eran hombres libres (T. de los A.).

Es sin duda la voz de las mujeres italianas, que tomaban la palabra, y lanzaban un mensaje, su mensaje. Este mensaje estaba dirigido a las “hermanas” de Bolonia. Pero, ¿quiénes eran estas felices y orgullosas figuras femeninas para tener “tales esposas, tales hijos, tales hermanos”? ¿Eran sus vidas diferentes a las de las hermanas que lucharon por la libertad en todas las naciones europeas? En realidad, no. Comparten con ellas el mismo ideal de mujer, esposa y madre que la sociedad de su tiempo consideraba el ideal. La mujer ideal del siglo XIX era una esposa y ama de casa, considerada pura por aquellos que la rodeaban. Desafortunadamente, la vida para una mujer de esta época se encontraba habitualmente con dificultades, ya que muchas no tenían los medios para vivir a la altura de esta norma social. Las normas sociales en este periodo eran bastante diferentes a las de hoy en día. Los roles de género eran claros y generalmente respetados. Se esperaba que una mujer se casara a una edad temprana y que se presentara y representara a sí misma como un individuo delicado, débil e indefenso. No debía expresar sus opiniones públi-



camente, y menos si había delante varones. Aunque muchas mujeres tenían conflictos internos acerca del trato sexista, la mayoría lo aceptaba y se comportaba de manera inocente y sumisa.

Habitualmente, las mujeres pasaban sus días trabajando en el hogar, criando a sus hijos, haciendo visitas, cosiendo y, generalmente, ocupándose de su cuidado personal. Las esposas actuaban como representantes o secretarias de sus esposos en la mayoría de las circunstancias.

Idealmente, en la sociedad italiana del siglo XIX, una mujer debía casarse joven y trabajar en su hogar criando a los niños y organizando la casa para su esposo. Sin embargo, las mujeres de clase media y obrera no tenían otra opción más que buscar trabajos, ya que los salarios de sus esposos eran bajos o eran solteras. El trabajo más común para una mujer era el de sirvienta. Estas mujeres solían vivir con sus jefes y el pago era relativamente pobre. Otros empleos incluían trabajar en la incipiente industria textil, ser comerciantes o enfermeras. Para algunas mujeres pobres y analfabetas su única forma de sustento era la prostitución. Al aproximarse el nuevo siglo, se abrió un nuevo campo a las mujeres en el área de la educación y muchas optaron por hacerse maestras.

Desde la Revolución Francesa, se produjeron cambios en la moda europea. La vestimenta se convirtió en objeto de propaganda ideológica. Los revolucionarios adoptaron vestimenta de las clases bajas en lugar de medias y los calzones usados por nobleza. Este traje revolucionario evolucionaría hasta llegar a ser el estilo ciudadano durante el siglo XIX, compuesto por carmagnole, pantalón (sans-culotte), una escarpela tricolor y gorro. A principios del XIX, la moda no varió mucho. El vestido femenino tenía la cintura excesivamente alta, pretendía imitar las formas de la Grecia y Roma antiguas. Eran vestidos sencillos de algodón que no usaban corsés y se acompañaban con chales. La restauración francesa en 1814 produjo una reacción en la moda femenina que trajo otra vez los corsés y armaduras. Volvió el talle de la cintura y las mangas de

pernil (desde el hombro hasta el codo) muy estrechas. Los vestidos solían ser muy elaborados, con cinturas en “V”, capas sobre capas de telas finas y elegantes mangas acampanadas. Los atuendos se hacían más elaborados año a año, mientras el encaje y los adornos con cuentas se volvían comunes entre la élite. Las mujeres adineradas solían cambiar sus atuendos hasta seis veces en un día, según el evento o tiempo (por ejemplo, visitar amigos, ir a la ópera, viajar, cenar, asear, etc.). Por contra, las mujeres pobres usualmente vestían harapos y no era poco común que usaran atuendos que habían pasado por numerosas mujeres. La mayor diferencia aparente entre clases sociales en esta época era la forma en que una mujer se vestía. Mientras las mujeres proletariadas trabajaban fuera del hogar y criaban a sus hijos, se ejercía una fuerte vigilancia moral que se manifestaba de modo claro en el vestido. Los desvanecimientos románticos que sufrían a la menor alteración emocional se debían al uso opresivo del corsé. Los vestidos de las mujeres de clase alta obligaban a adoptar posturas poco naturales, que forzaban la figura de la mujer. Poco a poco los cambios en la forma de vida y las costumbres hicieron cambios en la forma de vestir hacia formas más cómodas y funcionales.

Para las mujeres italianas del siglo XIX, el matrimonio era un tema serio. Se entrenaba a las mujeres jóvenes para el matrimonio. Se les enseñaba a cantar y a bailar y, a veces, a tocar un instrumento o hablar lenguas extranjeras, todo por el propósito del matrimonio. Cuando las mujeres se casaban, se les requería que fueran esposas diligentes y que tuvieran muchos hijos. Mientras sus esposos estaban fuera trabajando, las típicas mujeres tenían que limpiar el hogar, educar a sus hijos y tener la cena lista para la llegada de sus esposos. Se les requería obedecer sus órdenes. Si una mujer y su esposo se divorciaban (lo cual era raro, pero no inaudito, como veremos en el caso de Eleonora de Fonseca y Pimentel) ella perdía todos los derechos sobre sus hijos y la división de propiedades.

En cuanto al resto de los derechos civiles, miles de mujeres lucharon durante más de setenta años para conseguir derechos políticos y legales. Trabajaron para conseguir leyes más justas en lo referente a la custodia de los hijos y al divorcio, leyes que permitieran a las mujeres casadas controlar sus propios ingresos y propiedad, por la educación superior y por el derecho al voto y a la participación política. Entre la década de 1850 y la de 1920, un número creciente de mujeres se organizó para reclamar sus derechos por toda Europa. El nuevo estado unitario exalta e idealiza a las madres y esposas del Risorgimento (en primer lugar, Adelaide Cairoli), pero no otorga ningún derecho a las mujeres. El voto (incluso administrativo) queda excluido. El derecho de familia, regido por el Código de Pisanelli desde 1865, se basa en la supremacía masculina y excluye cualquier decisión de naturaleza jurídica o comercial, a través de la solicitud de autorización marital. El artículo 486 del Código Penal de 1859 del Reino de Cerdeña, ahora extendido a toda Italia, preveía una pena de prisión de tres meses a dos años para la mujer adúltera, mientras castigaba a su marido solo en el caso de un concubinato. Inmediatamente comienza la batalla por la adquisición de la igualdad de derechos y el sufragio femenino en Italia. En 1864, Anna Maria Mozzoni, pionera del movimiento de mujeres en Italia, denuncia la discriminación legal a que está sometida la mujer a través de la publicación *La mujer y sus relaciones sociales con motivo de la revisión del Código italiano*. En 1867, el diputado Salvatore Morelli presentó el primer proyecto de ley para permitir a las mujeres votar; La propuesta es rechazada por un voto de la Cámara de Diputados. Los cambios legislativos son lentos y no será hasta bien iniciado el siglo XX que las italianas accedan al voto y al resto de derechos civiles en plena igualdad con los varones.

Volviendo al momento del Resurgimiento, la categoría de “compañeras” y “esposas” ofrece una importante galería de rostros, de mujeres animadas por el valor, los ideales profundos y los sentimientos sinceros hacia los “compañeros combatientes”. Quizá den-

tro de todas ellas la figura de Ana María de Jesús Ribeiro da Silva, más conocida como Anita Garibaldi, ciertamente la domina. De su Brasil natal partió para seguir los pasos del general nicense. Murió en los valles de Comacchio en 1849, agotada por la fatiga y las penalidades que sufrió al intentar escapar de los restos de la fracasada República Romana. Fueron muchas las jóvenes que acudieron al llamado de la idea de patria y de organización participativa del tejido social e institucional, que se estaba pergeñando y en la cual querían tener un papel y aspirar a ver aceptadas sus demandas de emancipación y protagonismo.

Mujeres que se entrevén, que se distinguen con dificultad entre los flancos de los hombres a los que acompañan. Pero también encontramos a mujeres que luchan en primera persona y en primera línea de batalla. “Sbarcata con i Mille a Marsala, fu la generosa infermiera Rosalia della giornata di Calatafimi”. Así reza una placa en Via della Scala, en Florencia, en recuerdo de Rose Montmasson. Rose Montmasson, esposa de Francesco Crispi, fue la única mujer que participó en la aventura de los Mil. Moriría pobre y sola, abandonada por un marido absorto en su ascendente carrera política.

El elenco de “donne del Risorgimento” no estaría completo si no incluyéramos a combatientes como Colomba Antonietti, herida de muerte por una bala enemiga mientras defendía la República Romana, o Luisa Battistotti Sassi, una de las protagonistas, arma en mano, de la caza a los austríacos que se produjo durante las Cinco Jornadas de Milán.

Otro precioso testimonio proviene de aquellas mujeres que, disfrutando de una posición social acomodada, albergaron y apoyaron desde el interior de sus salones acalorados debates y apasionados debatientes. Alrededor de los salones, lugares típicos de la sociabilidad aristocrática y burguesa, habían crecido, especialmente en los siglos XVIII y XIX, redes reales de relaciones entre grupos que promovían ideas diferentes, donde diferentes procesos y circuitos de aculturación política se habían desarrollado. Pero no sólo eso,

allí se compararon opiniones generalizadas. La realidad de la sala de estar era la de la casa, por lo tanto, un espacio privado, donde sin embargo surgió la vida externa a través de las lecturas, escuchando música y, principalmente, a través de la palabra, el debate. En la sala de estar, las mujeres eran protagonistas prominentes, y dentro de ellas a menudo comenzaban su educación personal en política. Un caso emblemático es el de la aristócrata Costanza D’Azeglio, de marcado carácter conservador. Su imponente epistolario (611 cartas dirigidas a su hijo Emanuele) ofrece hoy en día una mirada excepcional a los ideales, pasiones y visiones que animaron la escena cultural piamontesa en los albores de la Unidad de Italia. Dentro del mismo ambiente social, pero con ideales totalmente contrarios a los defendidos por Costanza D’Azeglio, se incluye la figura de Cristina Trivulzio di Belgiojoso, una mujer que, a pesar de sus nobles orígenes y proveniente de una familia muy rica, eligió para sí misma el camino patriótico y la oposición a la dominación extranjera, teniendo que optar repetidamente por la huida y el exilio para no ser encarcelada. Finalmente, si podemos definir la sala de estar como un modelo para la comparación de ideas, puede que no parezca extraño definir un periódico como una “sala de estar atípica”, como un lugar para reuniones, comparaciones y formación de redes de amistad. Llegadas a este punto, es imposible no mencionar el ejemplo y la figura de Eleonora Fonseca Pimentel. Pimentel, renombrada intelectual y fundadora y directora del *Monitore Napolitano*, que se convirtió en amiga y consejera de la reina María Carolina de Nápoles. Cuando el viento de la Revolución Francesa comenzó a soplar en la península, la reina se sintió traicionada por quienes se pasaron al partido de la república. Eleonora Fonseca Pimentel estuvo entre ellas. Caída la República Napolitana, en 1799, fue arrestada, juzgada y asesinada. La otra mujer, con una renombrada tradición periodística, de la que hablaremos es Enrichetta Caracciolo, quien tras muchas vicisitudes terminó formando parte de las tropas garibaldinas. Una mujer, forzada a entrar en el conven-

to a una temprana edad, pero que mantuvo una intensa militancia política clandestina y una actividad literaria incesante. La vida de Enrichetta Caracciolo es una auténtica mezcla de experiencias, que entraron en conflicto con la formación de la joven que había sido. Dejando atrás un pasado realmente difícil, lleno de constricciones e infelicidad, la vida de Enrichetta Caracciolo terminará siendo finalmente libre, uniéndose a un grupo político republicano y formando parte del elenco de mujeres del Resurgimiento italiano. Caracciolo denunció las tristes condiciones femeninas de las monjas del monasterio de San Gregorio Armenio, obligadas, como le pasó a ella, a una vida de sacrificios y de renunciaciones, alejadas de sus verdaderos intereses. En este sentido, en su obra surge todo el compromiso activo de una mujer, una patriota, una ciudadana que quiere luchar por la libertad y la Constitución.

Junto a ellas destacan por su obra y por su compromiso, las figuras y la obra de dos grandes poetisas: Giuseppina Turrise Colonna y Caterina Percoto. Giuseppina Turrise Colonna es una joven noble, pero alejada del modelo disipado que se asocia comúnmente con la nobleza siciliana. Estudia junto con su hermana Annetta con Giuseppe Borghi, llegado a Palermo cuando la disputa entre románticos y clasicistas era particularmente acalorada, y obtuvo un gran éxito con sus lecciones sobre la Divina Comedia. A petición de Borghi, quien trajo la moda de los “Inni Sacri” de Manzoni, Giuseppina también compuso algunos himnos, pero los suyos ya destacan pues están lejos de la resignación cristiana que generalmente transmiten estos textos. Giuseppina escribe sobre Judith liberando a su pueblo y se emociona al recordar la empresa, de modo que, bajo la apariencia de una composición clásica, subyace una poesía civil. Al principio, es solo una joven bien educada, pero necesita poco para mostrar un talento real y desarrollar una “poesía heroica” que es totalmente ajena al maestro. Por lo tanto, se niega a traducir Anacreonte porque es demasiado delicado: prefiere los tormentos de Byron, su conjugación de poesía y vida para sacrificarse en el altar de la libertad.

Caterina Percoto es una de las primeras voces del Realismo en la Italia del siglo XIX. Sus historias cortas constituyen en muchos aspectos un vínculo entre el romanticismo y el futuro Verismo. Lo que es particularmente sorprendente en su trabajo es la confluencia entre la vida y el arte. La vida diaria de Percoto entre los campesinos le permitió representar fielmente sus costumbres y condiciones sociales. Cada historia comienza con un hecho observado, que luego desarrolla con una intención moralista. Su firme convicción de la utilidad pedagógica de la literatura para la sociedad crea en sus historias un contraste algo rígido entre los ricos y los pobres, con un enfoque en las virtudes morales de este último. De hecho, los cuadros aristocráticos y burgueses tienden a ser débiles y artificiales, mientras que las historias de los sotanes friulan, la clase social más baja, ofrecen algunas de las caracterizaciones más convincentes.

El hambre, las privaciones y la enfermedad son las condiciones descritas en la mayoría de las historias de Percoto. Sus personajes son personas pobres, humildes, sin posibilidad de escapar. La mayoría de las protagonistas son mujeres de mal estado, y las mujeres están vinculadas en todo el trabajo de Percoto por un profundo sentido de solidaridad. La enfermedad está ligada a una vida emocional problemática en “Lis cidulis”, una de las primeras y más famosas historias. Los capítulos cortos e interactivos cuentan la historia de la pobre Rosa y de la rica Massimina, dos mujeres que se juntan y una le entrega las joyas a la otra, para que Rosa no tenga que separarse de su prometido, Giacomo. La historia está llena de descripciones impresionantes de la belleza irregular del paisaje friulano y de la expresión melodramática del amor y la amistad entre los personajes. La preocupación por la situación económica y las diferencias sociales son también tema de “La malala” (La mujer enferma), “La moglie” (La esposa) y “Il cuc” (El marido vivo).

Su opción revolucionaria, la de las cuatro – la de todas, en fin –, está más en sus opciones vitales, que en sus escritos. Todas son vi-

talmente revolucionarias. Lucharon por su derecho a la educación, a la libertad, a la igualdad de oportunidades con sus compañeros varones, a participar en la vida pública y en la política, por conseguir una relativa autonomía económica. Demostraron tener una fuerte personalidad y mucho carácter, y aunque diferentes, fueron valientes y vivieron con paridad entre los hombres, dedicados a sus esposos e hijos, pero, sobre todo, fieles al ideal unitario, democrático y republicano. Su contribución a la historia y el progreso de Italia fue un patrimonio de valores morales y civiles para la emancipación, que acompañó el camino problemático hacia la Unidad.

En general, estas protagonistas femeninas, tras los momentos más combativos pasaron, después de la Unificación, a roles de compromiso social en beneficio de las mujeres y la infancia, redención social de las clases desfavorecidas, la organización y promoción de la educación.

También desempeñaron un papel como animadores en los salones intelectuales y la difusión de las ideas de Risorgimento, la recepción de los exiliados, participaron en la fundación de escuelas e institutos profesionales, jardines de infancia para huérfanos, estudios de problemas sociales y laborales.

Mostraban fuertes personalidades y carácter, aunque diferentes, eran valientes y vivieron en igualdad con los hombres, pero, sobre todo, fieles al ideal unitario, democrático y republicano. Su contribución a la historia y el progreso de Italia fue un patrimonio de valores morales y civiles para la emancipación, que acompañó el camino problemático hacia la Unidad.

Como hemos visto, muchas fueron las figuras femeninas que trabajaron, en los años turbulentos y creativos del Risorgimento, para el logro de la independencia italiana, junto con las figuras más famosas de la historia nacional, contribuyendo a hacer una contribución significativa y original al Risorgimento. Hubo muchas mujeres jóvenes que acudieron al llamado de la idea de país y la forma participativa de organización social e institucional, que se



imaginó, en la cual querían tener un papel y aspirar a ver aceptadas sus demandas de emancipación y protagonismo.

Estas grandes luchadoras manifestaron necesidades diferentes, y aunque su papel estuvo a veces subordinado al papel masculino, desempeñaron roles, a veces incluso peligrosos, pero fundamentales; y a pesar de provenir de posiciones sociales distantes, de situaciones económicas y culturales diferentes, querían compartir ese momento histórico, determinado por el Risorgimento, de gran fermento y vitalidad intelectual, de inspiración democrática y conmovedora.

Hemos resaltado la obra y la figura de cuatro mujeres protagonistas del Resurgimiento italiano. No podemos separar lo uno de lo otro, ya que no solo se limitaron a dar testimonio escrito a través de sus poesías, sus artículos periodísticos, sus escritos... sino desde su propia vida, desde las opciones vitales que tomaron.

Su contribución a la causa de la unificación y del rescate de la Patria a través del papel activo de las mujeres, que no podemos dejar de ponderar. ¡Cuánta modernidad en todas ellas!

En muchas ocasiones, su vida terminó antes de que vieran realizadas sus esperanzas, pero su obra permanece como testigo fiel de lo que fue y como luz que alumbre a las generaciones futuras en los momentos de oscuridad que sabremos que, en la causa de las mujeres, en la lucha por sus derechos y libertades, llegarán. Aunque eso no podrá quitarnos el profundo convencimiento de que estos años del Resurgimiento sentaron las bases del proceso para la emancipación y liberación de las mujeres italianas, que no se ha detenido hasta hoy.



## 1. ELEONORA FONSECA PIMENTEL

Eleonora de Fonseca Pimentel “adornada con todo tipo de literatura y aún más de virtud, por Metastasio elogiada y amada asimismo por él, fue por escribir el *Monitore napolitano*<sup>1</sup> condenada a perder su vida en las horcas colocadas en la plaza del Mercado. Llamada al suplicio, pidió y se bebió un café, exclamando: *Forsan haec olim meminisse juvabit*. Luego marchó con semblante de mujer más grande que la desgracia que le había caído encima. Cuando llegó al lugar donde fue la última en sobrevivir, comenzó a hablar al pueblo, pero los verdugos rugieron a la fémima y rodearon el suave cuello con las cuerdas de la horca y de repente cortaron las elocuentes palabras” (Battaglini: 1974, 45). Como ella misma escribió: “La libertà non può amarsi per metà, e non produce i suoi miracoli che presso i popoli tutto affatto liberi<sup>2</sup>” (n. 28 del *Monitore*, 14 mayo 1799).

---

1 Periódico jacobino publicado en Nápoles en 1799 y cuya directora era la misma Eleonora de Fonseca Pimentel. En sus propias palabras “Questo foglio renderà conto di tutte le operazioni di governo. Si pubblicherà ogni volta che partirà il corriere affinché non soffra un ritardo inutile per tutte le comuni della Repubblica. Le associazioni si ricevono nella stamperia del cittadino Gennaro Giaccio sita alle fosse del grano; il prezzo è di carlini sei per ogni tre mesi da pagarsi al detto cittadino, il quale ne sarà responsabile verso gli associati, e ne terrà registro. Il primo foglio si pubblicherà sabato a mezzo giorno 14 Piovoso anno 7 (2 febbraio 1799)”. (Battaglini: 1974).

“Esta hoja dará cuenta de todas las operaciones del gobierno. Se publicará cada vez que salga el servicio de correos para que no sufra un retraso innecesario para todos los municipios de la República. Las asociaciones se reciben en la imprenta del ciudadano Gennaro Giaccio ubicado en las fosas de grano; el precio es de seis carlini por cada tres meses que se pagarán a dicho ciudadano, quien será responsable ante los miembros y mantendrá registros. La primera hoja se publicará el sábado al medio día 14 Día lluvioso 7 (T. de los A.)”.

2 “La libertad no puede amarse a medias, y no produce milagros sino entre los pueblos que son verdaderamente libres” (n. 28 del *Monitore*, 14 de mayo de 1799).

Eleonora de Fonseca nació en Roma el 13 de enero 1752. Su familia era de origen noble: el padre, Don Clemente, era descendiente de una vieja familia española, una rama de los cuales se había trasladado alrededor de la mitad del siglo XVII, de España a Portugal. La madre, Donna Caterina López, a su vez provenía de una familia originaria de Lisboa, que ya a principios del siglo XVIII mantenía relaciones con la curia papal en Roma. El matrimonio de sus padres, celebrado en Roma en 1750, se organizó dentro de un emparejamiento cruzado entre dos hermanos y dos hermanas, como sucedía a menudo en familias nobles del Antiguo Régimen.

Pasó la primera infancia en Roma, pero a la edad de ocho años, en 1760, tuvo que seguir a la familia a Nápoles y sufrir allí un nuevo proceso de separación, ausencia y posterior adaptación a las nuevas condiciones de la vida. El hecho es que, en ese mismo año de 1760, las dos familias López de Fonseca se vieron obligadas a abandonar Roma después de la expulsión de los jesuitas de Portugal y el conflicto generado entre Lisboa y la corte papal.

Los dos núcleos familiares exiliados fueron dirigidos por el abad Don Antonio López, hermano de la madre de Eleonora, que representó para las dos familias un punto de referencia constante y que sería tan importante en la formación de la cultura de Eleonora. La familia se instaló en Nápoles, en el barrio donde residieron durante siglos los españoles, en una zona dominada por una densa red de calles estrechas que todavía se llama “barrio español”. Aquí tuvo lugar la mayor parte de la existencia de Eleonora de Fonseca, y en un apartamento del mismo Distrito se instalaría la preparación de su periódico, *Il Monitore*, el órgano político de la revolución napolitana de 1799.

Desde la adolescencia reveló la capacidad intelectual inusual y una fuerte pasión por los estudios dirigidos por su tío el abad, “un hombre muy conocido por la probidad y el valor de las letras” (Arco. Naples Estado, Actas de la Proc. Fonseca de separación matrimonial. Tria, Dep. D. José de Souza, ff 94-98). Además de la lite-

ratura clásica y el estudio de la poesía, Eleonora recibió formación, lo que era aún más raro para una mujer de ese momento, en las ramas científicas. Se interesó de hecho en el estudio de la economía, matemáticas, astronomía, mineralogía y la química.

Aunque se la ha descrito como caso raro, quizá no sea tan raro, si se tiene en cuenta que el ambiente en el que creció y formó: la Ilustración en la Nápoles culta y cosmopolita de finales del siglo XVIII, en la que se entrelazan razón y necesidad con el desarrollo de un ambiente educativo, favorable a la difusión de estudios científicos y técnicos, además de los habituales de corte clásico y legal. El reconocimiento de que las mujeres podían aspirar a una cultura de alto grado está registrado en el testimonio<sup>3</sup> que prestó durante el proceso de separación matrimonial, donde establece las claves de su compromiso intelectual y su deseo de superarse, en completa oposición al del marido. Sabemos además que Eleonora escribía con fluidez en italiano, portugués y francés, mientras que el inglés es el idioma de muchas de sus lecturas.

Sin embargo, su afición más querida era la de la poesía. Con sólo dieciséis años hizo su debut en los salones de la sociedad culta de Nápoles declamando versos, siempre bajo la atenta supervisión de su tío el abad. El ambiente de los salones literarios en Nápoles aún más que en Roma, permitió a Eleonora entrar en el círculo de las relaciones culturales napolitanas, garantizando el mayor conocimiento de las ideas en boga en la época.

Desde su debut literario en 1768, cuando publicó *El Templo de la Fama*, un epitalamio para el matrimonio de Fernando IV y María Carolina de Austria, Eleonora expresó su confianza en la capacidad de la monarquía ilustrada reformista. En 1775 publicó *El nacimiento de Orfeo*, una cantata para el príncipe de la corona

---

3 Las cartas del proceso son las únicas fuentes sobre Eleonora de Fonseca que han llegado hasta nosotras. Todos los documentos relativos a la República napolitana y sus protagonistas fueron casi totalmente destruidos por los monarcas, en una *damnatio memoriae*.

infantil. El elogio que pronto la sociedad culta le otorgó se encuentra en la voz de Pietro Metastasio, al que la autora había enviado su trabajo, confesando que la inspiración le sobrevino gracias a la “lectura diligente de sus escritos”. El mismo poeta Metastasio respondió con una carta de fecha 9 de octubre 1775, en la que elogió “la franqueza noble y armonioso” en el verso, la “imaginación viva” y la seguridad de la erudición histórica y mitológica de la obra de Eleonora. Voltaire le dedicó un lugar en el soneto *Beau Rossignol de la belle Italia* (Macciocchi 1993: 126-129; Urganí, 1998: 333-347). Sin embargo, Eleonora no ha sido incluida en las antologías de la literatura italiana, debido al juicio negativo de Benedetto Croce, al que no le gustaba la poesía de sesgo arcádico y la catalogó como poesía cortesana (Croce, 1968: 10-15). Sólo en los últimos años la obra literaria Eleonora ha sido retomada gracias a una monografía de Elena Urganí (Urganí, 1998), que incluye el reconocimiento poético, que se le había negado en los últimos dos siglos, liberándola de la fama de poetisa metastasiana. En realidad, su camino literario apenas se enmarca en el ámbito de la Arcadia y de la poética cortesana del Siglo de las Luces. Si bien se ha inspirado en los poemas de innegable estilo arcádico y neoclásico, el viaje poético de Eleonora es típico de muchos intelectuales de su época: a una fiel adhesión inicial al entusiasmo general hacia la capacidad reformista de la dinastía de los Borbones, le siguió el arribo a los ideales revolucionarios llegados a través de los Alpes. Dentro de un marco formal petrarquiano, muy lejano del gusto por la Arcadia, se encuentran los sonetos publicados en 1779 *In morte del suo unico figlio* y *L'Elegia per un aborto*, trabajos en los que, abordando temas de su propia vivencia femenina, escoge un tema escabroso y muy personal como objeto de composición poética, revelándose, por tanto, como sorprendente e innovadora para su tiempo, sobre todo si tomamos en consideración que su autor es una mujer. Los sonetos, como señala Elena Urganí, “sono l'unica parte della sua attività di scrittrice che Croce non dispreggò, coe-

rente del resto con i suoi criteri di critico, e che salvò in quanto non erano legati ad alcuna occasione ufficiale ed encomiastica, ma testimoniavano invece una genuina ispirazione personale<sup>4</sup> (Urgnani, 1998: 154). Como muestra baste un fragmento del “Sonetti di Altidora Esperetusa in morte del suo unico figlio”, publicado en Napoles en 1779:

Figlio, tu regni in cielo, io qui men resto  
Misera, afflitta, e di te orba e priva.  
Figlio, mio caro figlio, ahi! l'ora è questa  
ch'io soleva amorosa a te girarmi,  
e dolcemente tu solei mirarmi  
a me chinando la vezzosa testa.  
Del tuo ristoro indi ansiosa e presta  
i' ti cibava; e tu parevi alzarmi  
la tenerella mano, e i primi darmi  
pegni d'amor: memoria al cor funesta!

Hijo, tú que reinas en el cielo, mientras yo permanezco aquí  
misera, afligida, y de ti desposeída y privada.  
Hijo, mi querido hijo, ¡ay! Esta es la hora  
en la que yo solía girar en torno a ti amorosa  
y tú solías mirarme dulcemente  
inclinando la caprichosa cabeza.  
Luego lista y ansiosa por tu descanso  
te alimentaba, y parecía que alzabas  
la tierna mano y que me dabas las primeras  
prendas de amor: ¡memoria funesta al corazón!

En febrero de 1798 se casó con Pasquale Tria de Solís, perteneciente a una familia de la pequeña nobleza de Nápoles, teniente regi-

---

4 Es la única parte de su trabajo como escritor que Croce no despreció, coherente con sus criterios de crítica, y que salvó, ya que no estaban vinculados a ninguna ocasión oficial y encomiástica, sino que fueron testigos de una verdadera inspiración personal”.

miento nacional del Sannio. Su vida familiar estuvo marcada desde el principio por la infelicidad, que se manifestó casi de inmediato, y se prolongó hasta el divorcio, que llegaría tras siete años de convivencia. Las actas del proceso describen las enormes dificultades y conflictos irreconciliables que Eleonora vivía en su casa, con la lucha entre las aspiraciones de una mujer intelectual educada en la importancia del conocimiento, la cultura y las relaciones sociales y la realidad de una vida cotidiana compartida con un hombre que no correspondía a la capacidad y las costumbres de ella.

Realmente las diferencias entre las costumbres de la familia Fonseca, familia noble en decadencia, pero con la intención de mantener en sus salones de forma activa las nuevas ideas del siglo XVIII, y el tradicionalismo de Tria eran irreconciliables. Inconcebible para un militar tradicionalista como Pasquale Tria tener en casa una mujer intelectual, independiente y emancipada, que incluso tenía correspondencia con otros hombres. Fueron siete años de desconfianza, de celos, de incomprensión y de violencia, no sólo de acoso intelectual y moral (su correo fue abierto y retenido) sino que en sus fases finales incluyó también la violencia física, como resultado de la cual tuvo un aborto, mientras que su otro hijo, Francesco, moría por enfermedad con tan solo ocho meses (Urgnani, 1998: 156-172). El padre de Eleonora la ayudó en la presentación de la solicitud de divorcio, tras la cual, se la permitió abandonar el domicilio conyugal y volver a casa de su padre. Así terminó para Eleonora un doloroso e infeliz interludio de su vida, en el que tuvo que soportar y vivir una existencia miserable, a causa de las leyes y de un rol del género, al que ella trató de adaptarse con heroica voluntad. Quizá por su propia historia personal, cree que es digno de mérito y de mención un médico que salva a una madre y a su hija recién nacida, y que contará con todo lujo de detalles en su periódico, en medio de noticias políticas, notas legislativas y la marcha de la guerra. Un relato en el late el corazón de una mujer que sabe lo que es perder a un hijo y que no es posible leer sin emocionarse:



Le azioni meritorie de' Cittadini meritano di esser pubblicate, e noi ne pubblicheremo una senza nominarne l'autore, sapendo, che forse a lui dispiacerebbe, ed al solo fine di servire di esempio a quei della sua professione, ed acciò gli altri acquistino stima, ed amore per la loro Patria.

Un Professore di Chirurgia fu giorni indietro incontrato nella via Toledo da un desolato Padre, che tutto sudato, angosciato, ed afflitto così gli dice – mia Moglie è da molt'ore nel Parto; presenta il feto un braccio, e due Levatrici che ho chiamate, non hanno fino a questo punto potuto toglierla d'affanni. Vieni ai aiutarla. Si scorda il Professore subito degli altri suoi negozi, e vola con lui alla sua casa nel vicolo delle chianche.

Giunto, rincora la timorosa Donna con parole di consolazione, e piene di buone speranze, e si accinge alla difficile operazione. Dopo brevi minuti viene a capo di estrarle una bambina, che già credevano morta nell'utero; ma egli lascia alla Custodia della recente Puerpera le due Levatrici, e si accinge a risuscitare la Bambina. Le soffia il suo fiato alla bocca, effiavit super faciem ejus spiraculum vitae, le stropiccia il Corpo; e sente, che si sveglia in lei il moto del Cuore; si anima allora maggiormente, continua le sue cure: incominciano i larghi sospiri. Allora grida pieno di gioia – Allegri, che ella vive, e vivrà. Incominciano dappoi i vagiti co' i quali noi salutiamo una vita, che spesso passiamo ancora piangendo, ed allora si rivolge il professore alla Madre, che non ancora aveva espulsa la placenta, e ponendo tutta l'attenzione ad un grand'esito di sangue, ne fa felicemente l'estrazione.

Pieno di trasporto di gioia, e di allegrezza saluta i Genitori Cittadini Francesco Valerio, ed Angela Sorrentino, che in gratitudine di aver salvati dalla morte la madre, e la figlia, non potendo ottenere, ch'ei volesse ricevere alcun compenso, posero alla Bambina il nome del Professore, che si partì rapito dal piacere di essergli stato utile.

Assicuriamo il Pubblico, che il Chirurgo, è nato nel Territorio della Repubblica, e la scuola di Napoli gli ha dati i suoi studj; e che tanto Angela Sorrentino, che la neonata godono ottima salute (No. 16 del Monitore, 2 de abril de 1799).

Los hechos meritorios de los ciudadanos merecen ser publicados, y publicaremos uno sin nombrar al autor, sabiendo que tal vez le dis-

gustaría, y con el único propósito de servir de ejemplo a los de su profesión, y ayudé a otros a adquirir estima y el amor por su país. Un profesor de cirugía se encontró días atrás en la Via Toledo con un Padre desolado, que, todo sudoroso, agonizante y afligido de esta manera, le dice: “mi esposa lleva horas en trabajos del parto; ha salido un brazo del feto, y dos parteras a quienes he llamado no han podido, hasta este punto, alejarlo de los problemas. Ven y ayúdalos. Inmediatamente se olvida el Profesor XXXXXX de sus otros asuntos, y vuela con él a su casa en el callejón de la Chianche.

Cuando llega, anima a la aterrorizada mujer con palabras de consuelo y llenas de buenas esperanzas, y se prepara para la difícil tarea. Después de unos minutos, llega al rescate de una niña que ya creía muerta en el vientre; deja a la reciente puerpera a cargo de las dos parteras, y se prepara para resucitar a la niña. Insufla su aliento en la boca de la bebé, effiavit super faciem ejus spiraculum vitae, la estropicia el cuerpo; y siente, que el movimiento del corazón se despierta en ella; luego se fortalece, continúa cuidando: comienzan los grandes suspiros. Entonces él grita lleno de alegría - Alegraos, ella vive, y vivirá. Comienzan los vagidos con los que da comienzo la vida, que a menudo pasamos llorando, y luego el profesor se dirige a la madre, que aún no ha expulsado la placenta, y presta toda su atención a un gran problema de sangre. Hace la extracción felizmente.

Lleno de alegría y pletórico, saluda a los padres el ciudadano Francesco Valerio y Angela Sorrentino, quienes, en agradecimiento por haber salvado de la muerte a la madre, y a la hija, aun no teniendo con qué, pero pensando que debía recibir alguna compensación, le pusieron a la niña el nombre del profesor, que se marchó emocionado por el placer de ser útil.

Aseguramos al público que el cirujano nació en el territorio de la república, y la escuela de Nápoles le dio sus estudios; y que tanto Angela Sorrentino como la recién nacida gozan de excelente salud (T. de los A.).

En 1785, su marido, por razones que se desconocen, renunció a cualquier acción legal contra ella. El mismo año murió su padre,

y ella, ante las serias dificultades económicas en que se encuentra, eleva una petición al rey de un subsidio mensual que se otorga a razón de doce ducados (Macciocchi, 1935: 177-190; Schiattarell, 1973: 94).

Comienza entonces Eleonora una fase de estudio intenso, escritura y compromiso político, durante la cual se alejó de la poesía para profundizar en cuestiones de derecho público y de economía. Sigue también con interés los resultados de los nuevos avances científicos. Entre 1768 y 1792, Eleonora escribió varias obras literarias destinadas a alabar y reformar las monarquías de Italia y Portugal. Su poesía, en estilo neoclásico, era reformista y tenía el tono elogioso típico de la Ilustración, como ya hemos mencionado más arriba. Le otorgó a Pimentel el primer lugar en competencias reales, la posición de bibliotecario real de la Reina de Nápoles, María Carolina de Austria, y el ingreso a las sociedades literarias napolitanas, en particular la *Accademia dei Filateli* y la *Arcadia* (D'Alessio: 2008, 11-12; Ugnani: 1998, 24). Escritos en italiano y todavía existentes, los poemas más relevantes incluyen, *Il Tempio della Gloria* (1768); *La Nascita de Orfeo* (1775); *Il Trionfo della Virtù* (1776); el *Sonetto Napoletano* (c. 1788); *Sonetti per S. Leucio* (1789); y *La Fuga in Egitto* (1792) (Ugnani: 1998, 24-26).

Eleonora mantuvo correspondencia con los principales literatos de su tiempo: Gaetano Alberto, Antonio, Ferdinando Galiano, Metastasio y Voltaire. Metastasio llamó a Pimentel, “l’amabilissima musa del Tago”, es decir, “la musa más amable del Tajo” (D'Alessio, 2008: 13). Voltaire le dedicó un poema de admiración que comienza, “Usignolo della bella italia”, “El ruiseñor de Italia” (D'Alessio: 2008, 19). En su correspondencia se observa también que mantuvo un estrecho contacto con Portugal, en especial con el Consulado de Portugal en Nápoles. Había albergues masones femeninos en Nápoles que la Reina originalmente apoyó con entusiasmo, entre ellos aquel al que pertenecía Eleonora (Acton: 2009, 156; Macciocchi, 1935: 122). Sabemos que Eleonora participaba en los salones

literarios y masónicos de la princesa Marianna Faraja di San Marzano y de Giulia Carafa di Traetto di Minervino<sup>5</sup>.

En cualquier caso, no es fácil seguir el cambio y la transformación de su pensamiento desde entonces y durante los años siguientes hasta 1798, cuando fue encarcelada en Nápoles. Uno de los hitos en este cambio de pensamiento es la traducción de Pimentel del latín al italiano de *Niun diritto competir al sommo Pontefice sul Regno di Napoli*, de Nicolo Caravita de 1707, y que fue publicada en 1790, retrasada por su mala salud resultado del proceso de separación conyugal. El extenso comentario de Pimentel sobre la obra la convirtió definitivamente en una autora política (Croce: 1968, 19-24). Cuando Italia se unificó como país, el *Risorgimento* aplaudió la idea de que el estado debe ser el principal responsable y responder a sus súbditos, el Pueblo (no el Papado, no la Iglesia), negando de esta manera cualquier poder terrenal que la Iglesia pudiera tener sobre el Reino de Nápoles. En esta obra se muestran las esperanzas que los intelectuales de la época habían puesto en un proceso reformador capitaneado por la Monarquía y apoyado por los ilustrados. La ideología de Pimentel se acercaba al jansenismo, un movimiento católico preocupado por reconciliar la gracia divina y la libertad humana. Sabemos que siguió con interés los acontecimientos en Francia y que se involucró en reuniones para comentar las noticias provenientes de Francia, a través del *Moniteur* (que recibía del representante diplomático de Portugal).

---

5 Giulia Carafa di Traetto di Minervino (1775-1841), hija de Gennaro I di Roccella y Teresa Carafa de Forlì, esposa del duque Luigi Serra di Cassano, fue la madre de Gennaro Serra di Cassano. Durante la República Napolitana, junto con su hermana Maria Antonia Carafa Duquesa de Popoli (1763-1823), recolectó fondos para los heridos y los enfermos, ambos indicados por Eleonora, en el *Monitore Napolitano* con el epíteto de “Madres de la Patria”. Después de la restauración de la monarquía borbónica, su hijo Gennaro fue ejecutado, mientras que las dos hermanas fueron condenadas al exilio y sus propiedades fueron confiscadas. Mientras Giulia regresaba del exilio a Nápoles en 1804, pero en malas condiciones mentales, su hermana se suicidó en 1823.

Algunos de sus compañeros como A. Giordano y *Il Cestari* posteriormente se involucrarán en actividades conspirativas (Nicolini 1935: 3). En documentos judiciales su nombre se encuentra por primera vez en los años 1794 y 1795 en el testimonio de uno de los acusados en los procesos de 1794-95, Giordano (Croce, 1968: 26). Este es el período en el que la monarquía borbónica, después de la ilusión reformista, adoptó una serie de medidas restrictivas y policiales, que marcaron el final de apertura reformista. En este momento es cuando se empieza a sospechar su vinculación con círculos patrióticos. Un período que culminó con la suspensión de la ayuda real en 1797 y la detención del 05 de octubre 1798. En prisión su radicalización se hace patente, en especial en el soneto que compone durante su encarcelamiento y que iba dirigido a la reina María Carolina, y que se sabe que la reina habría recibido. El soneto comienza con una llamada de atención a la soberana y termina con una estrofa en la que le lanza un reto. El segundo cuarteto se centra en una advertencia, su impasibilidad tendrá consecuencias. Los dos tercetos contienen la parte más dura. En uno le recuerda la suerte de su hermana María Antonieta, que fue guillotizada por gobernar de manera tiránica y el otro contiene una auténtica amenaza que idea de hacer reflexionar a la soberana sobre las consecuencias de sus acciones.

Rediviva Poppea, tribade impura,  
d'imbecille tiranno empia consorte  
stringi pur quanto vuoi nostra ritorta  
l'umanità calpesta e la natura...  
Credi il soglio così premer sicura  
e stringer lieto il ciuffo della sorte?  
Folle! E non sai ch'entro in nube oscura  
quanto compresso il tuon scoppia più forte?  
Al par di te mové guerra e tempesta  
sul franco oppresso la tua infame suora  
finché al suol rotò la indegna testa...  
E tu, chissà? Tardar ben può ma l'ora

segnata è in ciel ed un sol filo arresta  
la scure appesa sul tuo capo ancora.

Rediviva Poppea, lesbiana impura,  
de un imbécil tirano la impía consorte  
estruja cuanto quieras nuestras cadenas  
pisotea a la Humanidad entera y la Naturaleza...  
¿Crees que puedes sentarte de manera segura  
en el trono y atrapar a Fortuna sobre la marcha?  
Loca! ¿No sabes que en una nube oscura  
el trueno es cada vez más fuerte?  
A tu par, la movió la guerra y la tempestad,  
el oprimido francés por tu infame hermana,  
hasta al suelo cayó la indigna cabeza  
Y ¿a tí? ¿quién sabe? Puede que se retrase pero la hora  
Está maarcada en el cielo y solo un hilo lo detiene  
El hacha está colgando sobre tu cabeza ahora.

Eleonora permaneció en prisión de la Vicaría hasta mediados de enero de 1799 cuando los *lazzari*<sup>6</sup> asaltaron las cárceles de la ciudad, liberando tanto a presos comunes como políticos. A continuación, participó en las reuniones del comité de patriotas que, ante la alternativa de o la anarquía popular o un gobierno aristocrático de los representantes electos de la ciudad, abogaba por la instauración inmediata de una república democrática y progresista.

Esta iniciativa les llevó a la toma del poder en Nápoles, a través de la conquista de la fortaleza de sant'Elmo<sup>7</sup>, el 19 enero 1799, al establecimiento de la República Napolitana y a la llegada de los

---

6 Nombre utilizado despectivamente por los españoles, para denominar a los habitantes del barrio del Mercado, que habían participado en el levantamiento de Masaniello (1647). El nombre se extendió posteriormente para indicar a la población en revuelta otras ciudades del sur. El nombre deriva del Lázaro del Evangelio, representado generalmente desnudo, aunque también tiene influencia del término castellano *laceria*, que significa miseria, pobreza.

7 Castillo que domina la ciudad desde el barrio de Vomero.

franceses (Rao 2002). Eleonora fue desde el principio una de los protagonistas de esta aventura política, primero componiendo en sant'Elmo un *Inno alla libertà* que no ha llegado hasta nosotras y después haciéndose cargo de la dirección del diario *Il Monitore*, convirtiéndose en una comentarista política muy conocida. Desde esta tribuna participó en aventura política jacobina en Nápoles, comentando, alentando, y criticando la actividad política de esos meses febriles.

Primo caso in Italia di una donna direttrice di un giornale, nei 35 numeri del «Monitore» fa emergere la sua forte personalità esprimendo la propria indipendenza di fronte a qualsiasi pressione e agli stessi provvedimenti del governo. Il suo intento era tutelare gli interessi del paese e soprattutto del popolo: non solo non fu mai acriticamente filogovernativa ma, pur dipendendo le sorti della debole Repubblica napoletana dalla presenza delle armi francesi, ella non esitò, in diverse circostanze, a criticare apertamente l'esercito di occupazione<sup>8</sup> (Pellizzari, 2008: 113).

Eleonora escribió por sí misma la mayor parte de los artículos, informaciones, comentarios... que el periódico publicó y que en persona recogía las noticias, participando en las reuniones del Gobierno Provisional y en los eventos y ceremonias de la República. En ella plasma desde el primer momento su pensamiento revolucionario y la convierte en una de las líderes del movimiento revolucionario, tal y como lo muestra el primer artículo del *Monitore*:

---

8 El primer caso en Italia de una mujer directora de un periódico, en los 35 números del "Monitore", resalta su fuerte personalidad que expresa su independencia ante cualquier presión y las mismas medidas del gobierno. Su intención era proteger los intereses del país y especialmente de la gente: no solo no fue nunca oficialmente hostil, sino que, a pesar de las fortunas de la débil República Napolitana que dependía de la presencia de las armas francesas, no dudó, en diversas circunstancias, en criticar abiertamente Ejército de ocupación.

Siam liberi in fine, ed è giunto anche per noi il giorno, in cui possiamo pronunciare i sacri nomi di libertà, e di uguaglianza, ed annunciare alla Repubblica Madre, come suoi degni figliuoli; a' popoli liberi d'Italia, e d'Europa, come loro degni confratelli.

Il passato esoso governo, se per lo spazio di quasi nove anni ha dato non più veduto esempio di cieca persecuzione, e feroce, ha pur questa Nazione somministrato un maggior numero di martiri dentro a' criminali più orribili, in mezzo a' trattamenti più acerbi, ed alla morte ad ogni istante lor minacciata invitti sempre ad ogni promessa d'impunità, e di premio, ed ha opposto a' vizj della passata tirannia altrettante private, e pubbliche virtù (n. 1 del *Monitore*, 2 febrero 1799).

Al final somos libres, y también ha llegado el día para nosotros, en el que podemos proclamar los nombres sagrados de libertad e igualdad, y proclamar a la Madre República, como sus hijos dignos; a los pueblos libres de Italia y de Europa, como sus dignos cohermanos.

El pasado, el gobierno exigente, si por el espacio de casi nueve años no ha dado un ejemplo más de persecución ciega, y feroz, esta Nación ha administrado un mayor número de mártires entre más criminales horribles, en medio de tratamientos inmaduros. , y la muerte en todo momento amenazó con ellos, siempre invadió a todas las promesas de impunidad, y premio, y se opuso a los vicios de la tiranía pasada como muchas virtudes privadas y públicas (T. de los A.).

Entre los temas tratados por el periódico y que ocupaban la mente de Eleonora<sup>9</sup>, se señalaría aquí uno de importancia crucial para la

---

9 Los números del *Monitore Napoletano* se pueden consultar en la siguiente dirección: <http://www.scribd.com/doc/18007176/Cuoco-V-Saggio-Storico-Sulla-Rivoluzione-a-Del-1799> [consulta el 17 agosto 2014]. Entre el primer y último número del periódico existe, como señala Mario Battaglini (Battaglini 1999: 65) una manifiesta diversidad: en los últimos números, Eleonora, poco a poco, deja de hablar en Nápoles para dar más espacio a noticias extranjeras, leyes, proclamaciones...



supervivencia de este experimento político: la educación del pueblo. En el segundo número del *Monitore*, del 17 pluvioso (5 febrero 1799), Eleonora escribe:

Molti zelanti Cittadini, pubblicano anche ogni giorno delle civiche ed eloquenti allocuzioni dirette al Popolo; sarebbe però da desiderarsi, che se ne stendessero alcune destinate particolarmente a quella parte di esso che chiamasi plebe, proporzionata alla costei intelligenza, e ben anche nel costei linguaggio. Invitiamo il Governo a stabilire delle missioni civiche, siccome ve n'erano prima delle semplicemente religiose; ed invitiamo il gran numero de' nostri non men dotti, che civici, e zelanti ecclesiastici, i quali han già la pratica della persuasiva popolare, a prestarsi a quest'opera anche senza l'ordine, ed invito del Governo. Non è mai tutto reo chi delinque perché ignorante, quindi l'esatta giustizia ci obbliga ad istruire la plebe, prima che condannarla, ed ogni momento è tardi per questa istruzione (No. 2 del *Monitore*, 5 de febrero de 1799).

Muchos ciudadanos celosos, también publican cada día de las asignaciones directas cívicas y elocuentes al Pueblo; Sin embargo, sería deseable que algunos de ellos estuvieran destinados particularmente a esa parte de lo que llamamos plebeyos, proporcionales a la misma inteligencia y también en su lenguaje. Invitamos al Gobierno a establecer misiones cívicas, como antes eran simplemente religiosos; e invitamos al gran número de nuestros eclesiásticos cívicos, cívicos y no educados, que ya tienen la práctica de la persuasión popular, a prestarse a este trabajo incluso sin orden, y la invitación del gobierno. Nunca es totalmente culpar a los ignorantes, por lo que la justicia exacta nos obliga a instruir a la gente antes de que la condenen, y cada momento es tarde para esta instrucción (T. de los A.).

Era consciente de que el nivel de cultura popular no permitía comprender completamente las motivaciones de la revolución, que había llevado al rey a salir de Nápoles, abogó por la lectura pública de un periódico en el dialecto que informaba los principales

hechos y leyes aprobados por el gobierno revolucionario, no desdeñosamente Para sugerir la explotación, como método de propaganda, de narradores e incluso teatros de títeres. Eleonora sostenía, reflexionando sobre el proyecto jacobino de educación política del pueblo, que una de las tareas principales de la República era la acción pedagógica dirigida a la inmensa mayoría del pueblo, que a pesar de haber sido durante siglos oprimidos y marginados por la monarquía borbónica y que continuaban ignorantes y en la miseria, sin embargo, todavía sentía un profundo apego al rey y su corte, de cuyos regalos dependía para la supervivencia diaria y que fue instrumentalizada con fines reaccionarios. Tres fueron las herramientas de propaganda política que Eleonora había sugerido para sostener el acercamiento del pueblo a la República. Por un lado, la propaganda en dialecto napolitano, o un periódico en dialecto, que, a expensas del gobierno, fue leído en las plazas, y que describía las medidas más importantes adoptadas por la República. Por otro, teatro de títeres, cuentacuentos... que informaban de los temas más afines a los demócratas, y la puesta en común de las noticias de los periódicos en plazas o en parroquias, siguiendo el modelo de las misiones religiosas. Siguiendo a los grandes historiadores de esta época (Croce, 1968: 52; Cuoco, 1999: 94), en la relación de las medidas de los republicanos encontramos un gran equilibrio.

También encontramos referencias a la presencia de mujeres en el ejército, ya sea este francés como la milicia revolucionaria de la República Napolitana, así como la legislación que les era de aplicación, donde podemos observar la preocupación porque las mujeres del pueblo supieran a qué tenían derecho en el caso de perder a sus esposos o hijos en la lucha revolucionaria:

Cennammo nel nostro n. 10. i due decreti del medesimo direttorio, perché i Francesi impiegati presso gli esteri, perdano la Cittadinanza francese e perché le donne si ritirino dalle armate: ecco tali decreti nella loro estensione. (...)

Il Direttorio Esecutivo informato che la legge del 30. Aprile 1793. che esclude dalle Armate tutte le donne fuorché le lavandaje, e le vivandiere, non è osservata esattamente, e che si commettono delle esazioni repressibili in alcuni de' Paesi occupati dalle truppe della Repubblica.

Decreta quanto segue:

Art. I. Le disposizioni della Legge de' 30. Aprile 1793. saranno eseguite secondo la loro forma e tenore in tutte le Piazze e contrade occupate fuori del Territorio Francese dalle truppe della Repubblica. – In conseguenza nello spazio di una decade della pubblicazione del presente decreto, i Generali in capite faranno congedare dalle Piazze, dagli Accantonamenti e da' Campi tutte le donne inutili al servizio delle Armate. – Son repute donne inutili tutte quelle che non sono impiegate all'imbiancatura de' panni e alla vendita de' viveri e bevande. – Son comprese nella esclusione ordinata dalla Legge de' 30. Aprile 1793. le mogli degli Uffiziali Generali, Superiori, e Subaltemi; quelle de' Commissarj di guerra e quelle degl'individui addetti all'Armata, o impiegati al suo seguito, sotto qualsivoglia denominazione. – Tutti quelli, fra i detti soggetti che si opponessero a questa disposizione, o che ne eludessero l'effetto, in qualsivoglia maniera, e sotto qualsivoglia pretesto, saranno distribuiti e rimandati in Francia (...) (No. 13 del Monitore, 16 de marzo de 1799).

Como señalamos en nuestro n. 10. Los dos decretos del mismo directorio, porque los franceses empleados por extranjeros, pierden la ciudadanía francesa y el motivo por el cual las mujeres se retiran de los ejércitos: estos son los decretos en su extensión. (...)

El Directorio Ejecutivo informó que la ley del 30 de abril de 1793, que excluye de los Ejércitos a todas las mujeres excepto el lavandaje y el vivandiere, no se observa exactamente, y que hay algunas represalias en algunos de los países ocupados por las tropas de la República.

Decreta lo siguiente:

Artículo I. Las disposiciones de la Ley del 30 de abril de 1793 se llevarán a cabo según su forma y tenor en todas las plazas y distritos ocupados fuera del territorio francés por las tropas de la República.

- Como consecuencia, dentro de una década de la publicación de este decreto, el Generali in capita hará que todas las mujeres inútiles al servicio de los Ejércitos sean expulsadas de las Plazas, los Acomodaciones y los Campi. - Son consideradas mujeres inútiles todas aquellas que no están empleadas en el blanqueo de ropa y en la venta de alimentos y bebidas. - Están incluidos en la exclusión ordenada por la Ley del 30 de abril de 1793. las esposas de los oficiales General, Superior y Subordinado; los de la comisaria de guerra y los de los individuos asignados al ejército, o empleados en su comitiva, bajo cualquier denominación. - Todos aquellos, entre los sujetos mencionados que se opusieron a esta disposición, o que eludieron el efecto, de cualquier manera y bajo cualquier pretexto, serán distribuidos y enviados a Francia (...) (T. de los A.).

Non essendovi veruna legge, che ordini il sequestro de' beni Napoletani assenti, il Commissario civile presso l'armata francese in Napoli, ha ordinato che gli Agenti, debitori, ed affittatori de' beni dell'ex-Marchese del Vasto debbano continuare i loro pagamenti alla di lui nuora, Eleonora Doria Davalos, come madre, e tutrice de' suoi figli (No. 15 del Monitore, 30 de marzo de 1799).

Como no existe una ley que ordene la incautación de bienes napolitanos ausentes, el Comisionado Civil del ejército francés en Nápoles, ha ordenado que los agentes, los deudores y los arrendatarios de los activos del ex Marchese del Vasto deben continuar sus pagos a su nuera, Eleonora Doria Davalos, como madre y guardiana de sus hijos (T. de los A.).

Tra la guardia Nazionale dee essere eletta la Gendarmeria, come colla seguente legge si è ordinata.

Organizzazione della Giandarmeria ne' Dipartimenti della Repubblica.

IX. La paga del Giandiarne, che muore in combattimento, rimarrà fissa per sua moglie, e pe' suoi figli, se n'abbia, e rimarrà in mancanza di costoro, ai genitori suoi, purché facciano una famiglia con lui. La famiglia del Giandiarne, che muore, rimane sotto la protezione della Patria.

XII. Si avranno per gli Uffiziali, che muojono in azione, le stesse considerazioni indicate per le famiglie de' Giandarme. In conseguenza i loro soldi saranno applicati alle mogli, e figli loro; ed in mancanza di questi, a' loro genitori, purché convivessero con loro. (No. 17 del Monitore, 6 de abril de 1799).

Entre la Guardia Nacional, la Gendarmería debería ser elegida, como se ordenó la siguiente ley.

Organización de la Giandarmeria en los Departamentos de la República.

IX. La paga del Gendarme, que muere en combate, permanecerá fija para su esposa, y para sus hijos, si los tiene, y será en ausencia de ellos, para sus padres, siempre que hagan una familia con él. La familia del Gendarme, que muere, permanece bajo la protección de la patria.

XII. Las mismas consideraciones indicadas para las familias de Gendarme serán para los Oficiales, que mueran en acción. Como resultado, su dinero se destinará a sus esposas y sus hijos; y en ausencia de éstos, a sus padres, siempre que cohabiten con ellos (T. de los A.).

V. Qualunque individuo, che ardisse commettere un atto di violenza contro la proprietà, contro le donne oneste, o reputate tali, e contro gli arredi del Culto, che professano, si farà tradurre innanzi un Giudizio straordinario di guerra con l'intervento d'un Soldato della sua Compagnia; e giudicato per delitto di lesa-Nazione sarà condannato alla fucilazione (No. 26 del Monitore, 9 de mayo de 1799).

V. Cualquier individuo, que se atreviera a cometer un acto de violencia contra la propiedad, contra mujeres honestas, o consideradas como tal, y contra los muebles del Culto, que profesan, será sometido a juicio ante un Tribunal Extraordinario de Guerra con la intervención de un soldado de su compañía; y juzgado por un delito de nación será condenado a ser fusilado (T. de los A.).

Sollevatevi, Cittadino. Il dolore, che vi cruccia nella perdita di un figlio, deve dileguarsi innanzi alla gloria, che si diffonde stilla vo-

stra famiglia, su gli occhi di tutti i Patrioti afflitti per la sua perdita; ed al cospetto di una Repubblica, che lo proclama suo figlio benemerito. Qual Padre non consola questa testimonianza? Che sperar può un mortale destinato ad un periodo di esigenza momentaneo, e fugace, se non di morire al suo posto, e da forte? Io ho solo una madre vivente, e vi giuro sull'altare della LIBERTA, che mi desidero la fortezza del vostro figlio Antonio per procurarle ne' riscontri quel dolore, che vi affligge, ma che tanto v'inalza (No. 26 del Monitore, 9 de mayo de 1799).

Levántate, ciudadano. El dolor, que te preocupa por la pérdida de un hijo, debe desaparecer ante la gloria, que se extiende a tu familia, a los ojos de todos los patriotas afectados por su pérdida; y en presencia de una república, que le proclama su hijo digno. ¿Qué padre no consuela este testimonio? ¿Qué esperanza puede un mortal destinado a un momento de necesidad momentánea y fugaz, si no morir en su lugar, y desde el fuerte? Yo solo soy una madre viva, y os juro ante el altar de la LIBERTAD, que deseo que la fuerza de vuestro hijo Antonio saque a la luz el dolor que os aflige, pero que os da tanta fuerza (T. de los A.).

Letto alla Commissione Esecutiva il Vostro Rapporto in data di ierj; ha prese le seguenti determinazioni:

#### Morti

Per la famiglia del Maestro Calafato Giuseppe di Marco -  
Che la madre goda carlini quattro al giorno perpetuamente: alla sua morte abbiano ripartitamente i figli.

Le femine godano la dote di ducati 25. contanti per ciascuna. E siano dati per gratificazione ducati 50. contanti per il lutto.

Per la famiglia del Marinaio Angelo Lubrano -  
La paga di ducati 4. 77. in contanti che percepiva, sia ripartita per alimento ai figli.

E ducati 50. contanti al padre, ed alla madre per il lutto.

Per la famiglia del Marinaio Gaetano Cappello -  
Che la madre, o moglie percepisca il soldo in due. 3. 70 contanti.  
Se ha figlie femine la dote di ducati 25. contanti per ognuna; e due. 50. contanti per il lutto.

Per la famiglia del Marinaio Gaetano Bruscolo

Alla madre la continuazione della paga di due. 3. 70. contanti. E due. 50 contanti per il lutto.

Per la famiglia del Marinaio Niccola Rispolo

La paga di ducati 3. 70. contanti, la continui a godere la madre. E duc. 50 contanti per gratificazione di lutto.

La Patria adotta per suoi tutti li figli de' morti in sua difesa nella gloriosa azione marittima de' 28. Fiorile, e commissiona il Direttore Generale Caracciolo ad impiegare utilmente nella Marina quei tra loro che siano di età adulta, e dare una distinta nota degli altri, che siano in età di ricevere educazione per la marina, affinché il Governo, ch'è sensibile alla loro sorte dia gli ordini per essere ammessi nel Collegio Nazionale (No. 29 del Monitore, 18 de mayo de 1799).

Leido el informe a la Comisión Ejecutiva ayer; Se tomaron las siguientes determinaciones:

#### Muertos

Para la familia del maestro Calafato Giuseppe di Marco

Que la madre disfrute de cuatro por día pugs perpetuamente: en su muerte comparten a los niños.

Las mujeres disfrutan de la dote de 25 ducados. Dinero en efectivo para cada uno. Y se entregan para gratificación a 50 ducados. Dinero en efectivo para el duelo.

Para la familia del Marinero Angelo Lubrano

Los ducados pagan 4.77. En efectivo que recibió, se desglosa por alimentos a los niños.

Y ducados 50. En efectivo al padre, y a la madre por el luto.

Para la familia del marinerio Gaetano Cappiello

Que la madre, o esposa, perciba el dinero en dos. 3. 70 en efectivo.

Si tiene hijas, la dote de los ducados es de 25. efectivo para cada uno; y dos. 50. Dinero en efectivo por luto.

Para la familia del marino Gaetano Bruscolo.

A la madre la continuación de la paga de dos. 3. 70. en efectivo. Y dos 50 en efectivo por luto.

Para la familia del marinerio Niccola Rispolo.

Los ducados pagan 3.70. en efectivo, sigues disfrutando de la madre. Y duc. 50 en efectivo para la gratificación de luto.

La Patria adopta para todos los hijos de los muertos en su defensa en la gloriosa acción marítima del 28º Fiorile, y encarga al Director General Caracciolo que use provechosamente en la Armada a aquellos que son adultos, y dé una nota clara de la otros, que están en la edad de recibir educación para la marina, por lo que el gobierno, que es sensible a su destino, da órdenes de ser admitido en el Colegio Nacional (T. de los A.).

También se hará eco de los horrores de la guerra, dando relevancia al sufrimiento de las mujeres:

Il fatto si è, che gli Austriaci non hanno occupati, che i paesi di là del Po; né si son sognati di passarlo ancora. Ciò che si sa, sono le crudeltà inudite, che commettono coloro in que' miserabili paesi da essi occupati. In alcune case di contadini hanno uccisi i teneri par-goletti nelle braccia di alcune Madri, che ricusarono prestarsi alle loro brutalità. In alcune stalle rustiche entrati, hanno uccise le bestie unicamente per compiacersi della desolazione delle piangenti famiglie. E quel scellerato dell'ex Cardinale Mattei va quà e là per le chiese campestri a pregar nelle Messe, e nelle pubbliche orazioni per la felicità delle armi della coalizione. Egli è stata la causa de' disordini, che sono stati a Castel Guglielmo, e a Trecenta, avendo coll'arte infame dell'impostura eccitato il popolo al l'insurrezione; per cui tutto è discordia, e anarchia, e la vita di alcune autorità costituite, è stata sacrificata al furor popolare (No. 23 del Monitore, 6 de abril de 1799)

El hecho es que los austriacos no han ocupado, que los países más allá del Po; ni han soñado con pasarlo todavía. Lo que se sabe es la crueldad inaudita cometida por aquellos en los países desgraciados ocupados por ellos. En algunas casas de campesinos mataron a los niños pequeños y tiernos en los brazos de algunas madres, que se negaron a prestarse a su brutalidad. En algunos puestos rústicos, mataron a las bestias solo para complacer a la desolación de las familias que lloraban. Y ese malvado ex cardenal Mattei va aquí y allá para que las iglesias de los países oren en las misas y en las oraciones públicas por la felicidad de las armas de la coalición. Él



fue la causa de los desórdenes, que estaban en Castel Guglielmo, y en Trecenta, y las personas infames de la imposición animaron a la gente a la insurrección; así que todo es discordia y anarquía, y la vida de algunas autoridades establecidas ha sido sacrificada a la furia popular (T. de los A.).

Es especialmente conmovedora la reproducción de la carta del Jean-Debry, sobre el asesinato de los Diputados franceses en Rastadt y que se une a un mensaje del Directorio, del cual solo reproduce un extracto:

Frattanto io mi strascinava zii un bosco vicino, e sentiva gli urli di que' cannibali, i gridi delle vittime, e soprattutto delle loro compagne della sposa de Roberjot, e di mia moglie gravida di sette mesi, e de' miei due figli, che dimandavano il loro padre. Il mio Segretario particolare, Citt. Belin, fu trattenuto dai sei uomini per essere testimonio di tutte queste scene di orrore, e il mio cameriere fu gettato nel fiume.

Ho saputo, che tutti i Membri del Corpo Diplomatico avevano fatti i più grandi sforzi per traversare la linea degli assassini, e correre al soccorso di quelli, che potevano riceverlo; ma appena ad un'ora del mattino la cittadina Roberjot poté essere raccolta dal Sig. De-Jacobi Ministro di Prussia, tizia moglie, e i miei figli da Monsieur De-Reden Ministro di Brem Annover (No. 34 del Monitore, 5 de junio de 1799).

Mientras tanto, arrastré un bosque cercano y escuché los gritos de esos caníbales, los gritos de las víctimas y especialmente de sus compañeros de la novia de Roberjot, y de mi esposa embarazada durante siete meses, y de mis dos hijos, que le preguntaron a su padre. Mi secretaria particular, Citt. Belin, fue detenido por los seis hombres para ser testigo de todas estas escenas de horror, y mi camarero fue arrojado al río.

Sabía que todos los miembros del Cuerpo Diplomático habían hecho los mayores esfuerzos para cruzar la línea de los asesinos y apresurarse a rescatar a los que podían recibirla; pero tan pronto

como a una hora de la mañana, el pequeño Dejacobi, ministro de Prusia, una esposa y mis hijos, el señor Dejenobi, el ministro de Brem Annover, pudieron recoger la pequeña ciudad Roberjot (T. de los A.).

De publicaciones destinadas al público femenino y en las que se observa un cambio en las costumbres.

Dal Cittadino Saverio d'Onofrio Editore della Gazzetta di Firenze e di Lugano a S. Liguoro, e presso tutti i dispensatori delle medesime si trovano vendibili i seguenti libri: *Dell'Anima delle Donne, e della Libertà del Vestire discorsi dei Cittadino F.M.* al prezzo di grana cinque. *Memoria degli Avvenimenti Popolari seguiti in Napoli in Gennaio 1799* in forma piccola da potersi acchiudere in lettere, grana cinque (No. 20 del Monitore, 16 de abril de 1799).

Del Ciudadano Saverio d'Onofrio Editore de la Gazzetta di Firenze y de Lugano a S. Liguoro, y de todos los dispensadores del mismo, se pueden vender los siguientes libros: *Dell'Anima delle Donne, e della Libertà del Vestire discorsi dei Cittadino F.M.* al precio de cinco grana. *Memoria degli Avvenimenti Popolari seguiti in Napoli in Gennaio 1799* en formato pequeño para poder aparecer en letras, cinco grana (T. de los A.).

Y de como el advenimiento de la República ha democratizado hasta las festividades religiosas más tradicionales, haciendo que las mujeres del pueblo participasen por pleno derecho:

Altra cosa da non trascurarsi perché solita, e perché festa religiosa, è l'illuminazione al Pennino, ed il così detto Catafalco, o palco illuminato, e con musica. Nell'antico sistema ne godevano sole le donne di gerarchia, o quelle che vivevano gerarchico more; vi anderanno ora le donne del minuto popolo, la novità dell'andarvi, il piacer della festa empirà di allegrezza il cuor di ogni donna; ciascuna tornerà a casa amica del nuovo sistema; ed ogni donna persuasa, persuaderà a vicenda marito, padre, fratelli, figli ecc. Non

vi ha cosa, che così congiunga gli animi, siccome pubbliche feste, e cerimonie religiose; quindi la saggia antichità le une congiunse sempre colle altre, e si avvale della doppia efficacia di amendue. Opporre la spesa dell'illuminazione, sarebbe nel momento attuale cosa meschina, ed antipolitica: la vera economia consiste in saper distinguere gli oggetti, ed i casi della spesa, o del risparmio (No. 26 del Monitore, 9 de mayo de 1799).

Otra cosa que no se debe descuidar porque es habitual, y porque es un festival religioso, es la iluminación en el Pennino, y el llamado Catafalco, o escenario iluminado, y con música. En el sistema antiguo, solo disfrutaban mujeres de jerarquía, o aquellas que vivían moras jerárquicas; Las mujeres de cada minuto irán allí, la novedad de ir allí, el placer de la fiesta llenará de alegría el corazón de cada mujer; Cada uno volverá a casa, amigo del nuevo sistema; y cada mujer persuadida se persuadirá mutuamente esposo, padre, hermanos, hijos, etc. No tiene nada que ver con eso, lo que une a los espíritus, como fiestas públicas y ceremonias religiosas; por lo tanto, la sabia antigüedad los unió siempre con los demás y se sirvió de la doble eficacia de ambos. Al oponerse al gasto de la iluminación, sería en la actualidad una cosa mala y antipolítica: la economía real consiste en poder distinguir los objetos y los casos de compras o ahorros (T. de los A.).

Los hechos finalmente se precipitaron: rumores de un abandono inminente del ejército francés, que fue seguido por Eleonora primero con incredulidad y luego con fe heroica en la capacidad de resistencia autónoma de los republicanos, la sucesión de victorias de las bandas sanfedistas que subían desde el sur de la península, la entrada de la ciudad 13 de junio 1799 del Cardenal Ruffo y la posterior capitulación del 19 de junio.

Ella se subió a uno de los barcos que debían partir con destino a Francia con todos los amotinados, según se había establecido en los términos de las capitulaciones, que auguraban a los rebeldes el exilio y no la pena de muerte. Sin embargo, ni Nelson ni Fernando IV respetaron el acuerdo, de modo que Eleonora se encontró entre los

prisioneros que fueron obligados a bajar del barco para ser encarcelados y posteriormente juzgados. Con el fin de la República termina su sueño político y con él, su vida. El 7 de agosto se pronunció la sentencia de pena de muerte en la horca. No dirigió una petición de clemencia al rey, sino un requerimiento para no morir en la horca sino decapitada, como era su derecho por la clase social a la que pertenecía. Se le negó con un pretexto. Parece que el 10 de agosto 1799, antes de subir a la horca, la última preocupación que tuvo hacia su persona fue a cerrar la falda para no ofrecer su cuerpo a los insultos del populacho que había intentado sin éxito sublevar. Murió el 10 de agosto 1799, en la Piazza del Mercato, en Nápoles.

Pero Elenora De Fonseca Pimentel no es la única mujer protagonista de la Revolución Napolitana, tal y como ella misma relata en el *Monitore*, en el menciona a mujeres ajusticiadas por participar en incendios y actos de pillaje:

*L'istessa sorte hanno avuta i rivoltosi in Nocera dove sono state fucilate con cinque Uomini anche tre donne complici di avere anch'esse prestata la mano a qualche incendio di case particolari, e partecipato della rapina (No. 10 del Monitore, 5 de marzo de 1799).*

El mismo destino tuvieron los rebeldes en Nocera, donde fueron fusilados con cinco hombres y tres mujeres cómplices por haber participado en algunos incendios de casas particulares, y en la rapiña (T. de los A.).

Pero también mujeres ejemplares y que junto a ella merecen al menos una mención Luisa Molino Sanfelice<sup>10</sup>, Giulia Carafa,

---

10 Así aparece en el No. 19 del *Monitore*, 19 de abril de 1799 como una patriota: “Una nostra egregia Cittadina Luisa Molina Sanfelice svelò venerdì sera al Governo la cospirazione di pochi non più scellerati che mentecatti, i quali fidando alla presenza della squadra Inglese, o di concerto con essa intendevano nel sabato massacrare il Governo, i buoni patrioti, e tentare indi un controrivoluzione”.

duquesa de Cassano y a su hermana la duquesa Maria Antonia di Popoli, que iban de casa en casa recogiendo vestidos, comida, dinero,... para soldados y para los pobres que se encontraban en los hospitales de la ciudad, Teresina Ricciardi<sup>11</sup>, Eugenia Ricciardi<sup>12</sup>, Vittoria Pellegrini, que dirigió un Te Deum de acción de gracias por el advenimiento de la República<sup>13</sup>, Laurente Porta, una de las grandes oradoras del momento, Cristina Clarizia, que había intentado liberar a los jacobinos prisioneros en la cárcel de Castelnuovo, y su hermana Carmela, la baronesa Ricciulli, la duquesa Fusco, la princesa de Belmonte, Eleonora Capana, Carolina Filangieri, Luigia Minot, más conocida como Madama Gasses y que dirigía el

---

“Una de nuestras queridas ciudadanas, Luisa Molina Sanfelice, dio a conocer al Gobierno el viernes por la noche la conspiración de unos pocos más infames que mentecatos, que confiaban en la presencia del ejército inglés, o en concierto con él, pretendían masacrar al Gobierno, a los buenos patriotas e intentat iniciar una contrarrevolución”.

11 Teresina Ricciardi con catorce años es una de las mujeres más jóvenes que conocemos y que participó en la República Napolitana. Era de S. Maria Capua Vetere, y al parecer estaba emparentada con una familia jacobina.

12 Eugenia Ricciardi conocida por haber donado los terrenos en los que se erigió el Ospedale degli Incurabili, destinado a atender a los más pobres de la ciudad y a quienes no tenían ninguna esperanza como su propio nombre indica.

13 La propia Eleonora lo relatará así en el número 6 del *Monitore*, martes 19 febrero de 1799: “In Cottala una rispettabile madre di famiglia, Vittoria Pellegrini, superando gl’incomodi dell’avanzata età, e dell’inferma salute, si è posta ella medesima alla testa del Popolo, ed è andata ad intuonar il Tedeum per la proclamata Repubblica. Tutta quella valorosa gioventù, che obbligata alla coscrizione militare, o aveva procurato sfuggirla, o aveva abbandonato l’armata; tutta, e da per tutto ha cominciato a gridare, or vogliam esser soldati per mostrar al tiranno, che lo vogliam esser non per lui, ma contro di lui”.

“En Cottala, una respetable madre de familia, Vittoria Pellegrini, superando la incomodidad de su avanzada edad y su enfermiza salud, se colocó a la cabeza del Pueblo y fue a entonar el Tedeum para la proclamada República. Toda esa valiente juventud, que obligada al reclutamiento forzoso, había intentado eludirla o había abandonado el ejército; toda, y de todas partes, ha comenzado a gritar que deseaban ser soldados para demostrar al tirano, que querían serlo no para él, sino contra él”.

club jacobino de Monteoliveto, Ermenegilda Gabellane Bozzaotre y Vincenza Petrucci. (D'Ayala: 1999). Todas ellas contribuyeron a que la llama de la libertad y la igualdad no se apagara en los corazones napolitanos y que llegara hasta nuestros días.

## 2. GIUSEPPINA TURRISI COLONNA

Giuseppina Turrisi Colonna nació en la ciudad siciliana de Palermo el 2 de abril de 1822 de una familia noble, pues era hija del barón Mauro Turrisi y de Rosalia Colonna. Pasó casi toda su juventud en la isla dedicándose al estudio bajo la guía de Giuseppe Borghi, quien la introdujo en los clásicos de la literatura griega y latina. Turrisi Colonna, de todas formas, manifestó un interés también por la literatura romántica, en especial hacia autores como Alessandro Manzoni, Giacomo Leopardi, George Byron y Johann Wolfgang von Goethe (Sgroi, 1937).

Manifestó también desde temprana edad una propensión por la poesía, de hecho, con tan solo catorce años publica el *Inno a San Michele*. En sus composiciones encontramos el tema biográfico, con textos dirigidos sobre todo a su hermana Anna (pintora y poeta) y a su hermano Niccolò, y a ella misma; el histórico-civil, con obras dedicadas a hechos y personajes de la historia nacional e internacional; el religioso, con ahondamientos en los Santos de la cristiandad y los personajes del Antiguo Testamento; y el literario-clasicista, con vulgarizaciones (Guardione, 1897: 209-433).

No obstante, a lo largo de su producción, que va de 1836 a 1846, abandona progresivamente los temas religiosos y filosóficos para dedicarse principalmente a las cuestiones civiles y patrióticas, expresando todo su ardor patriótico. En sus poesías, en efecto, Turrisi Colonna enaltece la unidad de Italia, exhortando a las mujeres a que participen en la vida política (Orestano, 1940: 301), como en la poesía “Ad Aldruda”:

Infiammarsi le donne  
Miro co' padri e co' mariti, e in crude  
Armi mutar le gonne,

E osar più ch'essi, e tra' nemici il foco  
Lanciar di tema ignude,  
E nell'ovra più rude,  
Nei più forti cimenti agili e destre  
Farsi a' guerrier maestre,  
E altri cade, altri fere, altri minaccia.  
(Turrisi Colonna, 1922: 42).

Incitan las mujeres  
miro con los padres y con los maridos, y en ásperas  
armas convertirse las faldas,  
y osar más que ellos, y entre los enemigos el fuego  
el temor desnudas arrojar,  
y en la obra más ruda,  
en los más duros desafíos ágiles y diestras  
volverse guerreras maestras,  
ahí pugnando, donde menos fiel es el lugar,  
donde cada corazón se congela,  
y otros caen, a otros hiere, a otros amenaza.  
(T. de los A.).

Con tan solo diecinueve años escribe un ensayo de poesía, que se publica en 1841 y se dedica a la traducción de su amado George Gordon Byron, a quien le dedica varias poesías, con palabras como las que utiliza en “Giorgio Byron a Ravenna”:

Sì, Giorgio interrompea; negli alti carmi  
Chi lo vinca non fia, né chi l'uguagli:  
A quella tomba corro ad inspirarmi,  
Ove posa dai rischi e dai travagli:  
Che plori e inchini ai suoi funerei marmi  
Un estraneo Cantor dolce saragli.  
Comun lo sdegno, l'onorate cure  
Ho comuni con esso e le sventure.  
(Turrisi Colonna, 1922: 26).

Sí, George interrumpía, en su inmensa poesía  
quien lo gane no exista ni quien lo iguale:



a esa tumba acudo para inspirarme,  
donde pueda de los riesgos y de los tormentos;  
que implore y se incline a sus funéreos mármoles  
un forastero Cantor dulce le será.  
Común el desdén, los dignos cuidados  
tengo en común con él y las desventuras.  
(T. de los A.).

Recurrir a Byron se explica por su necesidad de fantasear aventuras y criaturas excepcionales, puesto que, en su vida, cuya cotidianidad estaba marcada por la familia, le fue negada por completo.

Vivir en Sicilia en esos años no era fácil, ya que el Congreso de Viena de 1815 había afirmado el dominio Borbónico en el sur de Italia y la isla se encontraba a medias entre el espíritu iluminista y el sentimiento religioso católico. Pero, de todas formas, era la Sicilia que prepararía los motes de 1848 (Graci, 2015: 736), que llevarían a un nuevo Reino de Sicilia independiente hasta 1849.

En 1846 Turrise Colonna deja Sicilia por la Toscana, región de la que la poeta queda fascinada, sobre todo por el eco de los grandes de la literatura italiana; pero sin olvidarse nunca del sentimiento que la unía a su familia y a su tierra. Aquí empezará su colaboración con el editor florentino Le Monnier, que le publicará *Le liriche* en 1846 y hasta una edición póstuma de su obra completa en 1915.

Volverá a casa en 1847, año en el que se casa con el príncipe de Galati Giuseppe De Spuches. Se trata de un matrimonio auténtico y no solo de conveniencia, como solía darse entre las familias nobles sicilianas. Ambos, de hecho, compartían el amor por la literatura y, especialmente, por la poesía.

Lamentablemente, Turrise Colonna fallece el 17 de febrero de 1848, con tan solo 26 años y pocos meses de matrimonio. El marido encargó que realizaran un monumento en su honor, obra del escultor Valerio Villareale. La ciudad de Palermo, en cambio, le dedicó uno de los principales centros educativos. Los restos de esta “Santa Rosalia del Risorgimento”, como la conocían en Sicilia por

su espíritu patriótico, reposan en la iglesia de San Domenico, llamada el “Pantheon dei siciliani illustri” (Barbiera, 1927: 153-158; Zanella, 1939: 453).

Su fama traspasó los confines de la isla y, como demuestran los testimonios –principalmente cartas recogidas por el crítico más importante de Giuseppina Turrise Colonna, Francesco Guardione (1884: 44-54)– de los muchos que la admiraron y que, a su vez, alimentaron su pasión por la política. Entre ellos encontramos a Michele Amari (historiador, político y experto de los *Vespri Siciliani*), Massimo D’Azeglio (político, literato y patriota italiano) y a Giuseppe Giusti (poeta), que era amigo de Alessandro Manzoni.

Su poesía no presenta una clasificación neta en base a los temas, ya que estos se superponen y se compenetrán. A continuación, pues, se presenta integralmente una serie de poesías como, por ejemplo, “A Giuditta”, donde el argumento bíblico es tan solo aparente, ya que en realidad se trata de un himno a la guerra y una arenga llena de patriotismo; o las dos poesías con el mismo título, “A las mujeres sicilianas”, en las que invita a sus conterráneas a que luchen y a las madres a que cumplan con su deber de educadoras, recordando los fastos de su tierra; o “La Granduquesa Olga”, en la se dirige a todas las mujeres, independientemente de la división de clases sociales, que considera dañina para la causa de la patria.

### **A Giuditta**

Va, Giuditta: sul letto nefando  
Nell’ebrezza è sopito quell’empio;  
De’ tuoi cari già vede lo scempio,  
Già n’ esulta nel sogno crudel.  
Va, Giuditta: nel divo comando  
Vinci, riedi, conforta Israel.

Veglian sopra la scossa muraglia  
Assettati, derisi, languenti,  
Per la notte levando lamenti,

I guerrier dell'offesa città;  
E paventavan che nova battaglia  
Del nemico trionfo sarà.

Al chiaroro delle tioche lucerne,  
Scarmigliate nei crudi perigli,  
Pei mariti pregando, pei figli  
Stan le donne dinnanzi l'altar:  
Altre all'orlo dell'arse cisterne  
Forsennate sen vanno a spirar.

Della Luna par sangue la faccia,  
Piangon gli astri coperti d'un velo;  
da lontano rimbomban pel cielo  
cupi toni, che han l'eco nei cor;  
Dei celesti a chi va la minaccia,  
La nuov'alba a chi reca dolor?

S'ode un grido: vincemmo! accorrette,  
Demolite, varcate le porte;  
Non servaggio v'attende, non morte,  
Dei prodigj vedrete il maggior;  
Per le tende, pei campi vedrete  
Negli Assirj diffuso il terror.

Chi è Costei che solleva cruenta,  
Boccheggiante sul pugno una testa?  
Ogni tuba a lei vola, s'arresta,  
Tace, agghiaccia alla vista fatal:  
È caduto: che più vi sgomenta,  
Nel cimento qual ferro preval?

Chi è costei? del deriso Israello  
È salvezza; inchinante Giuditta:  
Fra i nemici, fra l'armi l'invitta  
Sola, inerme, sollecita uscì.  
Ferve il popol; con salmo novello  
Al trionfo ella il guida così: –

Lode al Nume, che veglia, che regge  
La sua plebe, e gli estrani confonde:  
Dalla terra profana, dall'onde  
Fece salve la prima tribù:  
Tutti un segno ne strinse, una legge,  
Arse tutti l'istessa virtù.

Cinque forti al novel Condottiero  
Minacciando, giuraron battaglia;  
Ei non teme, discende, si scaglia,  
Dei fuggenti perseguita il vel:  
Parla al sole l'eletto Guerriero,  
E la luce prolunga del sol!

Fulminato il crudel Madianita  
Che non osan le lance di Giuda?  
È trionfo la guerra più cruda,  
Dei trionfi s'accresce la fè.  
Chi dell'armi alla prova t'irrita,  
Israel, chi presume con te?

Smisurato l'orribil gigante  
Ogni ardire sgomenta, ogni possa;  
Ma già scaglia l'ardita perscossa,  
Già lo coglie l'ignoto pastor:  
Son più diri nel diro sembante  
Gli atti estremi, l'estremo furor. –

Di Betulla chi guida la figlia  
Sola, intatta nel campo deliro?  
Tronco immane l'indomito Assiro  
Senza moto, senz'ira restò.  
Dei nemici la fronte, le ciglia  
Già l'eterna vendetta segnò.

Allungata una mano di foco  
Nel profano vegliar delle notti,

Ecco annunciata ai potenti corrotti  
La ruina ch'estrema sarà:  
Nei covili d'insospito loco  
Altri brutto coi bruti vivrà.

Ma pietoso, ma provido ai figli  
Circoncisi d'Abramo alla terra,  
Ogni rischio ne vinci, ogni guerra,  
Della pace prolungane i dì:  
Nella gioia, gran Dio, nei perigli  
Il tuo popolo d'adori così.  
(Turrisi Colonna, 1922: 21-24).

### **A Giuditta**

Ve, Giuditta: a la cama nefanda  
en la ebriedad se apacigua ese sacrilegio;  
de tus seres queridos ya ve el estrago,  
ya exulta en el sueño cruel.  
Ve, Giuditta: en la divina orden  
gana, ríete, alivia Israel.

Velan sobre la muralla sacudida  
sedientos, ridiculizados, languidecidos,  
por la noche alzan lamentos,  
los guerreros de la ciudad ofendida;  
y temen que una nueva batalla  
del enemigo será un triunfo.

Bajo el claror de los tenues candiles,  
desgreñados en los ásperos peligros,  
los maridos rezando, los hijos,  
están las mujeres ante el altar:  
otras al borde de los quemados aljibes  
desaforadas van a respirar.

De la Luna parece sangre la cara,  
lueven los astros cubiertos por un velo;

desde lejos retumban por el cielo  
sombríos truenos, que tienen eco en los corazones;  
de los celestes a los que va la amenaza,  
¿el nuevo amanecer a quién acarrea dolor?

Se oye un grito: ¡ganamos! acudid,  
demoled, atravesad las puertas;  
no os espera servidumbre, ni muerte,  
de los prodigios veréis el mayor;  
por las tiendas, por los campos veréis  
en los Asirios difundido el terror.

¿Quién es la que levanta cruenta,  
jadeante en el puño una cabeza?  
La muchedumbre hacia ella vuela, se detiene,  
se calla, estremecida ante la vista fatal:  
cayó: ¿qué es lo que más os perturba,  
en el desafío en que el hierro prevalece?

¿Quién es ella? Del ridiculizado israelí  
es la salvación; obsequiad a Giuditta:  
entre los enemigos, entre las armas la invicta,  
sola, inerme, solícita salió.  
Fermenta el pueblo; con salmo novel  
Al triunfo los guía así:

Loa al Numen, que vela, que sostiene  
a su plebe, y a los forasteros confunde;  
si la tierra profana, de las olas  
salvó las primeras tribus:  
con todos tuvo un gesto, una ley,  
resplandeció a todos con la misma virtud.

Cinco fuertes al novato condotiero  
amenazando, juraron batalla;  
él no teme, desciende, se abalanza,  
de los fugitivos persigue el vuelo;

le habla al sol el Guerrero elegido,  
¡y la luz prolonga del sol!

Fulminado el cruel Madianita,  
¿qué no osan las lanzas de Judas?  
Es un triunfo la guerra más áspera,  
con los triunfos crece la fe.  
¿Quién con las armas en la prueba te irrita,  
Israel? ¿Quién presume contigo?

Desmesurado el horrible gigante  
cualquier osadía perturba, toda fuerza;  
pero ya lanza el atrevido azote,  
ya lo coge el ignoto pastor:  
son más despiadados en el despiadado semblante  
los gestos arriesgados, el máximo furor.

¿De Betulia quién guía a la hija  
sola, intacta en el campo delirante?  
Tronco enorme el indómito Asirio  
sin movimiento, sin ira se quedó.  
De los enemigos la frente, las pestañas  
ya la eterna venganza marcó.

Tendida una mano de fuego  
en el profano velar de las noches,  
he ahí que anuncia a los potentes corrompidos  
la ruina que enorme será:  
en las guaridas de inhóspito lugar  
otro bruto con los brutos vivirá.

Pero piadoso, pero proveedor con los hijos  
circuncisos, de Abraham a la tierra,  
cada riesgo ganas, cada guerra,  
de la paz alarga los días:  
en la alegría, gran Dios, en los peligros  
tu pueblo te adora así.  
(T. de los A.).

## Giorgio Byron a Ravenna

La chioma è d'oro, vergini le rose  
Nel volto della bella innamorata:  
Mille piacer, mille dolcezze ascose  
In chi l'ascolta desta, in chi la guata:  
Ma le luci talor china pensose  
Con quell'atto gentil, quella pacata  
Malinconia sì dolce e sì potente,  
Ch'è lo spirito dell'anima innocente.

E a lei che sensi nell'oppresso core  
Che lusinghe sorgevan, che diletto  
Nei colloqui d'ebrezza e di dolore  
Con l'inglese adorato giovinetto!  
D'ogni cara memoria per lunghe ore  
Favellando commosso, e d'ogni affetto,  
O mia Teresa, ei ripetea, fornita  
A mezzo del cammin sento la vita!

Talor nel più tranquillo e più remoto  
Loco ristando meditava in pianto,  
E chiuso a tutti, a sè piacente e noto  
Fea negli alti pensier più bello il canto.  
Rapir l'alma sentia d'un gaudio ignoto,  
Benché dai voli della mente affranto:  
Celeste gaudio di ritrarre interi  
Quai si senton gli affanni ed i piaceri.

Un dì Teresa a lui: se in dolci modi  
Per te Torquato sospirò, far segno  
Non vuoi di sante e generose lodi  
Il primier d'ogni vate e d'ogni ingegno?  
Esul, perduto dalle iniquie frodi,  
E nel dolor più grande e nel disdegno,  
Dante qui posa. Oh nome! Oh ria fortuna!  
Dei sommi è Patria e il non averne alcuna.



Sì, Giorgio interrompea; negli alti carmi  
Chi lo vinca non fia, né chi l'uguagli:  
A quella tomba corro ad ispirarmi,  
Ove posa dai rischi e dai travagli:  
Che plori e inchini ai suoi funerei marmi  
Un estraneo Cantor dolce saragli.  
Comun lo sdegno, l'onorate cure  
Ho comuni con esso e le sventure.

Toccava l'ora quando il ciel s'annera,  
E mesti sensi nella mesta cella  
Spira il vasto silenzio della sera  
A chi pensando col suo cor favella:  
Impregnata del fior l'aura leggiara  
Scherzava tra la fresca erba novella,  
Ed una nuvoletta bruna, bruna  
Velava il volto alla sorgente luna.

Incerta luce moribonda e cheta  
Pioveva sul muro del vicin Convento,  
Sul tempietto piovea del gran Poeta,  
Che tempietto rassembra il monumento.  
Ivi inoltra il Britanno, ivi s'acqueta  
Pallido, muto, senza movimento.  
Silenzio è intorno a lui, né vento romba  
Entro i cupi recessi della tomba.

Ahi, son care le tombe! Ed oh qual vero  
Non disvelano all'anima comossa  
Gli archi, la scritta dolorosa, il nero  
Teschio, dai fori manifesto, e l'ossa?  
Ahi dei vetusti Achei santo il pensiero  
Che ai morti non apria lontana fossa;  
Ma spento il rogo, lacrimata e cara  
Nel proprio tetto avean la tomba e l'ara.

Quali brame d'onor, quai pensier santi  
Destan l'urne dei vati e degli Eroi

Che dopo il volger di tanti anni e tanti,  
Vivon nell'opre, e si fan duci a noi!  
O Firenze! primier di tutti i vanti  
L'altissimo delubro additar puoi,  
Là dove stanchi posan nell'avello  
Michelangelo, Vittorio, e Machiavello.

E se Quegli non v'ha che in molli rime  
Lusingava la bella Avignonese  
Esule volontario, al re sublime  
Dei cantor chi matrigna, oh Dio, ti rese?  
Perché negasti a chi le lodi prime  
Die' il mondo, l'aer del natio Paese,  
E, nova Atene, il generoso figlio  
Disdegnasti nell'opra e nel consiglio?

Giorgio si scosse: ed o Cantor divino,  
O Giudici dei rei, saggio famoso,  
Dolce il vale ti sia d'un peregrino,  
Sia tranquillo, pregava, il tuo riposo:  
Quando tremò l'avello, e repentino  
Lo percoteva un raggio luminoso,  
E uscì del velo sepolcrale sgombra  
Con la testa e col petto una grande ombra.

Scarne le tempie avea, pallido il volto,  
Minacciose le labbra, il guardo fiero,  
E sulla fonte ardea, sul ciglio folto  
La magnanima bile ed il pensiero:  
Ma fe' mite il semblante, e a lui rivolto,  
Che, muto, agli occhi suoi non crede il vero:  
Dai silenzi di morte e dagli orrori  
Per te mi destò: Io son colui che adori.

O giovin, proseguia, dei canti il volo,  
E l'indomito ingegno, e il cor profondo  
A me t'uniro: ne un sol ciel, né un solo

Terren; ma Patria degli eccelsi è il mondo.  
Chinando gli occhi riverenti al suolo:  
A te innanzi? oh gran Padre! oh che rispondo?  
Oh gioia! oh vista! e, pien di mille affetti,  
Il Britanno seguiva in franchi detti:

Oh quante volte io piansi ai tristi eventi  
Dei due Cognati, alla querela pia;  
E su lui che dei figli ode i lamenti  
Nella cruda, lentissima agonia!  
In quelle orrende bolge oh come tenti  
Ogni parte dell'alma, ed ogni via;  
Come favellan sanguinosi bronchi,  
E vagolanti fiamme, e capi tronchi!

Deh con che pianto udia l'acerba sorte  
Dalla tradita giovine Sanese,  
E di Manfredi l'onorata morte,  
Sì gagliardo, sì bello, e sì cortese!!  
Fra l'ombre che parean cose rimorte  
Inaspettato vidi il buon Forese,  
E nella vaga nuvola di rose  
Le più care d'amor sembianze ascose

Nei begli occhi rapir del tuo tesoro  
Di cielo in ciel ti vidi; e come rida  
E Piccarda, e Martel nell'alto coro,  
E Folchetto rimembro e Cacciaguida  
Fra torrenti di luce, e scale d'oro  
Chi tender l'ali del pensier confida,  
E nella gioia dell'eterno canto  
Manifesto veder dei santi il Santo?

Oh estasi divina! oh idee celesti  
O nell'immenso vol robuste piume,  
O dolci versi! Come ritraesti  
Di lassù tanto gaudio e tanto lume?

Sorrise alquanto ai blandimenti onesti  
Quel magnanimo fuor di suo costume,  
Chè della vita dopo l'ultima ora  
Dolce è la lode, e ne rientra ancora.

Poi traendo un sospir, deh per qual fato  
Questa voce, dicea non fu gradita?  
Perché lungi da' miei m'ebber dannato  
Alla raminga dolorosa la vita?  
Né coi tristi pensai, né fomentato  
Gli sdegni avea della città partita,  
Né guelfo sollevai, né ghibellino  
Impuri voti al Ciel; ma fui Latino.

E povero, e vetusto intorno errai,  
Senza brutta viltà, senza paura,  
E gli argomenti d'ogni ver tentai,  
Così fatto maggior della sventura.  
Resti il mio canto almen, resti, gridai,  
De' cor maestro nell'età ventura,  
Testimone del mio: nei sensi egregi  
Meglio viver sapran popoli e regi.

Nei labbri, nel sentir, nell'intelletto  
Pochi si caldi, sì veraci sono;  
Chè d'eccelso pensier, d'eccelso affetto  
Non fan linguaggio delle rime il suono.  
L'invariato povero subietto  
Al gran Vate di Sorga io non perdono:  
Ahi, che Italia sona dovevan sempre  
Delle Melodi sue dolci sempre!

Meglio l'ali tendea l'ardito, immenso  
Cantor di Bradamente e di Marfisa,  
E caro in ogni detto, in ogni senso,  
Guerre, incanti, spelonche, orror divisa.  
Pur sovente con lui favello e penso

Ove più bello il Ciel s'impadronisca,  
E mi querelo che d'amor, di folle  
Vaneggiar l'invaghiva il secol molle.

L'infelice è con noi che del Budiglione  
Cantò la santa impresa e i lunghi affanni,  
Cantò d'Armida il giovane Campione,  
Vincitori de' nemici e degl'inganni:  
Misero! Nell'orror d'una prigione  
Misurando tradito i giorni e gli anni,  
Seppe come agli iniqui ed potenti  
È Trastullo il dolor degli innocenti.

Ma pien di riverenza e di desio  
Sempre è meco l'onor d'Italia e d'Asti:  
All'opre ture non è, Vittori mio,  
Non è gloria quaggiù tanta che basti  
O divo Ingegno! A te qui risposi io,  
Qui dei fati, di me qui meditasti,  
E di pari desio, d'animo pari,  
Nuovi serti m'offiresti e nuovi altari.

O mio vittoria! Nell'ausonie rive  
Degli alti versi tuoi stupir le scene  
Al molle canto avvezze, alle lascive  
Lusinghe d'Istrioni e di sirene:  
Dell'italo Coturno in te più vive  
Surser le glorie e la perdita spene:  
Oh come impallidir sulle minori  
Fronti dinanzi a te veggo gli allori!

E ride anch'ei nell'immortal soggiorno  
Di chiarissima luce il buon Parini,  
Che degli amanti l'ozioso giorno  
Derivava coi numeri divini:  
Stanco, dolente al ciel fece ritorno  
Fra l'ire della guerra e dei destini,

Quando truci pensier l'Erore fatale  
Sull'illusiva volgea terra natale.

Eroe che nel valor, nell'ardimento  
Scemò la fama degli antichi Prodi,  
Venne, vinse, opponendo i dicesi ai cento,  
E Marengo, e Vagramme, ed Ulma, e Lodi:  
Polve di Vaterlò! Duro cemento,  
Fatal punto dei rischi e delle frodi!  
Come si spense all'animoso ingegno  
Del trionfo ogni speme, ogni disegno!

D'inconcepibili duolo, in erma riva  
Agonizzando la prostrata salma,  
Rivolgerà commossa, fuggitiva,  
Pugne, e vittorie ancor la nobile alma!  
Oh di foco nutrita, oh cresca, e viva  
D'ogni ardir la memoria e d'ogni palma;  
Sorga, deh sorga all'immortal guerriero  
Più divino del prisco un nuovo Omero!

E già nel moto di vicende tante  
Inspirarsi vegg'io pochi gagliardi:  
Veggio la gloria dell'estrema Zante,  
E il Cantor del Basville, e il Leopardi:  
Spezzatrici del fasto e del sembiante  
E dell'esca dei vezzi e degli sguardi,  
Veggio d'Italia e generose donne.  
Farsi di senno e di virtù colonne.

Né tu fallire a gloriosa meta  
Potrai, figliuol; ma va: Grecia t'aspetta;  
Più che dei suoi guerrier di te sia lieta,  
Di te nel giorno della sua vendetta:  
Va; quando ogni bell'opera a te si vieta  
Nell'infelice mia terra diletta;  
Va, che più indugi? Fra tiranne spade,  
Fortunato è colui che vince e cade.

Sì, Giorgio interrompea, maggior dei carmi  
È quel cemento; sì, correrlo giuro:  
Fra la polve e gli estinti e l'sangue e l'armi,  
Sete ho di gloria anch'io, né morte curo.  
Mi ripiego nei benedetti marmi  
Quello spirito magnanimo e sicuro,  
Ché i rosei del mattin raggi sereni  
Dipingevano il ciel per tutti i seni.  
(Turrisi Colonna, 1922: 25-32).

### **George Byron en Ravenna**

La melena es de oro, vírgenes las rosas  
en el rostro de la bella enamorada:  
mil placeres, mil dulzuras escondió  
en quien la escucha atenta, en quien la mira:  
pero las luces a veces inclina pensativa  
con ese gesto gentil, esa serena  
melancolía tan dulce y tan potente,  
que es el espíritu del alma inocente.

Y a ella que los sentidos en el corazón oprimido  
que lisonja surgían, ¡qué deleite  
en los coloquios de ebriedad y de dolor  
con el adorado jovencito inglés!  
De la querida memoria por largas horas  
hablando conmovido, y de todo afecto,  
¡oh, Teresa mía, él repetía, altiva  
en medio del camino siento la vida!

A veces en el más tranquilo y más remoto  
lugar se quedaba meditando en llantos,  
y cerrado para todos, a sí mismo atractivo y notorio  
hacia en los altos pensamientos el más bello canto.  
Raptar el alma sentía de un gozo ignoto,  
pese a estar transido por los vuelos de la mente:  
celeste gozo de retratar enteros  
como se sienten los afanes y los placeres.

Un día Teresa a él: ¿si de dulces maneras  
para ti Torcuato suspiró, hacer seña  
no quieres de santas y generosas loas  
el primero de cada vate y de cada ingenio?  
Exiliado, perdido por los inquietos fraudes,  
y en el dolor más grande y en el desdén,  
Dante aquí yace. ¡Oh, nombre! ¡Oh, malvada fortuna!  
De los ilustres es la Patria, si no se tiene una.

Sí, George interrumpía, en su inmensa poesía  
quien lo gane no exista ni quien lo iguale:  
a esa tumba acudo para inspirarme,  
donde pueda de los riesgos y de los tormentos;  
que implore y se incline a sus funéreos mármoles  
un forastero Cantor dulce le será.  
Común el desdén, los dignos cuidados  
tengo en común con él y las desventuras.

Tocaba la hora cuando el cielo oscurecía,  
y mustios sentidos en la mustia celda  
infunde el vasto silencio de la noche  
en quien pensando con su corazón habla;  
impregnada de las flores el áurea ligero  
bromeaba entre la fresca hierba novel,  
y una nubecita parda, parda  
ofuscaba el rostro a la naciente luna.

Incierta luz moribunda y quieta  
llovía sobre el muro del cercano Convento,  
sobre el templete llovía del gran Poeta,  
que el templete parecía el monumento.  
Aquí avanza el Bretón, aquí se apacigua  
pálido, mudo, sin movimiento.  
Silencio hay alrededor suyo, ni viento retumba  
en los tenebrosos recovecos de la tumba.

¡Ay, queridas tumbas! ¿Y es cierto  
que nos revelan al alma conmovida



los arcos, el texto doloroso, la negra  
calavera, que se manifiesta por los orificios, y los huesos?  
Ay, de los vetustos Aqueos santo el pensamiento  
que a los muertos no les abría lejana fosa;  
pero apagado el rogo, llorada y amada  
en el propio hogar tenían la tumba y el altar.

Qué anhelo de honor, qué pensamientos santos  
despiertan las urnas de los vates y de los Héroes,  
que después de tantos años y tantos,  
¡viven en las obras, y son guías para nosotros!  
¡Oh, Florencia! Primeriza de todas las vanaglorias  
el altísimo santuario señalar puedes,  
allá donde cansados posan en la sepultura  
Miguel Ángel, Vittorio e Machiavelli.

Y si ellos en apacibles rimas  
lisonjeaban a la bella Aviñonesa  
exiliado voluntario, al rey sublime  
de los Cantores ¿quién madrastra, oh, Dios, te hizo?  
¿Por qué negaste a quien las primeras loas  
dio el mundo, el aire del país nativo,  
y, nueva Atenas, el generoso hijo  
desdeñaste en la obra y en el consejo?

George estremeció: y, oh, Cantor divino,  
O Jueces de los miserables, sabio famoso,  
dulce el adiós te sea de un peregrino,  
sea tranquilo, rezaba, tu reposo:  
cuando tembló la sepultura, y repentino  
lo lastimaba un rayo luminoso,  
y salió del velo sepulcral despejada  
con la cabeza y con el pecho una gran sombra.

Descarnadas las sienas tenía, pálido el rostro,  
amenazadores los labios, la mirada altanera,  
y en la frente ardía, en las pestañas espesas

la magnánima cólera y el pensamiento:  
pero dócil se hizo el semblante, y a él dirigido,  
que, mudo, con sus ojos no cree cierto:  
de los silencios de muerte y de los horrores  
para ti me despierto: Yo soy aquel al que tú adoras.

Oh, joven, seguía, de los cantos el vuelo,  
y el indómito ingenio, y el corazón profundo  
a ti me uniré: ni un solo cielo, ni un solo  
terreno; pero Patria de los excelsos es el mundo.  
Bajando los ojos reverentes al suelo:  
¿delante de ti? ¡Oh, gran Padre! Oh, ¿Qué respondo?  
¡Oh, alegría! ¡Oh, vista! Y lleno de miles de afectos,  
el Bretón seguía en francos dichos:

Oh, cuántas veces lloré ante los tristes sucesos  
de dos Cuñados, al lamento pío;  
y sobre Él que de los hijos oye los lamentos  
¡en la cruda, lentísima agonía!  
En esas horrendas fosas, oh, cómo tientas  
cada parte del alma, y cada vía;  
¡Cómo hablan sangrientos bronquios,  
y llamas vagantes, y cabezas truncadas!

Oh, con qué llanto oía la amarga suerte  
de la traicionada joven de Siena,  
y de Manfredi la honorable muerte,  
¡¡tan gallardo, tan bello y tan cortés!!  
Entre las sombras que parecían cosas rematadas  
inesperado vi al buen Forese,  
y en la ambigua nube de rosas  
los más queridos semblantes de amor escondió.

En los hermosos ojos imagen de tu tesoro  
de cielo a cielo te vi: como guía  
Piccarda, y Martel en el alto coro,  
y Folchetto recuerdo y Cacciaguida

entre torrentes de luz, y escaleras de oro  
quien tiende las alas del pensamiento confía,  
¿y en la alegría del canto eterno  
manifiesto ver de los santos al Santo?

¡Oh, éxtasis divino! ¡Oh, ideas celestes  
o en el inmenso cielo robustas plumas,  
o dulces versos! ¿Cómo pintaste  
desde allá arriba tanto júbilo y tanta luz?  
sonrió bastante a los embelecados honestos  
ese magnánimo fuera de su costumbre  
que de la vida después la última hora  
dulce es la loa, y lo intenta de nuevo.

Luego haciendo un suspiro, oh, ¿por qué destino  
esta voz, decía, no fue agradecida?  
Por qué lejos de los míos me condenaron  
a la errabunda vida dolorosa?  
Ni con los tristes pensé, ni fomentado  
los desdenes había salido de la ciudad,  
ni a güelfo sublevé, ni a gibelino  
impuros votos al Cielo; pero fui Latino.

Y pobre, y vetusto por los alrededores erré  
sin mala vileza, sin miedo,  
y los argumentos de cada verdad intenté,  
así hecho mayor de la desventura.  
Que se quede mi canto por lo menos, que se quede, grité,  
Del corazón maestro en la edad ventura,  
testimonio del mío: en los sentidos egregios  
sabrán vivir mejor pueblos y reales.

En los labios, en el sentir, en el intelecto  
pocos tan cálidos, tan veraces son;  
porque de excelso pensamiento, de excelso afecto  
no hacen lenguaje de las rimas el sonido.  
El invariable pobre sujeto

al gran Vate de Sorgia yo no perdono:  
¡Ay, qué Italia debían sonar siempre  
de las melodías suyas los dulces temples!

Mejor tendía las alas el soldado, inmenso  
cantor de Bradamante y de Marfisa,  
y amado en cada frase, en cada sentido,  
guerras, encantos, covachas, horror constante.  
A menudo con él hablo y pienso  
donde más bello el Cielo se hace paraíso,  
y me quejo que de amor, de loco  
Fantasear la enamoraba el apacible siglo.

El infeliz está con nosotros que del Buglione  
cantó la santa hazaña y los largos anhelos,  
cantó de Armida el joven Campeón,  
vencedor de los enemigos y de los engaños:  
¡miserable! En el horror de una prisión  
contando traicionado los días y los años,  
supo cómo para los inicuos y los potentes  
es diversión el dolor de los inocentes.

Pero lleno de reverencia y de deseo  
siempre está conmigo el honor de Italia y de Asti:  
a tus obras no es, Vittorio mío,  
no es tanta la gloria aquí que sea suficiente  
¡Oh, divino Ingenio! A ti aquí descanse yo,  
aquí de los hados, de mí aquí meditaste,  
y de igual deseo, de igual ánimo,  
nuevas guirnaldas me ofreciste y nuevos altares.

¡Oh, mi Vittorio! En las ausonias riveras  
de los altos versos tuyos sorprender las escenas  
al apacible canto acostumbrado, a las lascivas  
lisonjas de Histriones y de sirenas:  
del itálico Coturno en ti más vivas  
surgieron las glorias y las perdidas esperanzas:

¡oh, como palidecer sobre los menores  
frentes ante ti veo los laureles!

Y se ríe el también él en la mortal estancia  
de clarísima luz el buen Parini,  
que de los amantes ocioso día  
escarnecía con los números divinos:  
cansado, dolido al cielo regresó  
entre las iras de la guerra y de los destinos,  
cuando torvos pensamientos el Héroe fatal  
sobre la ilusa vertía tierra natía.

Héroe que, en el valor, en la osadía  
menguó la fama de los antiguos Prodes,  
vino, venció, oponiendo diez a los cientos,  
y Marengo, y Vagramme, y Ulma, y Lodi:  
¡polvo de Waterloo! ¡Duro desafío,  
fatal punto de los riesgos y de los fraudes!  
¡Cómo se apagó al animoso ingenio  
del triunfo cada esperanza, cada diseño!

De inconcebible dolor, en la ribera de Hermes  
agonizando la prostrada salma,  
dirigirá conmovida, fugitiva,  
pugnas, ¡y más victorias la noble alma!  
Oh, de fuego, nutrida, oh, crezca, y viva  
de cada osadía la memoria y de casa palma;  
¡surja, oh, surja al inmortal guerrero  
más divino del antiquísimo un nuevo Homero!

Y ya en el movimiento de muchos sucesos  
inspirarse veo a pocos gallardos:  
veo la gloria de la extrema Zante,  
y el Cantor del Basville, y el Leopardi:  
rompedora del fasto y del semblante  
y del cebo de los halagos y de las miradas,  
veo de Italia generosas mujeres.  
Hacerse de juicio y de virtud columnas.

Ni tú fracasar a gloriosa meta  
podrás, hijo, pero ve: Grecia te espera;  
más que de sus guerreros de ti sea dicho  
de ti en el día de su venganza:  
ve; cuando cada bella obra a ti se prohíba  
en mi infeliz tierra amada;  
ve, ¿por qué retrasas? Entre espadas tiranas,  
afortunado es aquel que vence y cae.

Sí, George interrumpía, la mayor de las poesías  
es ese desafío; sí, correrlo juro:  
entre el polvo y los difuntos y la sangre y las armas,  
sed tengo de gloria yo también, ni de la muerte me preocupo.  
Pero repliego en los benditos mármoles  
ese espíritu magnánimo y seguro,  
porque el rosáceo de los matutinos rayos serenos  
pintaba el cielo para todos los senos.  
(T. de los A.).

### **Ad Aldruda**

Benché orrendi perigli  
Fulminando minacciano dall'onda  
E guerrieri e navigli,  
e l'oste formidabile s'avanza  
Raccolta, furibonda,  
E le torri circonda;  
Nei fortissimi tuoi pur volgi, Ancona,  
Se vero amor li sporna,  
Volgi il trepido affetto e la speranza:  
Cadranno, sì cadranno  
Le venete triremi, e l'Alemanno.

Né commosso, né stanco  
Delle veglie, dei rischi alla battaglia,  
Rosso di sangue il fianco,  
Dai cimenti valor toglie il gagliardo,

E gridano si scaglia  
Dalla scossa muraglia;  
Fra le coorti e le minacce e i teli  
De' nemici crudeli,  
Vola sicuro nella man, nel guardo;  
E per la patria sorte  
Ottien pugnando degli Eroi la morte.

Infiammarsi le donne  
Miro co' padri e co' mariti, e in crude  
Armi mutar le gonne,  
E osar più ch'essi, e tra' nemici il foco  
Lanciar di tema ignude,  
E nell'ovra più rude,  
Nei più forti cimenti agili e destre  
Farsi a' guerrier maestre,  
E altri cade, altri fere, altri minaccia.

Mentre per lor si suda,  
Ai soccorsi, al tuo dir chi non s'affida  
O generosa Aldruda?—  
Né vaghezza d'onor, né sete d'oro,  
Né talento omicida  
Fra le schiere mi guida,  
Che pur commossa, dolorosa in questi  
Lunghi vesti funesti.  
Il mio diletto amor vedova ploro;  
Ma pel suolo natio  
Fra voi, gridasti, sarò prode anch'io!

Con avari pensieri  
E l'Alpi e l'onde varcan fulminando  
Gl'indomiti stranieri,  
E i vasti campi e le cittadi e i regni;  
In ludibrio nefando,  
Vinto l'italo brando,  
Vanno le meste itale donne, oh fato!  
Col rapitor soldato;

E agli ufficj più tristi, ai ceppi indegni,  
Lungi dai cari tetti,  
Son dannati vegliardi e giovinetti.

Oh nei focosi accenti  
Scaldar potessi di valor, di sdegno  
Le generose menti;  
Capitanar magnanima falange  
Sotto novello segno  
Al trionfo più degno,  
Le impazienti vergini sdegnose  
E le madri e le spose!  
Chè invan non si lamenta e non si piange,  
Con indomita faccia  
Vendicando gl'insulti e le minaccia.

Ecco duce e guerriero  
Fra la polve e le spade il figliuol mio  
Sul paterno sentiero;  
E di dolor, di sdegno, di vendetta,  
Di cruento desio  
Il cor gli accendo anch'io.  
Dalle torri, dagli alti baluardi  
Fulminate, o gagliardi.  
E che s'indugia ormai, che più s'aspetta?  
Viltà gli animi prostra:  
Là fra i nemici, e la vittoria è nostra!

Fioria d'ogni virtù, d'ogni divina  
Arte di pace questo suol fioria,  
E il tuo brando recò fatal ruina,  
E libertà peggior di tirannia.  
Oh bugiardi Licurghi! Oh Cisalpina,  
Oh congrega di ladri, oh peste ria!  
Fu per l'italo suol, fu crudo inganno  
Se Merengo vincesti e l'Alemanno.  
Com'aquila fra i nemi, o come lampo



Terribili passa, egli passò l'invito;  
E copre mesto, solitario campo  
Il terror dell'Italia e dell'Egitto.  
Io, benché tutto alla memoria avvampo  
Di tanto Eroe, di sì fatal conflitto,  
Io fremo, e dico, se vittoria il guida,  
La comprò col delitto il parricida!

Oh, perdona all'ingrato! oh alfin riposa  
Dopo tanto dolor, tanto contrasto,  
E a più bei studi intenta, o Generosa,  
Spregia l'armi crudeli e spregia il fasto;  
Teco, madre d'Eroi, teco avrò posa  
Io che a soffrir la vita, ohime! Non basto.  
Ritornereò più grande; il cener mio  
Qui dormirà compianto: Italia, addio.

Deh posa, posa: troppo dolce e santo  
È d'una pace desiata il raggio;  
Ma pace bella d'ogni nobil vanto,  
Non ozio d'infingarde alme retaggio.  
Divina Italia! Con che amaro pianto  
Vado altrove a cercar lodi al coraggio;  
Pur Grecia sogno, e mi chiama un Dio.  
Addio, Patria mia vera, Italia addio.  
(Turrise Colonna, 1922: 41-43).

### **A Aldruda**

Pese a los horrendos peligros  
fulminando amenazan de las olas  
y guerreros y naves,  
y el ejército formidable avanza  
recogido, furibundo,  
y las torres rodea;  
en fortísimos a los tuyos incluso transformas, Ancona,  
si verdadero amor los anima,  
diriges el trépido cariño y la esperanza:

caerán, sí, caerán  
los vénetos trirremes, y el Alemán.

Ni conmovido, ni cansado  
de las vigilias, de los riesgos de la batalla,  
rojo de sangre el costado,  
del valor de los desafíos quita el gallardo,  
y gritando se abalanza  
desde la muralla sacudida;  
entre las cohortes y las amenazas y las lonas  
de los enemigos crueles,  
vuela seguro en la mano, en la mirada;  
y por la patria surgidas  
consiguen pugnando de los Héroes la muerte.

Incitan las mujeres  
miro con los padres y con los maridos, y en ásperas  
armas convertirse las faldas,  
y osar más que ellos, y entre los enemigos el fuego  
el temor desnudas arrojar,  
y en la obra más ruda,  
en los más duros desafíos ágiles y diestras  
volverse guerreras maestras,  
ahí pugnando, donde menos fiel es el lugar,  
donde cada corazón se congela,  
y otros caen, a otros hiere, a otros amenaza.

Mientras para ellos se suda,  
¿al auxilio, como dices, quién no se encomienda,  
oh, generosa Aldruda?  
ni vaguedad de honor, ni sed de oro,  
ni talento homicida  
entre las filas me guía,  
que, pese a estar conmovida, dolida en estos  
largos velos funestos,  
mi dilecto amor viuda compadezco,  
pero por la tierra nativa  
entre vosotros, gritasteis, ¡seré valiente yo también!

Con avaros pensamientos  
y los Alpes y las olas cruzan fulminando  
los indómitos extranjeros,  
y los vastos campos y las ciudades y los reinos;  
en ludibrio nefando,  
vencida la itálica espada,  
van las mustias mujeres itálicas, ¡oh, destino!  
con el raptor soldado;  
y a los deberes más tristes, a las cepas indignas,  
lejos de los queridos techos  
son venerables condenados y jovencitos.

Oh, en los impetuosos acentos  
calentar pudiera de valor, de indignación  
las generosas mentes;  
¡capitanear magnánima falange  
bajo novel signo  
al triunfo más digno,  
las impacientes vírgenes desdeñosas  
y las madres y las esposas!  
Que en vano uno no se lamenta y no llora,  
con cara indómita  
vengando los insultos y la amenaza.

He ahí caudillo y guerrero  
entre el polvo y las espadas mi hijo  
sobre el sendero paterno;  
y de dolor, de desdén, de venganza  
de áspero deseo  
el corazón le enciendo yo también.  
Desde las torres, desde los altos baluartes  
fulminadas o gallardos.  
¿por qué se detiene ya, qué más se espera?  
vileza las almas postra.  
Allá entre los enemigos, ¡y la victoria es nuestra!  
(T. de los A.).

## **Alle donne siciliane**

No, benché il tempo muta  
La fortuna dei regni e delle genti,  
Non han foglia perduta  
Le tue belle corone, o Patria mia!  
I sensi e le parole  
Vivon di quanti meditar nascosi  
Negli ozj generosi;  
Vivono ancor gli altissimi portenti  
Dei campioni vetusti,  
Primieri nei cimenti,  
Fra lance, e spade, e riversati busti.  
Deh si lieto per noi rifulga il sole;  
Deh, come il cor desia,  
In noi l'ardire dei Sicani Eroi,  
L'antica temprà si rifonda in noi!

Se la benigna etade  
I petti nostri al paragon non chiama  
Dell'ira e delle spade,  
Oh ne' caldi pensier, nell'opre oneste  
Si riconforti l'alma!  
Assai più giova di tenzoni e d'armi  
La bell'arte dei carmi  
Che il sorriso di pace e gli ozj brama  
E ne lusinga e regge  
A magnanima fama,  
D'ogni affetto maestra e d'ogni legge.  
Vile chi sdegnà la sudata palma!  
Saprà, nelle funeste  
Cure invilito, nei piacer bugiardi,  
Come il rossor, se pur l'infiamma è tardi.

E da quest'almo suolo  
Arditamente d'animosa donna  
Aprivan gl'inni il volo.

Oh quel vanto perché più non s'agogna  
Da libero pensiero?  
Perché l'umili cure e l'ozio indegno  
Tolgon foco all'ingegno  
Se qui, di senno e di virtù colonna,  
Qui preparava Nina,  
Disdegnando la gonna,  
Al divino Alighier l'arpa divina?  
Deh, mel credete, ch'io fo favello il vero,  
Il celarsi è vergogna.  
Sorgete, o care, e nella patria stanza  
Per voi torni l'ardire e la speranza.

Giovinezza non dura  
Sulle gote vermiglie e dul bel crine  
Per letizie o per cura,  
E tutti spegne dell'estate il gelo  
Quanti fiorian diletta,  
Finché si scavi all'ultima percossa  
Un'obbiata fossa.  
Deh men crudeli di quaggiù le spine  
Il bell'oprar ne renda,  
Ben nate cittadine,  
E del loco natio, l'amor v'accenda.  
Più sicure dovizie agli intelletti  
Non piovono dal cielo;  
Né soave lusinga o dolce incanto  
È qui verace, ove sol dura il pianto.

Sicilia in noi riscossa  
Rintegrerà l'indomito ardimento,  
Le leggi sue, la posta.  
Ahi! Smisurato divampava intorno  
Il morbo furibondo,  
E le rapia l'alme più calde, i primi  
Esemplari sublimi.  
Senz'ira, senza onor, senza cimenti

Un popol si moria  
Derelitto sgomento,  
Per le case dolenti e per la via!  
Quanti del sogno che più ride al mondo  
Eran sul primo giorno  
Quando s'affanna irrequieto il core  
Nei dolci voti e nel desio d'onore!

O sfortunati nostri  
Su voi commosso qual fratel più sente  
Deplorando si prostri;  
Guati la croce, e le glebe, e le pietre  
Su pel funereo loco,  
E d'uguale virtù, d'uguale affetto  
Arda il commosso petto. –  
Pel suol che vi nutria sì dolcemente,  
E in che durano pure  
Quanti amati lasciaste alle sventure,  
Voi lassù, redivivi Angeli, invoco:  
Le divine faretre  
Suonin sugli empi, e alle natie contrade  
Torni dei prischi Eroi, torni l'etade.  
(Turrisi Colonna, 1922: 47-49).

### **A las mujeres sicilianas**

No, pese a que el tiempo cambie  
la fortuna de los reinos y de los pueblos,  
no ha perdido ninguna hoja  
tus bellas coronas, ¡oh, Patria mía!  
Los sentidos y las palabras  
viven de todas las preocupaciones que escondí  
en los ocios generosos;  
viven todavía los altísimos portentos  
de los campeones vetustos,  
primero en los desafíos,  
entre lanzas, y espadas, y bustos boca arriba.

¡Oh, cómo el corazón desea,  
en nosotros la osadía de los Héroes Sicilianos,  
el antiguo temple se refunda en nosotros!

Si la edad benigna  
nuestros pechos al parangón no llama,  
de la ira y de las espadas,  
¡oh, en los cálidos pensamientos, en las obras honestas  
se reconforte el alma!  
Mucho más favorecida de lidias y de armas  
La bella arte de la poesía  
que la sonrisa de paz y los ocios braman,  
y lisonjea y dirige  
una fama magnánima,  
de todo afecto maestro y de toda ley.  
¡Vil quien desdeña la sudada palma!  
Sabrá, en las funestas  
curas envilecidas, en los placeres embusteros,  
como el rubor, pese a enardecer, es tarde.

Y de este fértil suelo  
intrépidamente de animosa mujer  
abrían los himnos el vuelo.  
Oh, ese vanto, ¿por qué no anhela  
de libre pensamiento?  
¿Por qué las humildes curas y el ocio indigno  
quitan fuego al ingenio  
si aquí, de juicio y de virtud columna,  
aquí preparaba Nina,  
desdeñando la falda,  
al divino Alighieri el arpa divina?  
Oh, mal creéis, que yo digo la verdad,  
ocultarse es vergüenza.  
Levantaos, oh, queridos, y en la patria estancia  
para vosotros vuelva la intrepidez y la esperanza.

Juventud no dura  
en las mejillas bermejas y en la bella crin

para alegría o para cura,  
y a todos apaga de la edad el hielo  
cuantos florecen amados,  
para que se excave hasta con el último golpe  
una obligada fosa.

Oh, menos crueles de aquí las espinas  
la buena labor haga,  
bien nacidas ciudadanas,  
y del lugar nativo el amor os encienda.  
Más seguras abundancias a los intelectuales  
no llueven del cielo;  
ni suave lisonjeo o dulce encanto  
es aquí veraz, donde el sol dura el llanto.

Sicilia en nosotros sublevada  
reintegre la indómita osadía,  
sus leyes, la pueda.  
¡Ay! Desmesurado estallaba alrededor  
el morbo furibundo,  
y les raptaba las almas más cálidas, los primeros  
ejemplares sublimes.  
Sin ira, sin honor, sin desafíos  
¡un pueblo se moría  
derelicto, consternación,  
por las casas dolientes y por la vía!  
Cuantos del sueño que más se ríe en el mundo  
eran en el primer día  
cuando se ufana irrequieto el corazón  
en los dulces votos y en el deseo de honor!

Oh, desafortunados nuestros,  
sobre vosotros conmovidos como hermano más siente  
deplorando se postre;  
otead la cruz, y las glebas, y las piedras  
por el funéreo lugar,  
y de igual virtud, de igual afecto  
arda el conmovido pecho.



Por el suelo que os alimenta tan dulcemente,  
y que duran también  
cuantos amados dejaste a la desventura,  
vosotros allá arriba, redivivos Ángeles, invoco:  
las divinas aljabas  
suenen sobre los impíos, y a los nativos parajes  
regrese de los priscos Héroes, regrese la edad.  
( T. de los A.)

### **La Granduchessa Olga**

No, non sognava immagine più bella  
D'innamorato Artefice il pensiero!  
L'angiol del Norte sei, regal Donzella,  
L'angiol del Padre tuo, del vasto Impero.  
Te nell'opre gentil, nella favella,  
Te pia, modesta onora il mondo intero,  
E negli inni soavie nella cetra  
Di te rinnoverà la mia Triquetra.

Mira: dalle ruine erge la testa,  
E per Te, per l'augusta Genitrice  
A inusitata gioia ridesta,  
Gioia d'ogni door consolatrice.  
Fra dolci voti e cittadina festa  
Esultando ogni cor vi benedice;  
Ride più puro il ciel, lascia i rigori  
L'inverno, e colli e prati orna di tiori.

Mira, qui tu Ruggier, contro il nemico  
Sonaro i Vespri, qui creò divina  
La favella d'Ansonia Federico  
Pinse il Novelli e cantar Meli e Nina.  
Noi la libica possa al tempo antico,  
Noi la greca vincemmo e la latina  
E volò pien di gloria e di sgomento  
Di Siracusa il nome e d'Agrigento.

Tu progenie d'Eroi, tu di leggiadre  
Idee nutrita, sfolgorar vedrai  
De' Normanni e degli Arabi le squadre,  
E cantici guerrier nei campi udrai.  
Oh quando sposa d'un gagliardo, e madre  
Di generosi figli un dì sarai,  
Quando voglia infiammarti ad alte imprese,  
Narra i portenti del sican Paese!  
(Turrisi Colonna, 1922: 50-51).

### **La Granduquesa Olga**

¡No, no soñaba la imagen más bella  
del enamorado artífice el pensamiento!  
el ángel del Norte eres, majestuosa Doncella,  
el ángel del Padre tuyo, del vasto Imperio.  
Tú en la labor gentil, en la lengua,  
tú pía, modesta honra el mundo entero,  
y en los himnos suaves y en la cetra  
de ti renovará mi Triqueta.

Mira: de las ruinas surge la cabeza,  
y para Ti, para la augusta Madre  
a la inusitada alegría se despierta,  
alegría de todo dolor consoladora.  
Entre dulces votos y ciudadana fiesta  
exultando todo corazón os bendice;  
se ríe más puro el cielo, deja los rigores  
el invierno, colinas y prados adorna de flores.

Mira, aquí estuvo Rugger, contra el enemigo  
Sonaron los Vésperos, aquí creo divina  
la lengua de Asonia Federico,  
Pinse il Novelli, y cantar Meli y Nina.  
Nosotros la líbica pueda al tiempo antiguo,  
nosotros la griega ganamos y la latina.  
Y voló lleno de gloria y de desaliento  
de Siracusa el nombre y de Agrigento.

Tú, progenie de Héroes, tú de agraciadas  
ideas alimentada, resplandecer verás  
de los Normandos y de los Árabes las escuadras,  
y cánticos guerreros en los campos oirás.  
¡Oh cuando esposa de un gallardo, y madre  
de generosos hijos un día serás,  
cuando quieras incitarlos a grandes hazañas,  
narra los portentos del siciliano pueblo!  
(T. de los A.)

### **Alle donne siciliane**

S'alti pensier divini  
Di patria carità destin l'ingegno,  
Sole, inermi, o Sicane,  
Muteremo d'un popolo i destini!  
A farsi di noi degne  
Il giovin sacri a più bei studi l'ore,  
E sprone ai fatti più lodati e santi  
I palpiti saran d'un puro amore;  
Amor di sovrumane  
Idee nutrito, di celesti canti,  
D'ogni più nobil' arte  
Nelle tele, né bronzi e nelle carte.

Lungi, lungi, o sorelle,  
Dal miraglio, dall'opre neghittose:  
Dei Forti, degli egregi  
Saran le glorie più felici e belle,  
Se son turban le spose,  
Ma dividon con lor gli studî e l'alma.  
E ti rapi la moglie, o sciagurato  
Del-Sarto, ogni conforto ed ogni palma.  
Disconobbe i tuoi pregi,  
E folle ti credè, non ispirato,  
Byron, la donna oscura,  
D'ogni fallo cagion, d'ogni sciagura.

L'arroganza, il cipiglio  
Sull'umil gente non vi piaccia, o care,  
E sia d'onor la brama  
Pudica e santa e nel femineo ciglio!  
Le virtù che fan care  
Giungete alla virtù che illustri fanno,  
E la dottrina torni alla fanciulla,  
Torni gioia alla madre, e non affanno  
Meglio che per la fama,  
Vegliate a studio dell'amata culla,  
E i pargoli soavi  
Degni crescete degli onor degli avi.

Degni crescete i figli  
Della Patria di voi sicule madri,  
Né dal latte venale  
Bevano ohimè! Tristissimi consigli:  
Di forti, di leggiadri  
Esempi provvedete agl'innocenti;  
L'ore tolte a compor gli atti e le chiome,  
Ponete a coltivar le care menti;  
Né vincer la rivale  
Di grazie, ma bramate un santo nome,  
Agli studi più eletti  
Educando fanciulle e giovinetti.

Madri son vostri i falli  
Dei nati, e vostro ne sarà il rimorso;  
Ché voi li trascuraste  
Vaghe d'ornarvi e di piacer né balli;  
Rapidissimo è il corso  
Di giovinezza, e nell'età matura  
Ingrati vi saranno e paurosi  
I confidati a mercenaria cura.  
Le pene che mertaste,  
Vi troncheranno i giorni dolorosi,  
Né di pianto o di voti  
La fossa onoreran figli e nipoti.

Deh vi suda il vero  
Che al profetico labbro Amore inspira!  
Di speme, di coraggio  
Ebre correte il nobile sentiero,  
E nell'amor, nell'ira  
Dimostrate il valor che più non dorme.  
Né trastullo né servo il nostro sesso,  
Col forte salga a dignità conforme;  
Veder deh tosto il raggio  
Di sì bel giorno deh mi sia concesso;  
Ah! Vi sproni il mio verso  
A ridestar la Patria e l'Universo!  
(Turrisi Colonna, 1922: 58-60).

### **A las mujeres sicilianas**

¡Tan altos pensamientos divinos  
de patria caridad destino el ingenio  
sol, inermes, o Sicilianas,  
cambiaremos de un pueblo el destino!  
Para hacerse de nosotras dignas  
el joven consagra a los mejores estudios las horas,  
y espolea a los sucesos más loables y santos  
los pálpitos serán de un puro amor;  
amor de sobrehumanas  
ideas alimentados, de celestes cantos,  
de todo noble arte  
en las telas, en los bronces y en los papeles.

Lejos, lejos, oh, hermanas,  
del espejismo, de las obras haraganas:  
de los fuertes, de los insignes  
serán las glorias más felices y bellas,  
si no turban a las esposas,  
pero dividen con ellas los estudios y el alma.  
y te raptó la mujer, o desgraciado  
del Sarto, toda consolación y toda palma.

Desconoció tus valías,  
y loco te creyó, no inspirado,  
Byron, la mujer oscura,  
de todo error razón, de toda desgracia.

La arrogancia, el ceño  
sobre la h mtil gente no os guste, o queridas,  
y sea de honor la brama  
p dica y santa y en la femenina mirada!  
Las virtudes que os hacen queridas  
llegad a las virtudes que ilustres os hacen,  
y la doctrina vuelva a la muchacha,  
devuelva alegría a la madre, y no ansiedad.  
Mejor que para la fama,  
velad por el estudio de la amada cuna,  
y los párvulos suaves  
dignos creced de los honores los antepasados.

Dignos creced a los hijos  
de la Patria, de vosotras las sicilianas madres,  
ni de la leche venal  
beban ¡ay de mí! Trist simos consejos:  
de fuertes, de agraciados  
ejemplos proporcionad a los inocentes;  
las horas quitadas para componer los actos y las melenas,  
poneos a cultivar las queridas mentes;  
ni vencer a la rival  
de gracias, pero bramado un santo nombre,  
a los estudios más electos  
educando muchachas y jovencillos.

Madres son vuestros los errores  
de los nacidos, y vuestro será el remordimiento;  
porque vosotros los descuidasteis  
ocupadas por engalanaros y por gustar en los bailes;  
rapidísimo es el camino  
de la juventud, y en la edad madura

ingratos os serán y miedosos  
los confiados a la mercenaria cura.  
Las penas que merecisteis,  
os truncarán los días dolorosos,  
ni de llanto ni de votos  
la fosa honrarán hijos y nietos.

¡Oh, os persuade la verdad  
que al profético labio Amor inspira!  
de esperanza, de valentía  
Hebreo corred el noble sendero,  
y en el amor, y en la ira  
demostrad el valor  
que ya no duerme  
ni diversión, ni siervo nuestro sexo,  
con el fuerte salga a dignidad conforme;  
ver, oh, rápido el rayo  
de tan bello día, oh, me sea concedido;  
¡ah! ¡Os espolee mi verso  
a despertar la Patria y el Universo!  
(T. de los A.)

### **Alla Patria**

Amor destò la lira  
Di Saffo, amor canta Vittoria, e Nina;  
Amore nei dolenti  
Leggiadri sogni, amor ripeto anch'io:  
Ma sol la patria spira  
I più ferditi carmi al petto mio!  
Non trastul, ma di Dio  
Voce i carmi saran, saran divina  
Mission fra le genti,  
E le sicane menti  
Guidar di gloria nel camin desio  
Come al trionfo del natio Paese  
Guidò gli Eroi la vergine francese!

Bello, azzurro è il tuo cielo,  
O mia Sicilia, eterna primavera  
E colli e prati infiora,  
E scherzavano l'auretta, e baccian l'onde  
A' vaghi fior lo stelo;  
E celesti pensier nell'anima infonde  
Fra solitarie sponde  
Lo regal pompa di stellata sera,  
O la vermiglia aurora  
Che le campagne indora,  
O il sol che il raggio luminoso asconde,  
E il potente saluto invia dal monte  
Fra torrenti di luce all'orizzonte!

Oh questo dolce suolo  
Esser dovria di mille vati il nido  
Se l'aure, e l'acque, e i rami  
E l'erbe, e i sassi parlano armonia,  
Perché sì lento il volo  
Dell'estro, ove natura è così pia?  
Oh per qual sorte ria  
Dell'antico valor s'oscura il grido,  
Né v'è fra noi chi brami  
Della gloria i certami?  
Qui l'itala favella qui vagia,  
Ma sull'Arno restò: Greci, Sicani  
Vati fioriron qui, non Toscani!

Mente, mente costeri,  
(I superbi diran) gl'itali modi  
Vivono pur fra noi: –  
So che rivivon, che tu, dolce Oreto,  
Fosti canoro e'l sei,  
Ma so che l'Arno, e il Tevere, e il Sebeto  
E l'Olona è più lieto,  
E là dei Grandi suonan le melodi  
Oh quai nomi d'eroi



Annoverar tu puoi,  
Se quei nomi santissimi ripeto?  
Il mio l'aura disperda, o viva allato  
D'Alighier, di Vittorio, e di Torquato!

Destò verace Marte  
Destò la terra sonnacchiosa all'armi,  
Nella terribil lotta  
S'inspiraron d'Italia i più gagliardi,  
Inspirò Bonaparte  
D'ugo, di Monti il cor, di Leopardi.  
Noi timidi, codardi  
Non infiamman le trombe a' forti carmi;  
Sanguinosa, distrutta  
Arde l'Europa tutta,  
E un caro veglio al ciel leva gli sguardi,  
Canta greggi, pastor, silenzi, amore,  
E dolcezza fatal ne infonde al core.

S'ei gli spirti addormenta,  
I vivi io desterò, desterò i morti;  
E all'opera generosa  
La vita sacrerò, gli inni, il pensiero!  
Vil, chi nell'alma senta  
Senza rossor, la voce dellaustero  
Fatidico del vero!  
Né lo riscaldi il sol, né lo conforti  
Bacio, o lingua amorosa  
Di figliuoli o di sposa,  
Né dei rimorsi la terribil possa  
Lo travagli nel letto e nella fossa!  
(Turrisi Colonna, 1922: 61-63).

### **A la Patria**

Amor despertó la lira  
de Safo, amor canta Vittoria, y Nina:

amor en los dolidos  
agraciados sueños, amor repito yo también:  
¡pero solo la patria inspira  
las más fervientes poesías en mi pecho!  
No diversión, sino de Dios  
voces las poesías serán, serán divina  
misión entre la gente,  
y las sicilianas mentes  
guiar de gloria en el camino deseado  
¡Como al triunfo del nativo país  
guio a los Héroes las vírgenes francesas!

Bello, azul es tu cielo,  
Oh, Sicilia mía, eterna primavera  
y colinas y prados florece,  
y bromeando el áurea, y besan las ondas  
para vagas flores el tallo;  
y celestes pensamientos en el alma infunde  
entre solitarias riberas  
la real pompa de estrellada noche,  
o la bermeja aurora  
que el campo dora,  
o el sol que el rayo luminoso esconde,  
¡y el potente saludo envía del monte  
entre torrentes de luz en horizontal!

Oh, este dulce suelo  
debería ser de mil vates el nido,  
si el aura, y las aguas, y los ramos  
y las hierbas, y las piedras comunican armonía,  
¿por qué tan lento el vuelo  
del estro, donde naturaleza es tan pía?  
oh, por qué suerte malvada  
del antiguo valor se oscura el grito,  
¿no hay entre nosotros quien brome  
de la gloria los certámenes?  
aquí la itálica lengua aquí viaja,

pero en el Arno se quedó: Griegos, Sicilianos  
vates florecieron aquí, ¡pero nos Toscanos!

Miente, miente ella,  
(los superbos dirán) los modales itálicos  
viven sin embargo entre nosotros,  
sé que reviven, que tú, dulce Oreto,  
fuiste canoro y lo eres,  
pero sé que el Arno, y el Tíber, y el Sebeto  
y la Olona es el más dichoso,  
y allá de los Grandes suenan las melodías  
oh, esos nombres de Héroe  
contar tú puedes,  
¿Si esos nombres santísimos repito?  
¡El mío el aura dispersa, o viva cerca  
de Alighieri, de Vittorio, y de Torcuato!

Se despertó veraz Marte  
se despertó la tierra somnolienta a las armas,  
en la terrible lucha  
se inspiraron en Italia los más gallardos  
se inspiró Bonaparte  
y el corazón de Ugo, Monti y Leopardi.  
A nosotros los tímidos, cobardes  
nos inflaman las trombas para intensas poesías;  
sangrienta, destruida  
arde toda Europa,  
y un querido viejo al cielo levanta las miradas,  
canta rebaños, pastor, silencios, amor,  
y dulzura fatal infunde en el corazón.

si él los espíritus adormece,  
a los vivos yo despierto, despierto a los muertos;  
¡y a la obra generosa  
la vida consagraré, los himnos, el pensamiento!  
¡Vil quien en el alma siente  
sin rubor, la voz del austero

fatídico de la verdad!  
ni lo caliente el sol ni lo consuele  
beso, o lengua amorosa  
de hijos o de esposa,  
ni de amigo leal que se dice sincero,  
¡pero de los remordimientos la terrible pueda  
lo aflija en el lecho y en la fosa!  
(T. de los A.)

### 3. ENRICHETTA CARACCILO

Enrichetta Caracciolo es, sin lugar a duda, otra figura femenina relevante del Risorgimento italiano: obligada por su madre a convertirse en monja, se liberó de los votos y se convirtió en una activa garibaldina. Se la ha descrito de muchas maneras, pero, sin duda, fue una mujer extraordinariamente culta, laica, de ideales liberales, opositora al régimen borbónico, entrando a formar parte de las filas garibaldinas; monja enclaustrada por presiones familiares, con aspiraciones literarias y con el sueño de apoyar los derechos de las mujeres. Fue perseguida por el arzobispo de Nápoles Sisto Riario Sforza, disgustado por su deseo de disolver los votos para llevar una vida fuera del clero, vistiendo el hábito de patriota y de ciudadana libre. Se ha dicho de todo acerca de ella: monja de clausura, monja rebelde, una patriota de Garibaldi, anti-burguesa, anticlerical, revolucionaria, excomulgada por las autoridades eclesiásticas, escritora y periodista, apreciada por su compromiso político de apoyar los derechos de las mujeres, una de las primeras defensoras de la francmasonería.

Aunque es más conocida por un solo trabajo: su controvertida memoria titulada *Misteri del chiostro napoletano*, y subtitulada “*Memorias de Enrichetta Caracciolo de los príncipes de Forino, ex monja benedictina*”, del cual se extraen la mayoría de las noticias que tenemos sobre su vida. Este libro apareció en Florencia en 1864 y contenía un relato íntimo de los veinte años de profesión forzosa en un convento benedictino. Debido a que expuso la hipocresía dentro de las paredes de San Gregorio en Nápoles, el libro fue visto como un ataque calculado a la Iglesia y provocó de inmediato críticas muy duras. Sin embargo, se convirtió en una obra literaria digna y exitosa, llena de romance y política. Fue un éxito

editorial sin precedentes, apreciado por los escritores de su época. No obstante, es un libro que leerse con cautela, ya que terminó siendo una recomposición literaria realizada por la filóloga griega Spiridione Zambelli, el banquero masón Adriano Lemmi y el pedagogo y reformista religioso Stanislao Bianciadi. La obra obtuvo un éxito inmediato. *Misteri del chiostro napoletano* evidentemente se leyó ampliamente y tuvo tanto éxito que la primera edición se reimprimió seis veces en Italia y se tradujo al inglés y al francés el año siguiente.

Enrichetta Caracciolo nació en Nápoles el 17 de febrero de 1821, de una de las familias más ilustres de la rama noble de Nápoles. Su padre Fabio Caracciolo, príncipe de Forino, mariscal del ejército napolitano y su madre Teresa Cutelli, gentil palermitana que dio a luz. Siete hijas, de las cuales Enrichetta fue la quinta y se le puso el nombre de una tía paterna que también había sido monja benedictina. La carrera militar de Gennaro Caracciolo obligó a la familia a trasladarse con frecuencia por todo el sur: Nápoles, Bari y Calabria, pero con la repentina pérdida de su padre, el destino de Enrichetta parecía comprometido sin el futuro de una dote. Confiada a la protección de su madre y preocupada ésta por una relación inconveniente con un joven de Calabria, Domenico, cuya unión dificultó, envió en 1840 a la joven Enriqueta en el Convento de San Gregorio Armeno de Nápoles sin su consentimiento.

“Va bene, va bene,” disse, sospingendomi e facendosi avanti. “Ringrazia cordialmente mia cognata e dille che la monachella le sarà condotta oggi stesso.”

Ciò detto, chiuse l’uscio, e presami per la mano, divenuta più fredda del ghiaccio, mi menò nella camera da letto.

Se un fulmine mi avesse atterrata, non avrei ricevuto una scossa più formidabile. Proruppi in singulti disperati, mi rovesciai bocconi sull’origliere del canapè, che innaffiai con molte lagrime, indi mi slanciai in grembo alla madre, implorando misericordia alle sue viscere.

Ella, imperturbabile di contegno, sebbene non priva di commozione, stese la mano sulle mie palpebre per asciugarmi col fazzoletto le lagrime. Poi, in tuono grave, e con parole misurate, che mi risuonano tuttora all'udito come sentenza di pena capitale, disse essere stata costretta a fissare il mio ingresso nel monastero sì dalle ristrette sue finanze, sì dal mio capriccio per Domenico.

“Le tue zie,” soggiunse, “sono ricche; consegnandoti a loro infino a tanto ch'io cominci a percepire le mie pensioni, sarò sgravata di un peso. Sono sicura d'altronde che la pace del convento servirà di molto a calmare il tuo cuore, turbato da una folle passione... Ma se, dopo due mesi, le amorevolezze delle monache non avranno espulso dal cuore tuo l'abborrimento pel chiostro, prometto di riprenderti meco. Per ora ritrattarmi non posso, fatto già essendo a tuo favore il Capitolo per l'ammissione.”

“Mamma!” esclamai, gettandomi ai suoi piedi, e serrandole convulsivamente le ginocchia: “Mamma, non mi rinchiudere, per pietà! Al solo nome del monastero mi sento presa dalla disperazione!”

Ella si alzò bruscamente, svincolandosi dalle mie braccia, ed in tuono severo mi disse:

“Tuo padre non ha lasciato per te nè dote né tutore: l'arbitra della tua sorte sono io sola.... Le leggi divine ed umane t'impongono l'ubbidienza, e, affè di Dio, tu ubbidirai!”

Contenni, per ultimo segno di protesta, i singhiozzi, e non aggiunsi parola. Del resto, ogni osservazione ulteriore sarebbe tornata ugualmente vuota di effetto.

Se, per oratori e per filosofi, nume tutelare era sotto il regime borbonico il Dio Silenzio, quanto più lo doveva essere per una giovine orfana, derelitta, e ancor minore? (Caracciolo, 1864: 45-46).

“Está bien, está bien”, dijo, empujándome hacia adelante y dando un paso adelante. “Dale las gracias a mi cuñada y dile que la monjita le será llevada hoy”. Dicho esto, cerró la puerta y me tomó de la mano, que se había vuelto más fría que el hielo y me llevó a la habitación. Si un rayo hubiera caído sobre mí, no habría recibido un golpe más formidable. Desesperados sollozos agitaban mi pecho, me tiré boca abajo sobre la corona del canapé, que regué con muchas lágrimas, luego corrí al regazo de mi madre, implorando misericordia.

Ella, imperturbable, aunque no sin emoción, estiró su mano sobre mis párpados para secar mis lágrimas con mi pañuelo. Luego, en un trueno grave y con palabras moderadas, que todavía me resuenan como una sentencia de pena capital, dijo que se había visto obligada a arreglar mi entrada en el monasterio, no tanto por sus estrechas finanzas, sino por mi capricho con Dominic.

“Tus tías”, agregó, “son ricas; enviándote con ellas hasta que comience a recibir mi pensión, me liberaré de una carga. Además, estoy segura de que la paz del convento ayudará enormemente a calmar tu corazón, turbado por una loca pasión... Pero si, después de dos meses, el amor de las monjas no ha expulsado tu aborrecimiento del claustro, te prometo volverás conmigo. Por ahora, no puedo retractarme, sobre todo pedido el favor al Capítulo de tu admisión”.

“¡Mamá!”, exclamé, lanzándome a sus pies y apretando sus rodillas convulsivamente: “¡Mamá, no me encierres, por piedad! ¡Solo con mencionar el nombre del monasterio, me siento presa de la desesperación!”

Se levantó bruscamente, retirándose de mis brazos, y con severa severidad me dijo:

“Tu padre no te ha dejado ni dote ni guardián: el árbitro de tu destino soy solo yo... Las leyes divinas y humanas te imponen obediencia y, por Dios, ¡obedecerás!”

Contuve en un último signo de protesta, mis sollozos, y no agregué una palabra. Por otra parte, cualquier observación adicional habría sido igualmente inútil.

Si, para los oradores y filósofos, deidad tutelar era, bajo el régimen borbónico, el Dios Silencio, ¿cuánto más sería para una joven huérfana, abandonada y todavía menor de edad? (T. de los A.).

Allí fue acogida por dos monjas, tías paternas suyas. Maria Bandini Buti pinta a Caracciolo como un personaje impulsivo e incontrolable que entró al convento por fantasía romántica y no por vocación seria. Como prueba de su afirmación, Bandini Buti presenta el hecho de que se casase con Giovanni Greuthen, un patriota napolitano de ascendencia inglesa, poco después de su liberación



del convento (Bandini, 1941:138). Las memorias de Caracciolo difieren dramáticamente de la cuenta de Bandini Buti: *Misteri del chioistro napoletano* cuenta la historia de una niña de veinte años que es obligada por su familia a convertirse en monja (Caracciolo, 1864: 44-51). Caracciolo es clara en su visión del convento como una prisión que le robó su juventud.

Finita la messa, il canonico salì al parlatorio per contemplarmi in quella nuova foggia, e me ne rivolse le sue congratulazioni.

Ma gli argomenti del confessore non riuscivano a dissuadermi dal disegno di lasciare il convento, e le sue assiduità, ripetute tre o quattro volte la settimana, lungi dall'ispirarmi affetto per la vita monastica, non facevano che aggiungere fastidio alla mia naturale ripugnanza per quello stato (Caracciolo, 1864: 104).

Cuando terminó la misa, el canónigo subió al salón para contemplarme en ese nuevo estado, y me dio sus felicitaciones. Pero los argumentos del confesor no pudieron disuadirme del plan de abandonar el convento, y su diligencia, repetida tres o cuatro veces por semana, lejos de inspirar afecto por la vida monástica, solo contribuyó a mi repugnancia natural por ese estado (T. de los A.).

Al primo vederla proruppi in pianto stemperato. Le dissi essere infelicissima in un luogo, la cui inoperosa e stupida reclusione era, a parer mio, più insoffribile della stessa prigionia: tremendo martirio per me dover esser quello di convivere con gente non meno ignorante, che ineducata: che già parlavano di farmi monaca: ch'io presentiva di dover perdere la salute, com'era in procinto di perdere la libertà, dovendo dipendere finanche dal capriccio della conversa di mia zia, la quale mi voleva far alzare prima di giorno, per trattenermi un' ora in chiesa, esposta ad un freddo insopportabile, ad un disagio che m'avrebbe fatta prendere a noia la preghiera stes-sa (Caracciolo, 1864: 64).

Nada más verla, di un grito entre lágrimas. Le dije que era muy infeliz en un lugar cuyo encarcelamiento inepto y estúpido era, en

mi opinión, más insostenible que el encarcelamiento propiamente dicho: para mí era un tremendo martirio tener que vivir con personas no menos ignorantes, que sin educación: que ya estaban hablando de convertirse en monjas; que temía perder mi salud, ya que estaba a punto de perder mi libertad, tener que depender incluso del capricho de la monja de mi tía, que quería que me levantara más temprano ese día, para quedarme una hora en la iglesia, expuesto a un frío insoportable, a una inquietud que me habría hecho soportar la oración misma (T. de los A.).

El 21 de marzo de 1840 tomó el hábito de “educanda”, el 1 de octubre de 1841 fue consagrada novicia, y el 1 de octubre. 1842 se pronunció los votos que la unirían definitivamente al claustro. Sin embargo, nunca estuvo conforme con su condición de monja de clausura, y después de algunos años comenzó una larga serie de solicitudes y prácticas para salir del claustro. Obteniendo con éxito una breve salida de la Santa Sede del convento de S. Gregorio Armeno y la suspensión de la clausura, el 28 de enero de 1849, Caracciolo pasó nuevamente a Nápoles, al Conservatorio de Constantinopla. Luego de la renovación de la obligación de reclusión, regresó a la casa materna desde donde, debido a la amenaza de arresto, se fue a refugiarse en Capua bajo la protección del Cardenal Capano, y aquí fue colocado en el retiro de la Anunciación hasta la muerte de Capano. Igual, pasó poco tiempo después. Al regresar a Nápoles, se refugió en el convento de S. Nicola da Tolentino, y luego en la familia de una hermana, donde fue arrestada y tomada bajo condiciones estrictas de reclusión en el retiro de Mondragone. El 20 de marzo de 1854 murió su madre; el 4 de noviembre del mismo año, una vez más obtuvo una breve salida, se mudó a Castellammare di Stabia en una casa particular. En septiembre de 1855 regresó a Nápoles; En 1860, tras el colapso de la monarquía borbónica, abandonó definitivamente el velo monástico. Así pues después de veinte años luchando contra el cardenal napolitano Riario Sforza, finalmente fue liberada de sus votos en 1861.

Habiendo atraído la antipatía del arzobispo de Nápoles Riario Sforza, obtuvo solo un breve permiso del monasterio por motivos de salud, para ir con su madre a los baños o quedarse con ella. De hecho, mientras tanto la mujer se había separado y lamentado haber causado las desgracias de su hija. Las muchas escapadas de Enrichetta: durante un período estuvo protegida en Capua por el cardenal Francesco Serra di Cassano, quien murió, pero cayó bajo los ataques del arzobispo, un hombre de tanta crueldad para hacerle perder todas las propiedades dotes y el legado de sus tías monjas. En el Conservatorio de Constantinopla, donde había sido trasladada, la abadesa tendría que negarle la libertad de poseer libros, de tocar las canciones de Rossini al piano, de escribir cartas y de llevar un diario. Después de escapar con la ayuda de su madre, Sforza logró detenerla y detenerla en Mondragone en 1851. Enrichetta, cansada y desesperada, trató de suicidarse rechazando la comida e hiriéndose con una daga. Evidentemente, estaba destinada a otras cosas, de modo que sobrevive a todo esto y también al año de aislamiento total al cual será condenado como resultado de todas estas vicisitudes, sin ni siquiera poder visitar a la madre moribunda. La Sacra Congregazione dei Vescovi, en oposición a la crueldad de Riario Sforza, le permitirá salir para curarse a sí misma. En los años siguientes, la joven monja hizo todo lo posible para no regresar al convento, y para no ser capturada se vio obligada a mudarse de residencia con mucha frecuencia y a no confiar en nadie, ni siquiera en las mujeres que estaban a su servicio y que cambiaba con asiduidad; Pero precisamente en esos momentos se hicieron más fuertes y directos los vínculos con los conspiradores anti-borbónicos.

El 7 de septiembre de 1860, con la caída de la monarquía borbónica, y con ella muchos lazos entre el trono y el altar, Enrichetta devolvió a la iglesia su velo monástico al final de la misa de acción de gracias por la derrota de la antigua casa gobernante, confirmada por la partida de Francisco. II de Borbón para Gaeta. En esa ocasión

conoció a Garibaldi, quien le encargó la tarea de inspeccionar los centros educativos de la ciudad de Nápoles, un lugar que ocupó durante algunos años. Sus propias palabras expresan la impetuosidad del momento, para sí misma como una mujer comprometida en una lucha “universal”, y para toda la ciudad:

Ed io, toltomi il velo nero dal capo e ripostolo su un altare, ne feci atto di restituzione alla Chiesa, che me l’aveva dato venti anni fa [...] Da quell’istante considerai strappato pur l’ultimo filo che mi vincolava allo stato monastico; e il nome di cittadina, che dato a tutti non contiene comunemente alcuna distinzione, divenne per me il titolo più proprio, più bello ancora dell’antico *civis romanus*, come quello che per noi risale all’unità di Dio, santificata nel sangue di Cristo, e rivela, sostituita alla città di Roma, una città Italia. Perciò se qualcuno da allora in poi mi ha chiamato per abitudine Suora o Canonichessa, io l’ho interrotto dicendo: chiamatemi Cittadina, e se volete aggiungere una distinzione dite: quella cittadina che provocò e promosse il Plebiscito delle donne in Napoli” (Caracciolo, 1864: 337).

Y yo, quitándome el velo negro de la cabeza y colocándolo en un altar, hice Regresé a la Iglesia, que me la había dado veinte años atrás [...] Desde ese momento, consideré arrancada hasta el último hilo que me unía al estado monástico; y el nombre de ciudadana, que se le da a todos, no suele contener ninguna distinción, se convirtió para mí en el título más apropiado, aún más hermoso que el antiguo *civis romanus*, ya que para nosotros se remonta a la unidad de Dios, santificado en la sangre de Cristo. y revela, como sustituto de la ciudad de Roma, una ciudad italiana. Entonces, si alguien de allí en adelante me ha llamado por costumbre Hermana o Abadesa, lo interrumpí diciendo: llámame Ciudadana, y si quieres agregar una distinción, dices: la ciudadana que provocó y promovió el voto de las mujeres en Nápoles (T. de los A.).

El abandono de la vida claustral significó para la mujer, así como un mayor compromiso político, también el aterrizaje a la vida fa-

miliar; de hecho, se casó con el patriota napolitano Giovanni Greuther, príncipe de Sanseverino, con un rito evangélico:

Ed eccomi finalmente felice. Accanto ad un marito che mi adora, a cui rispondo con uguale amore, mi trovo nello stato in che Iddio pose la donna fin dalla settimana della Genesi. Perchè, compiendo gli uffici di buona moglie, di buona madre, di buona cittadina, perchè pur io non -potrò aspirare a tesori della Divina misericordia? (Caracciolo, 1864: 339).

Y aquí estoy finalmente feliz. Junto a un esposo que me adora, a quien respondo con igual amor, me encuentro en el estado en que Dios colocó a la mujer desde la semana de Génesis. ¿Por qué, completar los oficios de una buena esposa, de una buena madre, de un buen ciudadano, por qué, aunque no pueda, puedo aspirar a los tesoros de la misericordia divina? (T. de los A.).

Enrichetta se dedicó a escribir sus memorias, poemas y dramas, al periodismo colaborando con los periódicos del Sur y a importantes actividades cívicas de carácter feminista, en particular destinadas a reconocer los derechos de las mujeres y la lucha contra las imposiciones familiares. Su experiencia violenta en el convento le había enseñado mucho:

E di molti insegnamenti pratici mi riconosco debi trice alla lunga reclusione. Se pel tratto di vent'anni non mi avesse il destino ribadita al piede la catena del galeotto, se fossi passata a marito giovinetta, avrei forse nella scuola del mondo imparato altrettanto a scernere le malvage passioni sul loro nascere, le passioni che sbocciano nell'aria chiusa e si nutrono di ire, di rancori, di gelosie, di sospetti? (Caracciolo, 1864: 338).

Y reconozco muchas enseñanzas prácticas aprendidas durante mi larga prisión. Si durante veinte años no me hubiera reafirmado el destino de la cadena del convicto, si hubiera pasado la vida junto a un marido joven, ¿habría aprendido en la escuela del mundo a discernir entre las pasiones malvadas desde su nacimiento, a las

pasiones que florecen el aire cerrado y que se alimentan de la ira, el rencor, los celos y la sospecha? (T. de los A.).

Garibaldi la nombró para un puesto en el sistema educativo de la ciudad de Nápoles en 1864, que le permitía disfrutar de una pequeña pensión mensual a cargo del gobierno italiano, pero solo se pagó durante dos años. Habiendo perdido el puesto de provincial, Caracciolo, que mientras tanto se había casado con el evangélico Giovanni Greuther de los príncipes de Sanseverino, se dedicó al periodismo y al movimiento feminista. Garibaldi no tuvo tiempo de firmar el decreto con el cual tenía la intención de nombrarla inspectora para los educandos de Nápoles porque se había marchado al sitio de Capua. Francesco de Sanctis, Ministro de Educación, después de prometerle un trabajo, no la recordaba.

Enrichetta fue una verdadera patriota que sintió el mismo sentimiento de repulsión hacia aquellos que llamaron a la Constitución “prostitución” y que perseveró en perseguir los sueños de libertad de los napolitanos.

Intanto, alimentato quotidianamente da diari, il mio entusiasmo cresceva a mano a mano che mi era dato vedere i preti frementi di fanatismo e di rabbia. La faccia di questi negromanti mi serviva di telegrafo –Spandevasi un giallume itterico sulle loro contratte fattezze? Le cose andavano egregiamente. Tornavano essi a sollevare lo sguardo umiliato, a sogghignare, ad esplodere imprecazioni contro la Costituzione, che chiamavano *Prostituzione*? Il vento spirava contrario. A poco a poco fu ordinata nel convento una congiura, volta a mortificare il mio liberalismo, a trafiggere le mie convinzioni. Era il tempo in cui le insegne napoletane, per amore o per forza benedette dalle locali autorità, partivano alla volta della Lombardia, affine di cooperare, dicevasi, nell’espulsione finale dell’Austriaco. Qual nugolo di sarcasmi, di velenosi motteggi, di pungenti frizzi, d’ironie non m’assalì allora nel refettorio per tutto il tempo della mensa! Spesso lasciai il desinare alla zuppa, e, rientrata furente nella mia cella, fui invasa dall’orrenda tentazione

d'appicare il fuoco al monastero, a costo di mandare in cenere quelle vespe e quei calabroni, e insieme con loro me stessa (Caracciolo, 1864: 220).

Mientras tanto, alimentado diariamente por los periódicos, mi entusiasmo creció cuando me mostraron que los sacerdotes se estre-  
mecían con fanatismo y rabia. La cara de estos nigromantes a los que solía telegrafiar: ¿esparcir la ictericia amarillenta en sus rasgos contraídos? Las cosas estaban bien. ¿Volvieron a levantar su mirada humillada, a sonreír, a estallar imprecaciones contra la Constitución, a la que llamaron *Prostitución*? El viento soplaba contra él. Poco a poco, se ordenó una conspiración en el convento, con el objetivo de mortificar mi liberalismo y perforar mis convicciones. Fue el momento en que la insignia napolitana, por amor o fuerza bendecida por las autoridades locales, partió hacia Lombardía, similar a cooperar, por así decirlo, en la expulsión final de Austria. ¡Qué nube de sarcasmo, de motivos venenosos, de frases picantes, de ironía no me asaltó en el refectorio durante todo el tiempo de la mesa! A menudo dejé la cena en el plato y, regresando furiosamente a mi celda, me invadió la horrible tentación de incendiar el monasterio, a costa de enviar esas avisvas y esos avispones a las cenizas, y con ellos a mí misma

Caracciolo denunció la triste condición femenina de las monjas en el claustro de San Gregorio Armeno, habitando en capítulos sobre la condición impuesta “por el egoísmo de padres y hermanos angustiados destinados a enterrar la mente y el corazón y la belleza en soledad”, como también en tenaz, pero inútil resistencia mostrada hacia los engaños y artificios retóricos del “reverendo”, con la consiguiente entrega de las monjas a los confesores favoritos entre pasiones engañosas y celos (Caracciolo, 1864: 220).

Senza la reclusione monastica, tante giovanette d'ingegno peregrino si sarebbero elle vedute, per isnaturatezza di parenti e per sobbillamento di confessori, sepolte in carceri inaccessibili a ogni lume sociale, a ogni voce dell'umanità? poi, nel pentimento d'un

voto che le strappava irrevocabilmente agli affetti e ai doveri della famiglia pe quali erano state create dal Signore, dopo una esistenza cachettica, scendere immature nella tomba, senza il compianto della madre, delle sorelle, delle congiunte e compagne?

- So che non pochi, nè inoperosi sono, colla sotana e senza, i partigiani del monachismo; e che potrebbero essi obiettare, che, se veri fossero i miei giudizi intorno agli effetti della reclusione monastica, tutte le monache, ora che ne hanno la libertà, avrebbero già abbandonato i chiostri; il che non avviene, massime nelle nostre provincie meridionali. -Risponderò che i confessori di quelle infelici fanno loro prima, anzi sola ed esclusiva cura del deprimerne e immiserirne gli spiriti, insinuandovi massime d'egoismo e di misantropia, che non sono certamente quelle della religione di Cristo, facendo lor vedere fuori del parlatorio la perdizione e l'abisso; mostrando sul limitare del chiostro le maledizioni del Cielo e i fulmini di Roma, pronti a scoppiare sul capo di chi osasse oltrepassare. D'altronde la mia è narrazione di fatti recentissimi: io cito date, luoghi, persone: ognuno potrà riscontrar la verità agevolmente (Caracciolo, 1864: VI-VII).

Sin el encarcelamiento monástico, tantas jóvenes de peregrino talento se habrían visto, por la renuncia de familiares y por la sobreexposición de los confesores, enterradas en prisiones inaccesibles para toda luz social, para cada voz de la humanidad. luego, en el arrepentimiento de un voto que irrevocablemente las arrancaría de los afectos y deberes de la familia para quienes el Señor las había creado, después de una existencia caótica, desciende a la tumba inmadura, sin el lamento de la madre, las hermanas, las compañeras y los compañeros? Sé que no pocos, no están inactivos, con la sotana y sin ella, los partidarios del monasticismo; y que podrían argumentar, que si mis juicios fueran ciertos sobre los efectos del confinamiento monástico, todas las monjas, ahora que tienen la libertad, ya habrían dejado los claustros; Lo que no está sucediendo, por lo menos en nuestras provincias del sur.

Contestaré que los confesores de estas infelices hacen antes un cuidadoso exclusivo trabajo para deprimirlas e inmiserar sus espíritus, insinuando las máximas del egoísmo y la misantropía, que cierta-



mente no son las de la religión de Cristo, haciendo que vean desde el locutorio la perdición. y el abismo; mostrando en el borde del claustro las maldiciones del cielo y el relámpago de Roma, listos para estallar en la cabeza de quienes se atreven a cruzar. Por otro lado, el mío es una narración de hechos muy recientes: cito fechas, lugares, personas: todos podrán encontrar la verdad fácilmente (T. de los A.).

Il monastero contiene in sè tutti i vizi della città, senza averne le virtù e i vantaggi. Quanto più nella via dell'associazione libera progredisce, la civiltà moderna, tanto la congregazione monastica assume le forme d'una tollerata camorra. -Confesserò in onor del vero che trovansi tuttavia delle monache esemplari, degne di riverenza; ma il loro numero è così scarso, che si perde di vista nell'immensa maggioranza delle perverse. Ai monasteri di donne potrebbesi giustamente applicare quel detto del Profeta: «Fra mille uomini ne troverai qualcuno, ma fra altrettante donne non ne troverai pur una» (Caracciolo, 1864: 174).

El monasterio contiene en sí mismo todos los vicios de la ciudad, sin tener las virtudes y ventajas. Cuanto más avanza la civilización moderna en el camino de la libre asociación, la congregación monástica asume las formas de una camorra tolerada. Confesaré en verdad que, sin embargo, se encuentran algunas monjas ejemplares dignas de reverencia; pero su número es tan pobre que se pierde de vista en la gran mayoría de los perversos. A los monasterios de mujeres se podría aplicar correctamente el dicho del Profeta: "Entre mil hombres encontrarás a alguno bueno, pero entre tantas mujeres aún no encontrarás ninguna" (T. de los A.).

De la descripción de las escenas y costumbres del claustro de San Gregorio emergen escenas realistas de humillación sufridas entre la ira y la resignación, y el coraje de quienes saben que pagará un precio.

Sin embargo, la intención principal de Caracciolo fue anunciar la esperanza de la emancipación de la condición femenina en un

sentido más amplio, como se puede ver en los capítulos XVIII y XXV de “Los misterios del claustro napolitano”, que llevan los títulos “1848” y “La libertà” respectivamente.

En referencia a los acontecimientos de 1848, Enrichetta escribe:

Al clamoroso risvegliarsi dei popoli, al tremendo ruggito delle rivoluzioni, allo strepito delle barricate, al crollo dei troni, che tanto contrastava col sepolcrale silenzio del mio carcere, io provava una soddisfazione, uno strano contento che mi rapiva. E: – qual piacere, andava dicendo fra me, se l’eco imbellè e misantropa di questi luoghi fosse or ora atterrita dallo squillo d’una tromba militare, che s’inoltrasse fino alla sala del Capitolo! (Caracciolo, 1864: 219-220).

Al rotundo despertar de los pueblos, al tremendo rugido de las revoluciones, al estruendo de las barricadas, al colapso de los tronos, que contrastaba tanto con el silencio sepulcral de mi prisión, sentí una satisfacción, un contenido extraño que me raptó. Y: ¡qué placer, me estaba diciendo, si el eco falso y misantrópico de estos lugares ahora estaba aterrorizado por el sonido de una trompeta militar, que llegaba hasta la sala capitular! (T. de los A.).

*Misteri del chioistro napoletano* es indiscutiblemente su trabajo más significativo. El manuscrito pasó por una serie de oscuras vicisitudes editoriales que hacen que la atribución a Caracciolo de todo el borrador de la obra sea problemática. El original fue ofrecido a Barbera, a principios de junio de 1864, por un exiliado griego, Spiridione Zambelli, que sirvió como enlace entre Caracciolo y el editor; según Barbera, el manuscrito habría sido tocado, al menos estilísticamente, por Zambelli. El libro fue recibido con gran interés en Italia, en ese mismo año tuvo nueve ediciones, pero también en el extranjero. En ese mismo año fue traducido al inglés, por Richard Bentley, y tuvo tres ediciones; en 1867 fue publicado en los Estados Unidos, en Hartford, en una traducción de James Starr Redfiel. Fue traducido al francés, alemán, holandés, danés y húngaro (1865),

ruso (1867), polaco (1869) y griego (1870). Enrichetta, al escribir sus memorias, estuvo influenciada por múltiples modelos literarios, a veces conflictivos. Su libro fue muy apreciado por los críticos y autores de la época, incluido Alessandro Manzoni (que de hecho encontró en la historia de Enrichetta muchas similitudes con el personaje de Gertrude), Luigi Settembrini y el Príncipe de Gales. Así Luigi Settembrini escribió en un artículo en el periódico “L’Italia”

C’è un libro uscito testé, opera di donna che ha preso quasi le proporzioni di un avvenimento politico. Non è esprimibile la profonda impressione che ha fatta in tutta Italia . Ed il successo del libro non si dee già a quel piacere di scandali, del nuovo e del curioso che è nella parte frivola della società, ma un sentimento più profondo, che rende quel libro interessantissimo agli uomini che prendono sul serio la vita (citado en Cutrufelli, 1998: 56).

Hay un libro que acaba de publicarse, un trabajo de una mujer que ha tomado casi las proporciones de un evento político. La profunda impresión que ha hecho en toda Italia no puede expresarse. Y el éxito del libro no se debe al placer de los escándalos, lo nuevo y lo curioso que se encuentra en la parte frívola de la sociedad, sino a un sentimiento más profundo, que hace que el libro sea muy interesante para los hombres que se toman la vida en serio (T. de los A.).

Luigi Settembrini destacaba así el valor de una mujer que había luchado por la libertad en el sentido universal y no solo en referencia a la elección de llevar el velo monástico en una sociedad en la que muchas mujeres estaban condenadas a una condición infeliz por la voluntad de los demás y no por la libre y sincera vocación religiosa (Cutrufelli, 1998: 56).

También Garibaldi escribió más tarde para agradecerte por algunos sonetos. Una nueva edición de *Misteri del chiostro napoletano* se publicó en 1964, el centenario de la obra original, y una edición crítica con notas de Maria Rosa Cutrufelli se publicó en 1991.

Si bien el éxito del libro le había dado una gran reputación, Enrichetta fue víctima de una excomunión de las autoridades eclesiásticas, quienes interpretaron la exposición de las hipocresías que se encontraron dentro de los conventos como un ataque a la Iglesia Católica. Suscitó gran controversia, pero el público la apreciaba ciertamente porque tenía las características de la novela histórica *Risorgimento*, un género que desde luego estaba en boga, que estaba estrechamente vinculado a la vida pública y privada y tenía fuertes colores anticlericales y liberales (Cutrufelli: 1998, 65). La obra también despertó el interés como una versión particular del folletín romántico, que narra las aventuras de una mujer joven en lugares sombríos y sofocantes, objeto de las trampas de los siniestros opresores, y también como una obra de estampa iluminista por la denuncia en forma de descripción aséptica de situaciones y espacios.

De hecho, la distorsión de estos recuerdos refleja claramente la influencia de múltiples modelos literarios a menudo conflictivos. Por un lado, la estructura fundamental recuerda el modelo de la novela histórica que mezcla y coloca a la historia privada y pública en dependencia, y por el otro el modelo de cierto memorialismo romántico inspirado en un titanismo dominante del yo. Estos esquemas literarios típicamente decimonónicos parecen prevalecer especialmente en la segunda parte de la obra, junto con muchos otros motivos derivados de la novela histórica-*Risorgimento* (anticlericalismo, liberalismo anti-bombardero, etc.) y, por otra parte, de la novela folletinesca (la descripción de ciertos ambientes seculares y secretos, como en la representación de la Anunciación de Capua). En esta dirección aparece otro modelo en las páginas de Caracciolo, en particular a lo largo de la primera parte del trabajo; El de la novela de aventuras del siglo XVIII (el tema del huérfano indefenso y la virtud perseguida), y finalmente el modelo de la novela de denuncia de la Ilustración, que permite al Caracciolo una descripción casi objetiva de los interiores del convento completamente desprovistos de patetismo y de toda morbilidad.

En 1866 publicó *Un delitto impunito: fatto storico del 1838*, que hablaba del asesinato de una niña educada cometida por un sacerdote rechazado y, además, en el mismo año, con motivo de la tercera guerra de independencia, publicó en Nápoles la *Proclama alle Donne Italiane*, en el que instó a las mujeres a apoyar la causa nacional. Junto con su hermana Giulia Cigala Caracciolo, participó en el Comité de Mujeres Napolitanas<sup>14</sup> en 1867 en apoyo al proyecto de ley Salvatore Morelli sobre los derechos de las mujeres; en 1869, durante el Concilio Vaticano I, participó en Nápoles en el “Anticoncilio del libero pensiero”; en 1874 publicó *I miracoli*, una colección de poemas contra supersticiones, y finalmente, en 1883, se publicó *Un episodio dei misteri del Chiostro Napolitano*, un drama en cinco actos, inspirado en sus memorias. Fue corresponsal de muchas revistas, entre ellas *La rivista partenopea* de Nápoles, *La Tribuna di Salerno* e *Il Nomade* de Palermo (Cutrufelli; 1998, 54).

Formó parte de numerosas asociaciones, entre las que se encuentran l’Associazione della gioventú studiosa de Napoles, la Società italiana per l’Emancipazione della Donna de Larino, la Accademia

---

14 El Comité se creó, siguiendo la exhortación de Garibaldi, para apoyar con un trabajo de propaganda el proyecto de ley de Morelli, elegido en 1867 diputado de izquierda en el colegio de Sessa Aurunca. El 18 de junio de ese mismo año, Morelli presentó a la Cámara tres proyectos de ley, el segundo de los cuales, *Para la reintegración legal de las mujeres*, propuso reconocer los derechos civiles y los derechos políticos de las mujeres; Morelli, además, propuso el reconocimiento del valor nacional de la maternidad, con la concesión de honores, cargos públicos y pensiones a las madres que merecen haber criado y educado a “héroes, pensadores y productores distinguidos”. Formaron parte de este comité Teresita Canzio Garibaldi, la hija de Ana Maria de Jesus Ribeiro y Giuseppe Garibaldi, Elisabetta Anghera Masi, Enrichetta Greuther Caracciolo, Luisa Papa Raffaele, Luigia Fusca, Michela Cicalese, Giulia Caracciolo, Angiolina Mola, Caterina Baracchini, Pasqualina Caruso, Caterina Frezza, Maria Russo Lombardi, Francesca Affaitati, Elena Ballio, Cristina Mercurio, Santina Bennati, Giovannina Carcea, Anna Maria Mozzoni, Maddalena Giunti Fazio, Teresa Saracinelli, Luigia De Michelis, Giulia Ballio, Maria Albertini, Matilde Diodati, Antonetta d’Erminio, y Candia Dasola. Un estudio completo y en profundidad, véase Conti: 1990.

Florimontana Vibonese degli Invogliati de Monteleone di Calabria, la Accademia Poetica Stesicorea de Calabria.

A los setenta años, cuando Francesco Sciarelli escribió su biografía, Enrichetta, ya viuda, vivía sola y completamente olvidada por sus conciudadanos (Sciarelli:1894). Sin embargo, en vida, no recibió reconocimiento oficial del gobierno italiano, a pesar de su notoriedad y su larga actividad. Murió en Nápoles el 17 de marzo de 1901, en los albores de un nuevo siglo en el que se verían cumplidas muchas de sus aspiraciones.

#### 4. CATERINA PERCOTO

Caterina Percoto nació el 19 de febrero de 1812 en S. Lorenzo di Soleschiano sul Natisone (Udine). Era la única hija de los seis varones que tuvieron el conde Antonio y Teresa Zaina, una familia que pertenecía a la antigua nobleza de la provincia.

Percoto quedó huérfana de padre con tan solo nueve años y la madre decidió mandarla al convento de Santa Chiara en Udine, donde pasó ocho años. Cuando las dificultades económicas de la familia obligaron a su madre a retirarla del convento y a llevarla a S. Lorenzo di Soleschiano, donde pasaría la mayor parte de su vida, Caterina continuó sus estudios como autodidacta, ahondó su lectura de los clásicos, especialmente italianos, de Dante a Manzoni, y perfeccionó sus conocimientos de alemán y francés (Scappaticci, 1997: 11).

El regreso a su tierra coincidió también con su decisión de no casarse en toda su vida, incluso cuando se le presentaron varios pretendientes, tras haber tenido que renunciar a un joven del que se había enamorado en la escuela por oposición de su familia (D'Aronco, 1948: 23).

El bautizo de Caterina en el mundo de las letras se dio en 1839, en las columnas de la *Favilla de Trieste*, un periódico de ciencias y letras, con una carta a la redacción en la que criticaba la traducción infiel del *Mesías* por Friedrich Gottlieb Klopstock, que no era digna de ser atribuida a la pluma del poeta Andrea Maffei. Dall'Ongaro, que formaba parte del comité de redacción, le escribió para darle las gracias por sus artículos académicos de crítica literaria, invitándola a que enviara textos sobre alguna mujer y sobre las tradiciones de los campos (Dall'Ongaro, 1869: 7).

Para los lectores de *Favilla* publicó integralmente en un folleto una novela, *Lis Cidulis* (1844), que inauguró, sin saberlo, un nuevo

estilo narrativo mucho antes de que Cesare Correnti escribiera la carta-manifiesto “Della letteratura rusticale” en la *Rivista Europea* (1846), identificando los rasgos de una literatura capaz de mostrar los valores y los sentimientos de la gente del campo. Dichos méritos son los que Percoto destacará sobre todo en sus cuentos, como el de *La malata*, en el que podemos leer:

In casa di contadini che per la loro condizione son usi a considerare la forza e la salute siccome merito, questa era una disgrazia che copriva di rossore la poveretta, che non aveva loro apportato in dote qualità così necessarie e cotanto apprezzate. Ogni notte in secreto veniva la Miutte ad allattare l'affamata creaturina ed a supplire per l'amica ai doveri di madre. Fidata nella sua gioventù e nella sua fiorente robustezza, benché fresca di parto, attraversava la neve e con spensierata generosità si esponeva ad ogni intemperie (Percoto, 1972: 480-481).

En casa de campesinos, que por su condición suelen considerar la fuerza y la salud como mérito, esta era una desgracia que arrojaba vergüenza sobre la pobre, que no había aportado como dote cualidades tan necesarias y apreciadas. Cada noche en secreto Miutte iba para amamantar a la hambrienta criaturita y para suplir la falta de la amiga a sus deberes de madre. Confiaba en su juventud y en su próspera robustez, aunque recién parida, atravesaba la nieve y con despreocupada generosidad se exponía a todo tipo de intemperie (T. de los A.).

A partir de ese momento, muchos de sus textos se publicaron en periódicos y revistas de Friuli, como *Il Giornale* de Trieste o la *Giunta domenicale del Friuli*. En 1847, en cambio, salió su novela *L'Album della suocera* en la milanese *Rivista europea*, dirigida por Carlo Tenca.

En la década de los cincuenta, Percoto, pese a estar aislada en la provincia extrema de Udine, cultivó relaciones epistolares con eruditos de Trieste y Friuli y constituyó una extensa red de relacio-



nes. Sin aspirar nunca a estar en el centro de la escena, intensificó sus colaboraciones con revistas y publicaciones periódicas de Lombardía, Véneto y Piemonte. Fue a Viena, a Turín, donde conoció a Niccolò Tommaseo y pudo asistir a las sesiones del Parlamento, y a Milán para encontrarse con Carlo Tenca. Una vez allí, fue invitada al salón de la Condesa Clara Maffei, pero entre “mujeres literatas” se sentía extraña, lejos de su mundo.

La amistad con Tenca le abrió posteriores colaboraciones periodísticas, en particular con *La Ricamatrice. Giornale di cose utili ed istruttive per le famiglie*, una publicación dedicada a las tareas femeninas y a la educación de la mujer, para la que Caterina escribió numerosas narraciones sobre el contexto didáctico-pedagógico. En *La Ricamatrice*, publicó también, entre abril y julio de 1858, catorce cartas pedagógicas, tituladas *Una pagina del Giornale della zia (Corrispondenza d'un'Associata)*, en las que cuidaba la educación de las mujeres, especialmente de las clases bajas, y en las que se podía reconocer las enseñanzas de Rafael Lambruschini y las lecturas del Emilio de Jean-Jacques Rousseau.

Para Percoto, de hecho, a mediados del siglo XIX, la educación de las niñas en las escuelas y conventos (para las niñas de las clases altas) resultaba ser cada vez más inadecuada y la escritora hizo un leitmotiv de muchas de sus historias, relacionando la falta de preparación para las jóvenes con un papel de esposa y madre, y la ausencia de una adecuada educación de los sentimientos. En el cuento *La moglie*, por ejemplo, podemos apreciar la reflexión de una mujer de la clase alta que se percata de su situación privilegiada y hace una elección de altruismo después de haber compartido su angustia con el marido:

Ma alla Cecilia pareva, che se quegli operai, invece di costruire una grotta, un castello, i chioschi, e i tanti abbellimenti del suo giardino, avessero lavorato nelle case dei contadini, il loro pane sarebbe venuto fuori allo stesso, e non poteva quietarsi, e finché v'era tra' suoi affittuali chi pativa di freddo, o mancava di spazio, quelle

tante vanità della moda che le stavano d'intorno, le pesavano sul cuore, e sentiva rimorso de' suoi divertimenti come se fossero stati procacciati col sangue e colle lagrime del povero. Parlarono a lungo, e in quella stessa notte stabilirono di migliorar subito l'abitazione della Margherita (Percoto, 1972: 469).

Pero a Cecilia le parecía que, si esos obreros, en lugar de construir una gruta, un castillo, los cenadores, y los muchos adornos para su jardín, hubieran trabajado en las casas de los campesinos, se hubiesen ganado el pan de cualquier forma, y no podía calmarse y, mientras hubiera entre sus arrendatarios quien sufría el frío o a quien le faltara el espacio, esas muchas vanidades de la moda que la rodeaban le pesaban en el corazón y sentía remordimientos por sus diversiones como si los hubiera conseguido con la sangre y las lágrimas de los pobres. Hablaron durante mucho tiempo y, esa misma noche, decidieron mejorar enseguida la vivienda de Margherita (T. de los A.).

En 1858, gracias al interés de Prospero Antonini y Tommaseo, el editor Le Monnier de Florencia, aceptó publicar el volumen *Racconti*, que recibió en seguida una excelente recepción de público y crítica.

Todo ello la llevó, el 30 de enero de 1859, a ser nombrada inesperadamente miembro correspondiente de la Academia de Udine y a convertirse en miembro honoraria el 5 de abril de 1878.

Pero después de 1860 su existencia se vio afectada por la salud y el empeoramiento de la situación financiera. En el otoño de 1862, se sumó también una serie de lutos familiares que la obligaron a hacerse cargo de tres huérfanos pobres de poca edad. Pero sus amigos florentinos, gracias a la intervención de Marina Baroni Semitecolo, les encontraron en seguida un lugar.

La notoriedad adquirida después de la edición florentina de los *Racconti* le trajo numerosas peticiones de colaboración, incluida la de los hermanos Bottaro, editores de la revista genovesa *La donna e la famiglia*, que reeditaron para sus suscriptores una nueva edi-

ción del *Racconti* en 1863, complementada por nuevas secciones: *Leyendas friulianas*, *Cartas*, *Cuentos friulianos*, *Tradiciones friulianas*, *Traducciones* y un apéndice de *Últimos cuentos*.

Con la anexión de las provincias venecianas al Reino de Italia, en octubre de 1866, Caterina confesó a una amiga que finalmente había llegado el momento de comprometerse con la “nueva” Italia. Galardonada con la Orden del Mérito, un reconocimiento obtenido por la intercesión de Gino Capponi y Cesare Cantù, la escritora recibió una ayuda de quinientos francos, un poco de respiro para sus pobres finanzas.

En 1871, aceptó el nombramiento del Ministro Cesare Correnti como encargada de instituciones de mujeres en las provincias venecianas. En las filas de las “mujeres notorias” identificadas por el ministro por sus méritos literarios, junto con Luisa Amalia Paladini, Giannina Milli y Erminia Fuà Fusinato, se le encomendó a Percoto la tarea de extraordinaria provincial de los institutos venecianos de educación y caridad.

En 1880 se reimprimieron dos volúmenes de *Novelle*, adornados con grabados, en la serie “Biblioteca recreativa” del editor milanés Paolo Carrara, seguido tres años después por el tercer volumen *Novelle popolari edite e inedite* (D’Aronco, 1947: 26-61).

Pese a todos sus contactos, la soledad era la condición en la que Percoto prefería vivir, una condición que llegaba a identificarse casi como una necesidad de la pluma (Colummi Camerino, 1993: 16). Una voluntad de exclusión que refleja la condición de las mujeres que la escritora describió.

Percoto murió en Udine el 15 de agosto de 1887.

En su producción literaria, destaca su predilección por el mundo de los humildes, un mundo que Percoto conocía perfectamente por la gestión de sus tierras familiares y con el que sentía una gran sintonía. Conocía también el mundo de la nobleza, pero este permanece siempre a la sombra del más representativo ambiente popular, del que representa el hambre, la desolación, la miseria, y la priva-

ción, con todos los sentimientos que eso conlleva (Barbiera, 1918: 233-248). Un fresco de la realidad de Friuli, que la inserta en el género de la literatura regional a la que pertenecía el joven Giovanni Verga, a quien le escribió el prefacio para *Storia di una capinera*.

A continuación, se presentan, pues, en su totalidad, cuentos como *La enferma*, en el que se describen los buenos sentimientos transmitidos por la gente humilde; *La mujer*, en el que una mujer noble comprende la superficialidad de sus bienes frente a la condición en la que viven los trabajadores de sus tierras; y *La mujer de Osoppo*, que forma parte de los cuentos “patrióticos” (Prisco, 1972: 11) y que gira alrededor de la contraofensiva austriaca en Friuli de 1848 y de la violencia de los militares de su ejército.

### **La malata (1853)**

Avevo una giornata cattiva. Mi eraalzata col sole; ma il sole era malinconico; pioveva i suoi raggi sul verde dei campi, così offuscati, così languidi come se fosse stata l'ultima carezza di un malato o il sorriso di una speranza che fugge. Il baluardo delle Alpi che accerchia da tre lati la pianura del mio paese, mostravasi vicino, e tutte le fonti dei torrenti che la corrono, fumavano sollevando gruppi di nubi in forma di piramide dalla Piave fino all'illirico Isonzo. Anche dalla parte della marina cominciava ad ottenebrarsi, e quei vapori in breve congiunti davano segno evidente di pioggia.

Io sento l'influenza d'una giornata serena, così come d'una tempestosa, e spesso i miei pensieri prendono colore dall'aspetto esterno della natura che mi sta d'intorno. Forse era questo il motivo della mia malinconia; e, come le nubi nell'atmosfera, mi venivano sopra le tristi memorie del passato e coi loro fantasmi mi turbavano il cuore. Io pensavo a molti crudeli disinganni, al sorriso bugiardo di tanti idoli che avevano allegrato la mia povera vita, e adesso disfiorati di ogni poesia mi stavano dinanzi nella loro nuda realtà: pensava ad un ultimo sogno le cui amabili visioni, simili ad innamorati serafini che vengono dai padiglioni dell'Eterno, mi

avevano aliato d'intorno riempiendomi l'anima di gioie celesti, e al tocco della sciagura scomparivano come il sole di quel giorno già ottenebrato dalle nubi. Sì: la sciagura era stata la pietra di paragone che aveva infranto il castello dorato di una santa speranza... ed io provavo tutto l'amaro della delusione, come l'infelice ch'ha in serbo un tesoro pel dì del bisogno, e gli è stato involato, e non gli resta tra le mani che il meschino ed inutile involucre in cui lo aveva riposto.

Piovinava; e la mia anima si faceva sempre più tetra e scoraggiata e dolente delle contraddizioni e delle umane fralezze; e mi pareva quasi di aver perduto la fede nel bene.

Una donna mi parlò a lungo della povera Miutte, e seppi con certezza, ch'ella mi avrebbe veduta volentieri, che anzi da molto tempo mi desiderava, e che la mia visita non sarebbe né male interpretata, né avrebbe recato confusione o disturbo di sorta. Sono nove anni ch'ella patisce inchiodata in un letto dal quale pur troppo non uscirà che per entrare nel sepolcro. Vi parrà strano, che in tutti questi nove anni io non le abbia mai fatto una visita. Ci sono dei dolori che incrudeliscono alla vista di chi ci conobbe felici, e per disgrazia l'ultima volta ch'io vidi la Miutte fu in un giorno di nozze. Ell'era in allora una assai bella giovanetta, bella al pari della sposa e lieta forse più di lei. Sedeva al banchetto, al fianco del suo giovane fidanzato, e tra pochi giorni anche a lei era riserbata la gioia di veder consacrato il suo amore dinanzi all'altare, ma senza che perciò fosse obbligata all'abbandono de' suoi; ch'ell'era unica figlia, e avevano stabilito di maritarla in casa, e le lagrime della sua cugina nel congedarsi dai parenti ella non le avrebbe versate. Aggiungì, che a non voler entrare la casa del povero sotto quell'aspetto di autorità, o di prepotente beneficenza che romperebbe, con esso per sempre ogni legame del cuore, ci vogliono pratiche assai più delicate e più fini riguardi che non a varcare le soglie dei ricchi: e poi la sventura ha anch'essa il suo pudore, non è più concesso tergerne le lacrime alla mano incauta che una volta l'offese.

Già da alcuni anni era mancato il padre della povera Miutte; la sua bambina aveva imparato a conoscermi, e tutte le volte che la incontravo correva spontanea a darmi un bacio: ciò un poco alla volta mi aveva fatto amici il marito e la madre di lei; ed ora ella stessa, la

malata, mi chiamava al suo letto. Ci andai subito benché piovesse. Una misera casuccia da sottani, la scala oscura e in cattivo stato, la cameretta sotto a' coppi, colle travi e colle pareti annerite dal fumo della sottoposta cucina; non altri arredi che un trespolo, una vecchia cassa, due bigonce che servivano da sgombratoi e una Madonna di carta, attaccata coll'ostia al muro, sulla quale pendevano incrociati il ramo dell'ulivo pasquale e la candela benedetta; ella nel suo letto nuziale, coperta da un nitido lenzuolo, la cui bianchezza faceva contrasto colla tinta oscura e affumicata di tutto ciò che le stava d'intorno. Dalle finestrelle spalancate vedevasi il verde dei campi, come un ampio tappeto a cui metteva confine la ridente catena di colli che vanno da Butrio a Manzano, e sul davanzale d'una di queste finestrelle una cassetta con tre balsamine in fiore, la cui bellezza inodorosa rallegrava gli occhi della malata senza offenderne i nervi dilicati e convulsi.

M'assisi vicino al suo capezzale, e guardava commossa a quella povera creatura, ch'io mi ricordavo d'aver veduto in tutto lo splendore della giovinezza. Anch'ella si ricordò di quel giorno di nozze, e ne riandava i più minuti particolari, e faceva il confronto di allora col suo stato presente, ma con pace rassegnata; ma con un sorriso sulle labbra che pareva quello d'una santa. Mi raccontò l'origine della sua malattia. Ell'era divenuta madre quasi contemporaneamente alla giovane sposa al cui banchetto nuziale avevamo insieme assistito. Correva un inverno perverso: spiravano continuamente venti burrascosi, e per le strade la neve montava sino al ginocchio. La sua cugina, esile della persona e di tempra assai delicata, non aveva latte che bastasse a nutrire il bambino.

In casa di contadini che per la loro condizione son usi a considerare la forza e la salute siccome merito, questa era una disgrazia che copriva di rossore la poveretta, che non aveva loro apportato in dote qualità così necessarie e cotanto apprezzate. Ogni notte in secreto veniva la Miutte ad allattare l'affamata creaturina ed a supplire per l'amica ai doveri di madre. Fidata nella sua gioventù e nella sua fiorente robustezza, benché fresca di parto, attraversava la neve e con spensierata generosità si esponeva ad ogni intemperie.

Il ripetuto strapazzo portò i suoi frutti. Troppo poveri per ricorrere di proposito alla medicina, usarono da principio dei suggeriri-

menti di ignoranti femminette, e solo quando aveva ella già affatto perduto l'uso degli arti inferiori chiamarono il dottore. Fu tarda e inutile ogni sua prova.

– Il buon dottore, – diceva la Miutte con quel suo angelico sorriso, – il buon dottore ha fatto di tutto per guarirmi, e benché oramai non ci sia più speranza di sorta, viene lo stesso a visitarmi, ed anche l'altro giorno è stato. Oh quanto bene mi fa a vederlo! Vorrei essere una ricca signora per potergli dimostrare la mia gratitudine. Ma tutti i giorni io prego per lui e fo pregare questa mia innocente bambina. Non è vero, Annetta? –, soggiungeva volgendo l'affettuosa parola alla fanciulla, che, inginocchiata sul trespolo vicino al suo capezzale, con grazia infantile le stava lisciando i capelli. – Adesso son io diventata la bambina della mia Annetta. Ella mi pettina, mi acconcia le lenzuola, mi porge da bere, mi dà la pappa... perché io non posso più muovere le mani.

Era troppo vero. Quel misero corpo rattratto, e tutto in un gruppo come un gomito, era impotente a qualunque movimento. Appariva come un'erma dolorosa a cui siano state tronche tutte le membra. Il lenzuolo rialzato da due bastoni per impedire che la toccasse, lasciava scorgere le costole storpie e sollevate fin sotto al mento, e su quell'informe tessuto di ossa e di muscoli le braccia contorte si posavano immobili, e le sole dita della mano destra potevano ancora afferrare una sottile verghetta rimonda dalle foglie eccetto che nella punta, dove facevano mazzo, colla quale ella s'andava leggermente cacciando le mosche. Non aveva che la testa. Pur quella testa era bella ancora. Anzi, a' miei occhi, più bella di quando la vidi l'ultima volta. Pulitamente pettinata, aveva conservato tutto il ricco tesoro de' suoi bruni e rilucenti capelli; e sulla sua fronte serena pareva che si fosse risvegliato un raggio di fina e nobile intelligenza che prima non era. Illanguidite le rose delle guance, temprato lo splendore delle nere pupille, fatta più affettuosa, più gentile l'espressione delle labbra non per anco appassite, benché più pallide, tutta la sua fisionomia aveva come acquistato un non so che di etereo, di spirituale.

Con una certa ingenuità quasi infantile ella mi narrava de' suoi piaceri. In quello stato, in mezzo a tutte quelle sofferenze, con tutte quelle privazioni mi parlava di piaceri!... Teneva le finestrelle

continuamente aperte, perché diceva che l'odore dei campi veniva a rallegrarla ed a ridestarle nella memoria le ore felici de' suoi dì trascorsi; e benché da nove anni chiusa in quella tomba, distingueva ancora la voce dei passanti per la via a lei noti, e mi narrava con riconoscenza di un giovane suo coetaneo, il quale, ogni volta che passava per andare nel campo vicino, la salutava, ed ella ne conosceva da lungi la pedata, ed era lieta di quel saluto come di regalo, Le pregava per lui e per tutti i suoi cari...

Aveva nella stanza un pulcino addomesticato in modo che ad una sua chiamata le veniva a beccare sul letto.

– Gli è il mio compagno di sventura, – diceva. – Mia madre quest'anno ne ha fatto nascere una numerosa covata e vanno a pascolare nel verde; ma questo me l'ho scelto io, ed è qui prigioniero con me, e mi consola nelle mie lunghe ore di solitudine. – Poi subito rasserenata: – Ho anch'io i miei lussi, soggiungeva. – Intanto ogni giorno voglio una verghetta nuova per cacciarmi le mosche, e senza nessun riguardo mando a prenderle nella siepe vicina, ed i proprietari non fanno opposizione perché si tratta della Miutte. Bisogna vedere quando viene il parroco a trovarmi, o quando mi portano la comunione: allora voglio sul letto i miei be' lenzuoli bianchi, e mi fo mettere al collo una pezzuola che mi ha comperato a Palma il mio povero uomo; una pezzuola che potrebbe dire a qualunque signora, tanto è di buon gusto... ed io amo le cose belle e i bei colori!... Se vedeste come l'Annetta m'infiora la camera in quei giorni! ma di fiori di prato, di fiori innocenti che non hanno fragranza, perché gli odori non li posso patire. Oh!... a proposito della comunione, fatemi una grazia: venite anche voi domenica ad accompagnarla, ed inginocchiatevi qui, presso al mio letto, colla vostra candela in mano, e pregheremo insieme!

Glielo promisi. Sua madre intanto mi raccontava della sua angelica bontà, e come soffriva sempre senza lagnarsi, e come era di tutto contenta, e che nella stagione dei lavori eglino talvolta andavano nei campi e la lasciavano sola di molte ore, ed anche succedeva che nel fervor delle faccende si dimenticassero di lei, ed ella patisse di sete, né mai per questo un rimprovero; ma sempre al loro ritorno la trovavano lieta.

Ella s'accorse di queste lodi, e impensierata:



– Mia madre è indulgente, – disse, – e non si ricorda più, come in principio sono stata anzi ben cattiva! Oh! io piangevo, piangevo le intere giornate e non potevo rassegnarmi... ma il loro affetto mi ha consolata. Il mio povero uomo lavorava tutto il giorno per mantenerci, e mai che abbia voluto andar a dormire via di qui, ma talvolta stava su le intere notti per assistermi ... e poi essi non mi lasciano mancar di niente. Fino il caffè! Ma sapete che dopo che la Salvina ha fatto l'ultimo vitellino, io m'ho bevuto del caffè nel latte almen cinque volte! E come mi piace! Gli è ch'io mi vo facendo ogni giorno più alla signora e prendo gusto a tutte le vostre dilicature. Una cosa sola mi amareggia: quel non poter più muover le mani a nessun lavoro. E intanto l'Annetta cresce, e non v'è chi le insegni né ad agucchiare, né a darsi un punto, perché mia madre, oltre che non ha tempo, oramai è fatta vecchia e gli occhi non le servono.

– Senti, Miutte, – le dissi, – viene l'inverno, e dal tramonto al coricarsi ci sono parecchie ore di ozio; vorresti che l'Annetta venisse da me, e io le insegnerei a far le calze a suo padre, a cucire una camicia, e, se sei contenta, anche un pochino a leggere?

– A leggere! – gridò la fanciullina, e mi corse in braccio, e nella ingenuità del suo affetto voleva ch'io la baciassi. La madre non rispose; ma le tremavano le labbra e lagrimava consolata.

Quando tornai a trovarla, la picciola Annetta mi venne incontro tutta giuliva con un libro ch'ella stessa aveva cucito, e nella sua semplicità credeva ch'io mi avessi la magia di animare per lei ad un tratto quei poveri stracci bianchi e far che le dicessero Dio sa che bella cosa!

Ne' miei giorni di dolore spesso io visito quella povera casuccia, e sempre torno col cuore rasserenato. Siamo diventate amiche, ma non di quella amicizia che i beati del mondo si credono talvolta comperarsi dal cuore del povero col gettargli qualche moneta del loro superfluo. Io non sono ricca, ma se anche lo fossi, tengo che l'oro per quell'anima dilicata sarebbe un peso villano che, invece di stringere, romperebbe l'affetto.

Sì: di tratto in tratto io le vo portando qualcuna di quelle ch'ella chiama nostre dilicature. Ridereste a vedere in che consiste questa curiosa carità. Gli è talvolta una pezzuola di poco costo, ma di vivi

colori, e di vario e più che si può grazioso disegno per la piccola Annetta. Gli è un frutto, o una ciambella per la malata, o tenue porzione di qualche vivanda ch'ella non conosce. Un giorno, colla scusa d'insegnare alla bambina a farle il caffè, le ho portato due vasellini di vetro colorati, uno collo zucchero, l'altro coll'aroma di già macinato e la chicchera e gli utensili necessari. Adesso disegno per lei. Prima una Madonnina a cui ho fatto fare la sua cornice e l'appenderemo dirimpetto al letto. Poi, a seconda che mi viene, fiori, farfalle, uccelletti e fogliami che attacchiamo coll'ostia a coprire le affumicate pareti e ch'ella tanto aggradisce perché sono lavori delle mie mani.

Quando mi educavano, era di moda imparare alle giovanette un po' di disegno. Dicevano per adornare lo spirito; e la bella frase, allora, incompresa, mi dava animo a riempire i cartoni di linee più o meno scorrette ed a distemprarvi sopra in forma bizzarra le tinte che più mi aggradivano; e quantunque il merito principale di quei sgorbi fosse tutto della mia buona cassetta di colori fini, pure mi lodavano, e io me ne teneva quasi d'artista. Più tardi, uscita di convento, imparai la vanità di quegli studi incompleti, e com'erano misera apparenza al pari di tanti altri di cui s'infarcisce la femminile educazione, e piuttosto artifizi di toelette che non vere cognizioni od ornamenti dello spirito, come osavano dire.

Gittai l'inutile pennello, né più lo ripresi, se non per la Miutte. Avranno immaginato ch'io dovessi un giorno colorire chi sa quante pagine eleganti negli album delle nostre più belle signore di moda. Invece tutte le mie prove stanno in quest'angolo remoto, su questa annerita e screpolata parete. Pure mi piacciono qui! Poveri disegni, senza pregio d'arte, fatti sol per affetto, ed accettati dall'affetto, gli è come se fossero al loro posto.

Ma l'alimento maggiore della nostra amicizia sta nell'effusione reciproca delle anime nostre. Quand'io le apro i mali della mia povera vita, ella m'intende, e la sua parola di pace è per me come quella di un angelo che mi fa buona e rassegnata.

Nove anni di solitudine e di meditazione hanno depurato il suo spirito, ed a misura che il corpo deperiva, s'è fatta più viva e più nobile la fiammella della sua intelligenza. Scintilla dell'alito divino, nel crogiuolo di tanti patimenti, ella splende sempre più serena

sulla cenere di sé stessa, e ogni di meno impigliata dal peso di questa misera creta, s'innalza a celesti visioni traendo forza dalla propria distruzione, come fiore che cresce nella terra dei sepolcri. Una mattina la trovai sola, e tanto assorta ne' suoi pensieri, che pareva non si accorgesse del mio venire. Il sole aveva di già superato il culmine della sua casuccia e dall'angolo superiore della finestrella le gettava sul letto un ultimo raggio. Ella, colla consueta sua verghetta di avornio, andava leggermente agitando gli atomi luminosi vaganti lungo quella zona di luce. Era pallida, e le stava negli occhi meditabondi così una profusione di malinconico affetto che a guisa di profumo le si diffondeva per tutta la faccia.

Me le assisi dappresso in silenzio, e quando mi vide:

– Oh! se sapeste – disse – che curiosi pensieri mi passano per la mente! Questa notte ho sognato che il Signore mi aveva concesso una grazia, e andava fantasticando tutto il bene che me ne verrebbe, se fosse possibile...

– Ti sei forse sognata – le chiesi – d'esser guarita?

– No, no – mi rispose con un mesto sorriso. – Sono tanto avvezza alla mia sorte, che questa speranza non mi viene più neanche in sogno. Ma mi pareva che avevano permesso al mio Luigi di sposare un'altra.

– Un'altra, Miutte! e n'eri contenta?

– Sì! contenta!... – Poi ripigliava: – Lo so, non è permesso, né io intendo mormorare di una legge santa, che se toglie un bene alla povera Miutte, impedisce chi sa quanti mali... Ma non sarà colpa se parlo con voi di questo sogno soave che a guisa di celeste benedizione, mi riconciliava colla mia tremenda disgrazia. Io amo Luigi! L'amo adesso più di quel giorno che voi ci vedeste insieme per la prima volta, alle nozze di mia cugina. Ma allora, nel fervore de' giovani anni, inesperta al dolore e piena il cuore di terrene speranze, io non avrei neanche saputo immaginarmi quel bene che oggi gli voglio. Senza accorgermi, più che per lui, io l'amavo per me, e non guardavo che a me. Adesso comprendo tutto il peso della indissolubile catena ch'egli strascina. Consumare la vita in incessanti fatiche per nutrire tre creature impotenti ad aiutarlo!... Mia madre sempre più vecchia, per la fanciullina verrà un giorno in cui dovrà abbandonarci, perché chi mai vorrebbe dividere tanta nostra mise-

ria? E così dinanzi agli occhi del poveretto non altra prospettiva che una vecchiaia famiglia propria e senza sostegno di sorta. Oh! per lui sarebbe pure stato meglio ch'io fossi a dormire colaggiù nel cimitero!... un'altra donna avrebbe fatto da madre alla mia Annetta, avrebbe diviso i travagli del derelitto, consolata la sua vita: sarebbero venuti insieme a pregare sulla mia fossa, ed io dal Cielo, oh! come li avrei benedetti! Qualche volta questo pensiero mi fa meno rassegnata, e nelle mie ore di malinconia mi viene la tentazione di desiderare e pregare di andarmene... Al Signore non piace, e sia fatta la sua volontà! Invece dell'augusta sepoltura, egli mi ha lasciata nella mia camera; invece delle tenebre, della solitudine, e della schifosa umidità della terra, io mi ho qui un buon letto, la vista della mia bambina, le cure e l'amore dei miei. Oh, se io potessi godere di questi beni senza che fosse continuo sacrificio e danno per essi! Bisognerebbe che tutto camminasse come se da lungo tempo io avessi finito... Già, in questo mondo, io più non sono che come una memoria... un'apparenza e null'altro! Se io fossi morta e voi avreste potuto dipingere la mia immagine, così come quella della Madonna che ci sta dirimpetto, e l'avreste regalata a Luigi, io son certa ch'egli avrebbe pianto di contentezza e l'avrebbe voluta qui, in questa camera, come un tesoro, a testimonio della sua vita, e a lei dinanzi gli sarebbe stato dolce pregare e parlare di me colla mia Annetta e con tutti i suoi cari! Qui, in questa camera, e invece la mia anima... Oh! se mi fosse dato essere spettatrice di un poco di bene, vedere intorno al mio letto una famigliuola felice, godere del loro affetto, partecipare a tutte le loro gioie, a tutti i loro dolori!...

E una lagrima le corse rapida lungo la guancia; ma i suoi occhi, animati da sorriso ineffabile, si fissavano nei miei con una tale potenza che io me li sentii nel cuore e per un momento la compresi. In quell'istante di reciproca emozione i pensieri ch'ella mi trasfondeva, a guisa di rugiada di pace, mi quietavano un'antica ferita che fino allora io avevo creduto insanabile. La mia anima volava incontro ad un'altra anima, ed un capo amato che non sarà più mio posava sovra il mio cuore, e io ne tergevo le lagrime e ne curavo i mali coll'affetto e coll'amicizia di una madre, senza ricordarmi di me... Povera Miutte! nel gran libro dell'amore tu, in quel giorno, m'insegnavi una nuova pagina, e forse la più bella! Percoto, 1972: 477-489).

## La enferma

Tenía un día malo. Me había levantado con el sol; pero el sol era melancólico; expandía sus rayos sobre el verde de los campos, tan entenebrecidos, tan lánguidos como si fuera la última caricia de un enfermo o la sonrisa de una esperanza que huye. El baluarte de los Alpes que rodea por tres lados la llanura de mi pueblo, se mostraba cercano, y todos los manantiales de los torrentes que la recorren, fumaban levantando grupos de nubes en forma de pirámide del Piave al ilirio Isonzo. También al lado de la marina empezaba a entenebrecerse, y esos vapores presagiaban amago evidente de lluvia.

Yo percibo el influjo de un día sereno, así como de uno tormentoso, y a menudo mis pensamientos perciben el color del aspecto exterior de la naturaleza que me rodea. Tal vez a eso se debía mi melancolía; y, como las nubes en la atmósfera, me caían encima los tristes recuerdos del pasado y con sus fantasmas me turbaban el corazón. Pensaba en muchos crueles desengaños, en la sonrisa mentirosa de muchos ídolos que habían alegrado mi pobre vida, y ahora desflorados de cada poesía se me presentaban en su desnuda realidad: pensaba en un último sueño cuyas amables visiones, similares a enamorados serafines que proceden de los pabellones de la Eternidad, me habían revoloteado el alma de alegrías celestiales, y al ser tocados por la desgracia desaparecían como el sol de ese día ya entenebrecido por las nubes. Sí: la desgracia había sido la piedra de toque que había quebrado el castillo dorado de una santa esperanza... y sentía toda la amargura de una decepción, como al infeliz que tiene guardado un tesoro para el día en el que lo necesite, y se lo roban, y entre las manos no le queda más que el mezquino e inútil envoltorio en que lo había depositado.

Lloviznaba; y mi alma se volvía cada vez más tenebrosa y desanimada y dolida de las contradicciones y de las humanas debilidades; y casi me parecía haber perdido la fe en el bien.

Una mujer me habló por un buen rato de la pobre Miutte, y supe con certeza, que ella me vería con gusto, que más bien desde hace mucho que me deseaba, y que mi visita no sería ni mal entendida ni acarrearía confusión o molestia de ningún tipo. Son

nueve años que ella padece clavada en una cama de la cual lamentablemente no saldría si no para entrar en el sepulcro. Os parecerá raro, que en todos esos nueve años no la haya visitado nunca. Hay dolores que envilecen a la vista de quienes no nos conoció felices, y por desdicha la última vez que vi a Miutte fue en un día de casamiento. En aquel entonces ella era una joven muy hermosa, tan hermosa como la esposa y quizá más feliz. Estaba sentada en el banquete, al lado de su joven novio, y dentro de pocos días a ella también le reservarían la alegría de ver consagrado su amor ante el altar, pero sin que por eso fuera obligada a abandonar a sus padres; que ella era hija única, y habían decidido casarla en casa, y las lágrimas de su prima para despedirse de sus parientes ella no las derramaría. Añadís, al no querer entrar en la casa del pobre en ese aspecto de autoridad, o de prepotente beneficencia que rompería con eso para siempre cada lazo de corazón, se necesitan modales muchos más delicados y más finos miramientos que no al cruzar el umbral de los ricos: y luego la desdicha también tiene su pudor, ya no está permitido enjugar las lágrimas de la mano incauta que una vez le ofendió.

Hacia ya unos años que había muerto el padre de la pobre Miutte; su niña había aprendido a conocerme, y todas las veces que la veía, corría espontanea para darme un beso: lo que poco a poco hizo que fuera amiga de su esposo y de su madre; y ahora ella misma, la enferma, me llamaba a su cama.

Fui enseguida pese a que lloviera. Una misera casilla de un jornalero, la escalera oscura y en mal estado, la habitación debajo de las tejas, con las vigas y con las paredes ennegrecidas por el humo de la subyacente cocina; no había otro mobiliario si no un taburete, un viejo cajón, dos recipientes de madera que servían de trastero y una Virgen de papel, pegada con el hostia a la pared, en la que colgaban cruzadas la rama de olivo pascual y la vela bendita; ella en su cama nupcial cubierta por una tersa sábana, cuya blancura hacía contraste con el tinte oscuro y tiznado de todo lo que tenía alrededor. Desde las ventanas abiertas se veía el verde de los campos, como una amplia alfombra a la que ponía frontera la risueña cadena de colinas que van de Buttrio a Manzano, y en el alféizar de una de esas ventanitas una cajita con tres balsaminas en flor, cuya

belleza inodora alegraba los ojos de la enferma sin ofender los nervios delicados y convulsos.

Me acerqué a su cabecera, y miraba conmovida hacia aquella pobre criatura, que yo recordaba haber visto en todo el resplandor de la juventud. Ella también se acordó de aquel día del casamiento y recordaba hasta sus detalles más pequeños, y hacía una comparación entre aquel entonces y su estado actual, pero con paz resignada; pero con una sonrisa en los labios que parecía el de una santa. Me contó del origen de su enfermedad. Ella se había convertido en madre casi al mismo tiempo que la joven esposa del banquete nupcial al que habían participado juntas. Era un invierno muy duro: soplaban de forma continua los vientos borrascosos, y por las calles la nieve llegaba hasta la rodilla. Su prima, menuda físicamente y de carácter muy delicado, no tenía leche suficiente para alimentar al bebé.

En casa de campesinos, que por su condición suelen considerar la fuerza y la salud como mérito, esta era una desgracia que arrojaba vergüenza sobre la pobre, que no había aportado como dote cualidades tan necesarias y apreciadas. Cada noche en secreto Miutte iba para amamantar a la hambrienta criaturita y para suplir la falta de la amiga a sus deberes de madre. Confiaba en su juventud y en su próspera robustez, aunque recién parida, atravesaba la nieve y con despreocupada generosidad se exponía a todo tipo de intemperie.

La continua fatiga trajo sus frutos. Demasiado pobres para recurrir a propósito a la medicina, usaron al principio unas sugerencias de ignorantes mujerzuelas, y solo cuando ya había perdido completamente el uso de las extremidades inferiores llamaron al doctor. Demasiado tarde e inútil cualquier intento.

—El buen doctor—, decía Miutte con esa sonrisa angelical, —el buen doctor hizo todo lo posible para curarme, y pese a que ya no haya esperanza de ningún tipo, lo mismo viene para visitarme, vino también el otro día. ¡Oh cómo me sienta bien verle! Quisiera ser una señora adinerada para poder demostrarle mi agradecimiento. Pero todos los días yo rezo por él y hago rezar a esa inocente niña. ¿No es verdad, Annetta?— Añadía dirigiéndose cariñosamente a la niña que, arrodillada en el taburete cerca de su cabecera, con gra-

cia infantil le estaba alisando el pelo. —Ahora yo soy la niña de mi Anetta. Ella me peina, me arregla las sábanas, me da de beber y de comer... porque ya no puedo mover las manos.

Era muy cierto. Ese mísero cuerpo entumecido, y todo junto como un ovillo, era incapaz de cualquier movimiento. Parecía la efigie de Hermes dolorida al que le habían mutilado todas las extremidades. La sábana levantada por dos palos para evitar que le tocara dejaba vislumbrar las costillas tullidas y levantadas hasta debajo de la barbilla, y sobre ese deforme tejido de huesos y músculos los brazos torcidos se apoyaban inmóviles, y solamente los dedos de la mano derecha podían aún agarrar una fina varita sin hojas, excepto que en la punta, que hacían de manojito para que ella pudiera levemente osear las moscas. No tenía más que la cabeza. Si bien esa cabeza seguía siendo hermosa. Incluso, a mis ojos, más hermosa que la última vez que la vi. Limpiamente peinada, había conservado todo el rico tesoro de su moreno y resplandeciente pelo; y en la frente serena parecía que se hubiese despertado una raya de fina y noble inteligencia que antes no estaba. El rosa de los cachetes se había atenuado, el brillo de las negras pupilas templado, la expresión de los labios, que no habían marchito aún, aunque más pálidos, se hizo más cariñosa, más gentil, toda su fisionomía había adquirido algo de etéreo, de espiritual.

Con cierta ingenuidad casi infantil ella me contaba de sus placeres. En este estado, en medio de todos esos sufrimientos, con todas esas privaciones, ¡me hablaba de placeres!... Tenía las ventanas siempre abiertas, porque decía que el olor de los campos venía para alegrarle y en su memoria le volvía a despertar las horas felices de sus días pasados; y por más que había pasado nueve años en esta tumba, todavía distinguía por la calle la voz de los transeúntes que conocía, y me comentaba con agradecimiento de un joven de su edad, el cual, cada vez que pasaba para ir al campo de al lado, le saludaba, y ella hacía buen rato que reconocía su forma de caminar, y se alegraba de aquel saludo como de regalo. Y rezaba para él y por todos sus seres queridos...

Tenía en su habitación un pollito domesticado de forma que acudía a su llamada y venía a picar en la cama.



—Es mi compañero de desdicha —decía—.

Este año mi madre ha conseguido una numerosa nidada y van a pastorear en la yerba; pero a éste lo he escogido yo, y está aquí prisionero conmigo, y me consuela en mis largas horas de soledad. Inmediatamente después tranquila: —Yo también tengo mis lujos —añadía—. Mientras tanto cada día quiero una varita nueva para cazar las moscas, y sin ningún miramiento mando a recogerlas del seto cercano, y los dueños no se oponen porque se trata de la Miute. Habrá que ver cuando viene el cura a verme, o cuando me traen la comunión: para aquel entonces quiero en la cama mis preciosas sábanas blancas, y me hago colocar en el cuello un pañuelo que me compró en Palma mi pobre marido; un pañuelo que le encantaría a cualquier mujer, por ser de muy buen gusto... y ¡yo amo las cosas bellas y los colores bonitos!... ¡Si vieseis como la Annetta me llena de flores la habitación en esos días! Pero de flores de campo, de flores inocentes que no tienen fragancia, porque los olores no los puedo aguantar. ¡Oh!... a propósito de la comunión, hacedme una gracia: veniros también vosotros el domingo a acompañarla, y arrodillaros aquí cerca de mi cama, con vuestro candil en la mano, ¡y rezaremos juntos!

Se lo prometí. Su madre mientras tanto me contaba de su angélica bondad, y de cómo sufría siempre sin quejarse, y de cómo estaba contenta, y que en la temporada de los trabajos ellos a veces iban a los campos y la dejaban sola muchas horas, y pasaba que en el fervor de las tareas se olvidaran de ella, y ella sufrió de sed, y nunca llegó por eso un reproche; siempre a su regreso la encontraban dichosa.

Ella se dio cuenta de esas cualidades, y alarmada:

—Mi madre es indulgente —dijo— ¡y ya no recuerda que al principio era muy mala! ¡Oh! Yo lloraba, lloraba todo el día y no podía resignarse... pero su cariño me sirvió de alivio. Mi pobre hombre trabajaba todo el día para mantenernos, y no ha querido nunca ir a dormir fuera de aquí, se pasaba a veces, sin embargo, noches enteras asistiéndome... y ellos se preocupan de que no me falte nada. ¡Hasta el café! ¿Sabéis que, cuando Salvina tuvo el último ternero, bebí café con leche cinco veces por lo menos! ¡Y cómo me gusta! Me estoy acostumbrando cada vez más a la vida de señora

y a vuestras atenciones. Solo una cosa me aflige: no poder mover ya las manos para hacer ningún trabajo. Y mientras tanto Annetta crece, y no hay quien le enseñe ni a coser, ni a tejer, porque mi madre, aparte de que no tiene tiempo, ya ha envejecido y los ojos no le funcionan.

—Oye, Miutte —le dije— está por llegar el invierno, y desde que el sol se pone hasta que te acuestes hay muchas horas de ocio; ¿quieres que Annetta se venga conmigo para que le enseñe a hacerle los calcetines a su padre, a coser una camisa, y, si estás contenta, un poquito a leer?

—¡A leer! —gritó la niña, y corrió a mis brazos, y en la ingenuidad de su cariño quería que yo la besara. La madre no contestó, pero le temblaban los labios y lloraba aliviada.

Cuando volví a verla, la pequeña Annetta vino hacia mí toda contenta con un cuaderno de trapo que había cosido, ¡y en su ingenuidad creía que yo tuviera la capacidad de animar para ella de repente esos pobres trapos blancos y que le dijeran quién sabe Dios qué cosas!

En mis días de dolor a menudo visito esa pobre casita, y de ella vuelvo siempre con el corazón apaciguado. Nos hemos hecho amigas, pero no de esa amistad que los beatos del mundo creen que a veces pueden comprar el corazón del pobre dándole alguna moneda de su superficialidad. Yo no soy rica, pero, aunque lo fuera, considero que el oro para aquella alma delicada sería un peso villano que, en lugar de reforzar el cariño, lo rompería.

Sí: de vez en cuando le llevo algunas de esas atenciones, como ella las llama. Os reiríais si vierais en qué consiste esta curiosa caridad. A veces es un trapo barato, pero de colores, con un dibujo variopinto y coqueto lo más posible para la pequeña Annetta. Otras veces es una pieza de fruta, o un rosco para la enferma, o una ración de alguna comida que no conoce. Un día, con la excusa de enseñarle a la niña a hacer el café, le llevé dos vasitos de cristal de colores, uno con azúcar y otro con aromático café molido, una taza y los utensilios necesarios. ahora estoy dibujando para ella. Primero una Virgencita, a la que le he mandado a hacer un marco, y la colgaremos frente a la cama. Luego, dependiendo de lo que me salga, flores, mariposas, pajaritos y follaje que pegamos con oblea

para tapar las paredes ahumadas, que ella agradece mucho porque las hago con mis manos.

Cuando me educaron, estaba de moda que las jovencitas aprendieran un poco de dibujo. Decían que para adornar el espíritu; y la bella frase, en esos tiempos, incomprendida, me animaba para rellenar los cartones de líneas más o menos correctas y para extender de manera extravagante las pinturas que más se me antojaban; y, pese a que el mérito principal de esos garabatos fuera todo de mi cajita de colores refinados, me loaban y yo me sentía casi una artista. Más tarde, cuando salí del convento, me di cuenta de la inutilidad de esos estudios incompletos, y de que solo era una mísera apariencia como muchas con las que completan la educación femenina; aprendí que eran trucos para el peinado más que verdaderos conocimientos u ornamentos para el espíritu, como se atrevían a decir.

Tiré el pincel inútil, y nunca más lo volví a coger, sino para Miutte. Se imaginarían que yo un día dibujaría quién sabe cuántas páginas elegantes en los álbumes de las más bellas señoras nuestras de la moda. En cambio, todas mis pruebas se encuentran en este rincón remoto, en esta pared ennegrecida y desconchada. ¡Y me gustan aquí! Dibujos pobres, sin valor artístico, hechos tan solo por cariño y aceptados con cariño, es como si estuvieran en su lugar.

Pero el mayor alimento de nuestra amistad se halla en la efusión recíproca de nuestras almas. Cuando yo me abro con ella y le cuento mis males, ella me entiende, y su palabra de paz para mí es como la de un ángel que hace que sea buena y resignada.

Nueve años de soledad y de meditación han depurado su espíritu, y, conforme su cuerpo iba consumiéndose, ha ido avivándose y haciéndose más noble la llama de su inteligencia. Chispa de aliento divino, en el crisol de tanto sufrimiento, ella resplandece cada vez más serena sobre la ceniza de sí misma, y cada día está menos enmarañada por el peso de esta mísera creta, se eleva a visiones celestiales sacando la fuerza de su destrucción misma, como una flor que crece en la tierra de los sepulcros.

Una mañana me la encontré sola y tan absorta en sus pensamientos que parecía no darse cuenta de mi llegada. El sol ya había

superado el tejado de su casita y por la esquina superior de la ventana la arrojaba sobre la cama el último rayo. Ella, con su vara de fresno de siempre, agitaba ligeramente los átomos luminosos vagantes en esa zona de luz. Estaba pálida, y en sus ojos meditabundos había una profusión tan melancólica de cariño que se difundía por su rostro como un perfume.

Me acerqué silenciosamente y cuando me vio:

–¡Oh! Si supieses –dijo– ¡qué ideas tan curiosas se me ocurren! Anoche soñé que el Señor me había concedido una gracia, y estaba fantaseando con todo lo que me beneficiaría, si fuese posible...

–¿Soñaste a lo mejor –le pregunté– que te habías curado?

–No, no –me contestó con una sonrisa afligida–. Estoy tan acostumbrada a mi condición que esta esperanza no se me ocurre ya ni siquiera en sueños. Pero me parecía que le habían permitido a mi Luigi casarse con otra.

–¡Con otra, Miutte! Y, ¿estabas contenta?

–¡Sí! ¡Contenta! –y añadió– Lo sé, no está permitido, ni tengo intención de discutir una ley santa que, si le quita un bien a la pobre Miutte, impide quién sabe cuántos males... Pero no se trata de una culpa si hablo contigo de este sueño suave que, como una bendición celeste, me reconciliaba con mi tremenda desgracia. ¡Amo a Luigi! Lo amo ahora más que aquel día en el que nos viste juntos por primera vez, en la boda de mi prima. Pero entonces en el fervor de la juventud, desconocedora del dolor y con el corazón lleno de esperanzas terrenas, no hubiese ni siquiera podido imaginar ese amor que hoy le tengo. Sin darme cuenta, más que a él, yo me amaba a mí, ¡y no me preocupaba que por mí! Ahora comprendo todo el peso de la indisoluble cadena que arrastra. ¡Gastar la vida en incesantes esfuerzos para alimentar a tres criaturas incapaces de ayudarlo! Mi madre cada vez más vieja; una niña que un día tendrá que dejarnos, porque ¿quién podría querer compartir con nosotros tanta miseria? Y así, ante los ojos del pobrecito no queda otra perspectiva que la de una vejez sin una propia familia y sin ningún tipo de ayuda. ¡Oh! ¡Para él sería mejor que yo estuviese durmiendo en el cementerio! Otra mujer le haría de madre a mi Annetta, compartiría las dificultades del melancólico, consolaría su vida: vendrían juntos a rezar sobre mi tumba, y yo desde el Cielo, ¡oh! ¡Cómo los

bendeciría! A veces este pensamiento hace que me resigne menos, y en mis horas de melancolía me entra la tentación de desear y rezar por irme... Al Señor no le gusta, ¡y hágase voluntad! En lugar de la angosta sepultura, me ha dejado en mi habitación; en lugar de las tinieblas, de la soledad y de la asquerosa humedad de la tierra, tengo una buena cama, a mi niña, los cuidados y el amor de los míos. ¡Oh, si yo pudiese gozar de estos bienes sin que fuese un sacrificio constante y un daño para ellos! Sería necesario que todo siguiera como si desde hace mucho tiempo yo me hubiese ido... Ya, en este mundo no soy más que una memoria... ¡una aparición y nada más! Si yo me hubiese muerto y tú hubieses podido pintar mi imagen, como la de esa Virgen que está frente a nosotras, y se la hubieses regalado a Luigi, estoy segura de que él habría llorado de alegría y la habría querido aquí, en esta habitación, como un tesoro, como testimonio de su vida, ¡y ante ella le hubiese sido grato rezar y hablar de mí con mi Annetta y con todos sus seres queridos! Aquí, en esta habitación, y en cambio mi alma... ¡Oh! Si pudiese ser espectadora de un poco de bien, ver alrededor de mi cama a una familia feliz, gozar de su cariño, ¡compartir todas sus alegrías y todos sus dolores!

Y una lágrima cruzó rápidamente su mejilla; pero sus ojos, iluminados por una sonrisa inefable, fijaban los míos con tal fuerza que yo me los sentí en el corazón y por un momento la entendí. En aquel instante de recíproca emoción los pensamientos que ella me transmitía, como un rocío de paz, curaban una vieja herida que hasta aquel entonces yo había creído incurable.

Mi alma volaba hacia otra alma, y una cabeza amada que ya no será mía estaba apoyada sobre mi corazón, y yo le secaba las lágrimas y le curaba los males con el cariño y la amistad de una madre, sin acordarme de mí...

¡Pobre Miutte! En el gran libro del amor tú, aquel día, me enseñabas una nueva página, ¡probablemente la más bella! (T. de los A.).

## La moglie (1854)

Persone distinte sotto ogni aspetto, la parte più eletta dei giovani eleganti, e numerose signore già da qualche ora affluivano alla casa del conte Battista, ché gl'inviti della Cecilia venivano sempre accettati con gioia, perché tutti amavano la Cecilia; e sebbene fosse bella, ricca e fortunata, non v'era chi le portasse invidia, tanto i suoi modi erano gentili ed improntati di quella schietta e cara modestia che sa fruire dei piaceri altrui più che de' propri. Sapevano le signore che ella sarebbe stata cordialmente contenta di trovarle belle e di vederle brillare, e perciò, quasi a compenso, venivano in sera a farle corteggio e ad accrescere così della festa che il marito le aveva consacrata.

Trattavasi di una città di provincia, e, più che il compassato cerimoniale d'etichetta, avresti notato una certa affettuosa disinvoltura di modi, che ti palesava subito come cotesto più che altro era un lieto convegno di amici; non mancava peraltro il lusso, la ricchezza e il buon gusto negli abbigliamenti; la sala particolarmente era arredata con molta leggiadria, scelta la musica, e una profusione di lumi e di fiori, sicché la festa prometteva di farsi oltremodo brillante. Il conte Battista, unico erede di una vistosa fortuna, s'era ammogliato assai giovane, e amava teneramente la sua bella e graziosa compagna. Il suo più dolce pensiero era di farle cara la vita e d'indovinarne ogni desiderio. E la vita, nei due brevi anni dacché si erano uniti, volava per essi tutta intrecciata di rose.

Era in occasione di questa festa, ch'egli aveva fatto dipingere la sala e acquistate alcune mobiglie di squisito lavoro, eseguite da un bravo artefice del paese; e compiacevasi dei giudizi degli amici venuti ad ammirare il buon gusto di quelle sue nuove ricchezze, ma nel secreto del suo cuore un'altra gioia si aveva riserbata. Sapeva che la Cecilia aveva fissato di comparire in quella sera in un leggiadro abbigliamento all'orientale: or egli, al momento che si vestiva, le aveva fatto trovare sulla sua toeletta un bel finimento di corallo che completava in maniera veramente magnifica quel novello capriccio della moda. E la Cecilia in così fatto costume appariva più che mai attraente: aveva qualche cosa della poesia delle odalische; trasportava coll'immaginazione ai sogni delle mille ed una

notte. Ei la vedeva accarezzata dagli occhi di tutti, mentre con una semplicità e disinvoltura piena di grazia faceva gli onori di casa, le accoglienze alle amiche, ed apriva ella stessa la danza; ma la ricompensa che in suo cuore s'aveva ripromessa non veniva. – Ella accoglieva sempre colla gioia e colla gratitudine d'una fanciulla la menoma attenzione del marito; e quegli occhi sereni, che gli dicevano senza mistero tutta la contentezza della sua anima innocente, e l'ilarità, e l'affettuosa espressione di quella cara fisionomia lo riconducevano a' suoi anni più giovani, ed era uno dei beni di che la provvidenza gli tenea consolata la vita.

Ma questa volta, o non aveva aggradito, o qualche spina secreta s'era fitta in quel cuore. Forse che la vivacità dei colori dell'abbigliamento le togliessero il brillare della consueta sua tinta, gli pareva pallida, e negli occhi pensierosa e come contristata, e forzato il sorriso e perfìn la voce velata da una malinconia ch'ella indarno cercava superare.

Era più bella del consueto, ma d'una bellezza austera e meditata che rivelava od una sofferenza, od una lagrima. Si ricordò allora che gli parve così mutata fin dal giorno innanzi. Per gli apparecchi della festa aveva voluto recarsi alla campagna onde scegliere i più bei fiori della ricca serra che ivi tenevano. Era partita allegrissima: aveva mille progetti, di ghirlande, di mazzolini simbolici per le amiche, ch'ella stessa intendeva comporre e regalare; gli aveva su questo argomento tenuto così bizzarri propositi! folleggiava come fanno i fanciulli... Tornò coi cristalli della carrozza ermeticamente chiusi, e discese mesta e impallidita, come se i tanti fiori che la circondavano l'avessero fatta languire coi loro troppo vivaci effluvi: così almeno aveva egli interpretato; e attribuì alla stanchezza del viaggio se lasciò che altri l'intrecciassero, e se parve dappoi poco curarsi del tanto vagheggiato festino. Ma ora vedeva la cosa sotto un altro aspetto, e pativa; e le più strane supposizioni gli facevano un tormento di quegli istanti che aveva creduto consacrare alla gioia. Appena partite le signore, ella si era ritirata nella sua stanza da letto. Alcuni amici trattenevano ancora il conte, che non sapeva più come dissimulare l'angustia che lo amareggiava. Quando alla fine fu libero, risolse di subito chiarirsi. Dopo il suo matrimonio, era questa la prima nube che veniva a turbare la sua felicità; voleva dirarla

a costo anche di trovarci sotto il dolore. – Salì le scale mortalmente agitato, ed aperta con precauzione la porta, rimase un istante perplesso sulla soglia.

La campana d'alabastro, nascosta dietro le ampie cortine della finestra, mandava una luce così debole, che non avrebbe concesso di rilevare gli oggetti, se non fosse stata riflessa dalle candide pareti e dar. mobili tutti candidi di quel nitido santuario.

Ell'era coricata, e posava sugli origlieri come se avesse dormito. Si appressò in punta di piedi. Era pallida fuor di misura, dalle chiuse pupille trapelavano le lagrime, e sulla sua faccia estenuata passava senza sospetto il dolore dell'anima, come se le fosse stata dinanzi qualche amara visione. Allorché sentì vicino l'alito di lui, si riscosse, gli stese le braccia e con un sorriso che finiva in pianto, nascose sul suo petto la fronte coperta di rossore.

– Ma che cosa è avvenuto? ma perché queste lagrime, buono Iddio?... diss'egli, accarezzandola e raccogliendo colla mano le lunghe ciocche de' suoi capelli disciolti.

– Se tu sapessi, Battista, quel che ho veduto!... ti parrà una fanciullaggine... ma io non posso aver pace... sento qui nel cuore come un rimorso continuo...

E quando la presenza e l'affetto di lui l'ebbero alquanto rasserenata:

– O amico mio! – ripigliava, – io ti ho sempre detto tutti i miei pensieri: anche quelli che qualche volta ti fanno sorridere e trattarmi da fanciulla... perché tu sei buono e raddrizzi le mie idee, e la tua parola indulgente, e il bene che ci vogliamo, m'insegnano a farmi degna di te. E anche ieri, subito tornata dalla campagna, ti avrei detto tutto... ma mi pareva crudeltà turbar colle mie fantasie l'allegria della festa che tu mi avevi preparata, e ho creduto di saper dissimulare...

– Oh sì! come se io non ti conoscessi!... Ma non sai tu, ch'io leggo su questa cara fronte e in questi occhi benedetti tutta l'anima tua, e che tu non puoi patire senza ch'io divida le tue lagrime? O Cecilia mia, cavami di pena! dimmi che cosa è accaduto, così colla confidenza e colla schiettezza di tante altre volte...

– Or bene: sono andata in campagna per la provvista dei fiori. Sapeva delle camelie così ricche questo anno, e degli achimenes



fioriti tutti, anche le ultime varietà che tu facesti venire e che non aveva peranco vedute. Ero così contenta, che non mi sono neppure accorta del freddo grande che faceva, e poi ben vestita, avvolta nella mia pelliccia, sui soffici cuscini d'una carrozza ben chiusa, colle mani nel manicotto, che m'importava del freddo? Oh il freddo non è per noialtri signori! Attraverso de' miei impenetrabili cristalli io godeva della vista del cielo, del sole nascente, dei campi tutti inargentati di pruine, e fantasticava ai ghiribizzi dei mazzolini che voleva comporre. Ero tanto beata e tanto immersa in cotesti miei progetti, che non mi sono neanche mai ricordata del povero Antonio che stava sulla cassetta, e che non avrà certo trovato piacevole il capriccio di quella mia gita così mattutina. Arrivo, e non trovo né Valentino, né le chiavi della serra. Intanto che cercavano, la gastalda mi dice, che sarà facilmente ho a far un po' di compagnia alla Margherita ch'è malata da un mese, e la cui figlia egli intende sposare. La Margherita, quella buona donna che ti ha allattato, e che ti vuoi tanto bene, come se fosse tua madre... Allora mi viene in capo: voglio andarla a trovare. Mi vedrà volentieri, io pensava, e poi le dirò di Battista, le dirò ch'egli ha gradito i funghi portatici a regalare queste vendemmie... perché mi ricordava d'averla veduta più d'una volta con un cestellino di funghi, e che dimandava di parlare con te; ma tu allora eri impedito, volevo...

– E volevi, – diss'egli, – riparare la mia trascuranza, compiere per me a un dovere verso quella povera donna, colla tua delicata cortesia rimediare alla ma spensierataggine... Ma ti giuro, Cecilia, non è stato per alterigia o per mancanza di cuore! gli è proprio che a noialtri uomini occupati di mille impicci, certe piccole attenzioni ci sfuggono...

Ella gli pose la mano sulla bocca e fattasi rossa continuava:

– Volevo recarle conforto e aprirmi l'adito di offe ride qualcosa, ecco tutto. Mi feci dunque accompagnare alla sua casa. In cucina facevano la polenta; un fumo d'affogare, e se aprivano, il vento rapiva i tizzi e li ruzzolava sullo spazzo. Non ti so dire l'orrore di quella negra e sucida caverna! Salii una scaletta diroccata, e davvero ho creduto accopparmi, perché i gradini in più luoghi mancavano, e taluni tanto fracidi da non osare a fidarvi sopra il piede. La stanza della malata, sotto a' coppì a e al disopra della

cucina, e nera come la cucina, perché le tavole in più d'un sito rotte proprio affatto lasciano trapelare il fumo, che tormenta e fa tossire la poveretta che è affetta da mal di petto... Oh Dio mio! e pensare che quella è casa nostra, e che sono nostri affittuali... Delle finestre non ti parlo, senza vetri già si sa; sicché la meschina, che è la inchiodata in letto da più d'un mese, non ha neppure il conforto della luce.

– Ma perché non avvisano il fattore di cotesti disordini? – sclamò il conte annuvolato.

– Ho detto anch'io la stessa cosa, ma sai quel che risposero? Gli è, – soggiuns'ella in un tuono sommesso come se titubasse, – gli è che la casa della Margherita in tale deplorabile stato, tra quelle dei nostri coloni non è mica la sola, e a far tutti i restauri che sarebbero proprio di prima necessità per quella povera gente, bisognerebbe, amico mio, che noi avessimo il coraggio di rinunciare a buona parte di cotesto vano lusso che ci circonda.

Stettero entrambi alcuni istanti in silenzio.

– Oh! ripigliò ella, – se tu sapessi quel che mi diceva questa sera la musica del nostro festino, i gioielli e la seta di cui io era coperta, i profumi di quei nostri tanti fiori!... E anche adesso qui in questa stanza riccamente addobbata, in mezzo a una profusione finissimi lini, di ricami, di mille costosi oggetti... veggo sempre la Margherita... la sento tossire, e mi pare che si tratti di nostra madre...

– Non facciamo esagerazioni, Cecilia! Puoi credere che se avessi soltanto immaginato tale miseria, io avrei voluto ripararla ad ogni costo... Poi il lusso che tu adesso condanni, sai tu a quante famiglie si fa per nostro mezzo sorgente di onorati guadagni?

– Tutti questi argomenti che ci scusano sono passati anche per la mia mente, e benché io non sappia tirare le conclusioni come voialtri fate, capisco che non sarebbe giusto rifiutar ogni agiatezza, perché v'è chi patisce... Ti ricordi quando mi conducesti a vedere il giardino inglese e il parco dei conti N.?

– Fu uno dei più bei giorni della mia vita. Tu eri allegrissima e trovavi così ameni quei luoghi!

– E tu pensasti subito ad erigere una serra e a modellare il nostro giardino sul gusto di quello che mi aveva tanto piaciuto! Allora

rimodernata la casina, aperta sul tetto una terrazza, in fondo al viale il chiosco, il boschetto d'inverno, il parco, la corte d'ingresso; per tua cura tutto fu nuovamente abbellito. A ogni gita che facevo, trovavo sempre qualche sorpresa. Una volta fu l'acquicella che co' suoi graziosi rigiri e colle sue cascatelle era venuta come a dar l'anima a que' siti; un'altra la collinetta, e poi la grotta, e poi le artificiose rovine del castello gotico, che tu stesso inventasti, e il cui modello in sovero deve averti costato molte ore di paziente fatica, eppure io non me ne accorsi, se non nel giorno in cui, già tradotto in pietra, mi si presentò A l'improvviso di mezzo al verde, e pareva che una fata lo avesse fatto balzare dal seno della terra...

– Io mi ricordo, Cecilia, – soggiunse egli fissandola con dolce emozione e passando il braccio dietro a' guanciali di lei, – io mi ricordo di tutte le care ed affettuose parole che tu mi dicesti in quel giorno! Eravamo assisi l'uno presso dell'altro sul fusto rovesciato dell'antica colonna che ho fatto venire dagli scavi di N.; alcune roselline selvatiche crescevano tra i rottami del capitello, e il salice che ci faceva ombra, mosso dalla brezza, pareva inchinarsi a baciarle. Era assai lieta la sera, e i placidi raggi del sole che tramontava, intersecati dal verde, ti circondavano di una luce così fantastica...

– Adesso, siccome allora, io sento tutto il valore dell'instimabile tesoro che il signore mi concesse nel darmi cotesto tuo cuore! Non mi sfugge nessuna delle tue delicate premure, nessuna delle tue continue attenzioni... Veggo tutto il bene che tu mi vuoi... Pure, Battista, invece di esserti grata, io ti ricambio oggi coll'amareggiarti... Gli è che dopo quel che ho veduto co' miei propri occhi, mi pare che noi siamo cattivi! e che io ne ho la colpa, perché fin adesso non ho pensato che a godere ... Oh, se, invece di contentare i miei capricci, tu avessi speso quel denaro nelle case dei nostri poveri coloni!

– Erano lavori di lusso, – diss'egli; – hanno peraltro impiegato molte braccia, e dato il pane a molte famiglie...

Ma alla Cecilia pareva, che se quegli operai, invece di costruire una grotta, un castello, i chioschi, e i tanti abbellimenti del suo giardino, avessero lavorato nelle case dei contadini, il loro pane sarebbe venuto fuori allo stesso, e non poteva quietarsi, e finché

v'era tra' suoi affittuali chi pativa di freddo, o mancava di spazio, quelle tante vanità della moda che le stavano d'intorno, le pesavano sul cuore, e sentiva rimorso de' suoi divertimenti come se fossero stati procacciati col sangue e colle lagrime del povero. Parlarono a lungo, e in quella stessa notte stabilirono di migliorar subito l'abitazione della Margherita. Colla sollecitudine e colle delicate attenzioni di due figli affettuosi provvidero a tutti i suoi bisogni, e la buona donna, che li aveva sempre amati con viscere di madre, nel vedersi adesso contraccambiata, godeva di tanta felicità, e non sapeva più neanch ricordarsi della passata trascuranza. Dopo quella festa, la casa del conte Battista assunse come una specie di aspetto severo. Comparivano di rado ai pubblici spettacoli, e la toeletta della contessa s'era fatta più semplice e più modesta. In quella vece, appena comparsa la primavera, stabilirono il loro soggiorno alla campagna, e il villaggio cresceva e ringiovaniva a colpo d'occhio: diverse fabbriche nuove erano sorte come per incanto, le vecchie venivano riattate, in poco tempo spirava in quei dintorni come un'aria di agiatezza e di ben essere che consolavano il cuore. Era bello allora per la Cecilia, goder del lusso di che la circondava l'amore del marito, e le loro gioie s'erano fatte più pure e più serene, perché sentivano entrambi d'essere benedetti ed amati (Percoto, 1972: 461-470).

### **La mujer**

Personas distinguidas en todos los aspectos, la parte más selecta de los jóvenes elegantes y varias señoras afluían ya desde hacía horas a la casa del conde Battista, ya que las invitaciones de Cecilia siempre eran aceptadas con mucha alegría, porque todos amaban a Cecilia; y, pese a que fuera guapa, rica y afortunada, no había quien sintiera envidia de ella, puesto que sus modos eran gentiles y estaban caracterizados por esa modestia amable y sincera de quien sabe gozar de los placeres de los otros más que de los propios. Las señoras sabían que ella estaría muy contenta de que se pusieran guapas y de que brillaran y, por lo tanto, casi por compensación, acudían a esa velada para cortejarla y acrecentar así la alegría de la fiesta que el marido le había dedicado.

Se trataba de una ciudad de provincia y, más que el mesurado ceremonial de etiqueta, se notaría una cierta cariñosa desenvoltura en los modales, se veía en seguida que esto más que nada era una agradable reunión entre amigos; no faltaba por otra parte el lujo, la riqueza y el buen gusto en los vestidos; el salón especialmente estaba decorado con mucha galanura, se había elegido la música y una profusión de luces y de flores, con lo cual la fiesta prometía convertirse en algo brillante.

El conde Battista, el único heredero de una considerable fortuna, se había casado muy joven, y amaba tiernamente a su hermosa y amable compañera. Su más dulce pensamiento era el de hacerle agradable la vida y el de adivinar cada uno de sus deseos. Y la vida, en los dos breves años desde que estaban juntos, iba para ellos entre rosas.

En ocasión de esta fiesta, él hizo pintar el salón y compró algunos muebles con un labrado exquisito, realizados por un buen artesano del pueblo; y se complacía con las opiniones de los amigos que habían venido a admirar el buen gusto de sus nuevas riquezas, pero en lo más profundo de su corazón albergaba otra alegría. Sabía que Cecilia había decidido aparecer en esa velada con un agraciado atuendo oriental: por lo que él, mientras se vestía, le había hecho encontrar en su tocador un bonito detalle de coral que completaba de manera verdaderamente magnífica ese nuevo capricho de la moda. Y Cecilia, con ese traje parecía más atractiva que nunca: tenía algo de la poesía de las odaliscas; llegaba con la imaginación a los sueños de las mil y una noche. El veía cómo los ojos de todo el mundo la acariciaban, mientras con una sencillez y una soltura llena de gracia hacía los honores, recibía a las amigas y abría ella misma la danza; pero la recompensa que en su corazón se había prometido no llegaba. Ella acogía siempre con el júbilo y la gratitud de una muchacha la más mínima atención del marido; y esos ojos serenos, que le comunicaban sin misterio toda la alegría de su alma inocente, y la hilaridad, y la cariñosa expresión de esa amada fisonomía lo llevaban a sus años juveniles, y era uno de los bienes con los cuales la providencia consolaba su vida.

Pero esta vez, o no había agradecido, o alguna espina secreta se había clavado en ese corazón. A lo mejor la viveza de los colores de

su traje le quitó el brillo de su color habitual, la presentaba pálida, preocupada en la mirada y afligida, forzada en la sonrisa y velada por una melancolía en la voz que ella intentaba superar en vano.

Estaba más guapa que de costumbre, pero de una belleza austera y meditabunda que revelaba o un sufrimiento, o una lágrima. Se acordó entonces de que estaba así desde el día anterior. Para los preparativos de la fiesta había querido ir al campo para elegir las flores más bellas que tenían en su rico invernadero. Se había marchado muy alegre: tenía miles de proyectos, guirnaldas, ramitos simbólicos para las amigas, que ella misma tenía intención de preparar y regalar; ¡sobre este tema le había contado propósitos muy extravagantes! Enloquecía como hacen los jóvenes... Regresó con las ventanillas de la carroza herméticamente cerradas, y bajó mustia y pálida, como si todas las flores que la rodeaban la hubiesen aturrido con su perfume demasiado intenso: esto es lo que por lo menos él había deducido; y atribuyó al cansancio del viaje al hecho de que dejara que los demás prepararan los ramitos y que después no se preocupara mucho por la fiesta tan anhelada. Pero ahora veía la cosa bajo otro punto de vista y sufría; y las más extrañas suposiciones hacían que fueran un tormento esos momentos que creía haber consagrado a la alegría. Apenas se fueron las señoras, ella se retiró a su aposento. Algunos amigos se entretenían todavía con el conde, que ya no sabía cómo disimular la angustia que lo amargaba. Cuando por fin se quedó libre, decidió aclararlo todo enseguida. Desde su boda, esta era la primera nube que llegaba a ensombrecer su felicidad; quería despejarla aún a costa de encontrar el dolor. Subió las escaleras mortalmente agitado y, después de haber abierto la puerta con precaución, se quedó un instante perplejo en el umbral.

La campana de alabastro, escondida tras las amplias cortinas de la ventana, emanaba una luz tan débil que no le permitiría adivinar los objetos de no haberse reflejado por las candidas paredes y todos los muebles cándidos de ese nítido santuario.

Ella estaba acostada, y apoyada sobre la almohada como si durmiera. Se aprestó de puntillas. Estaba excesivamente pálida, de las pupilas cerradas filtraban las lágrimas, y en su rostro extenuado pasaba sin sospechas el dolor del alma, como si tuviera delante alguna visión amarga. Cuando sintió cerca su aliento, se despertó,

le tendió los brazos y, con una sonrisa que terminaba en llanto, escondió en su pecho la frente sonrojada.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Por qué estas lágrimas, Dios mío? —dijo él, acariciándola y recogiendo con la mano los largos mechones de su pelo suelto.

—Si tú supieras, Battista, ¡lo que he visto! Te parecerá una tontería... pero yo no puedo resignarme... siento aquí dentro del corazón como un remordimiento continuo...

Y cuando la presencia y el cariño de él la tranquilizaron bastante:

—¡Oh, amigo mío! —retomaba—, yo siempre te he contado todos mis pensamientos: también los que a veces te hacen sonreír y tratarme como una niña... porque tú eres bueno y me aclaras las ideas, y tu palabra indulgente y el amor que nos tenemos me enseñan a ser digna de ti. Y también ayer, en cuanto volví del campo, te hubiera contado todo... pero me parecía cruel perturbar con mis fantasías la alegría de la fiesta que me habías preparado, y creía saber disimular...

—¡Ah, sí! ¡Como si yo no te conociera! ¿Pero tú no sabes que yo leo en esta frente y en estos ojos benditos toda tu alma, y que tú no puedes sufrir sin que yo comparta tus lágrimas? Cecilia mía, ¡sácame de este sufrimiento! Dime qué te pasó, con la misma confianza y con la misma sinceridad...

—Pues bien: fui al campo para recoger las flores. Sabía que este año había camelias muy bonitas, que los achimenes habían florecido y que tú habías hecho llegar variedades sin haberlas visto. Estaba tan contenta que ni siquiera me di cuenta del frío que hacía y además, envuelta en mis pieles, sobre los blandos cojines de una carroza bien cerrada, con las manos en el manguito, ¿qué me importaba del frío? ¡Ah, el frío no nos atañe a los señores! A través de mis ventanillas impenetrables yo gozaba de la vista del cielo, del sol que surgía, de los campos plateados con pruinas, y fantaseaba con los caprichos de los ramitos que quería componer. Estaba tan dichosa y tan ensimismada en mis proyectos que ni siquiera me acordé en ningún momento del pobre Antonio que estaba en el pescante y que seguramente no apreciaría el capricho de mi excursión matutina. Llego y no encuentro ni a Valentino ni las

llaves del invernadero. Mientras lo buscaba, la encargada me dijo que probablemente se habría ido a hacerle compañía a Margherita, que lleva enferma un mes, y con cuya hija se va a casar. Margherita, esa buena mujer que te amamantó y que te quiere tanto, como si fuese tu madre... Entonces se me ocurre: quiero ir a verla. Me recibirá con mucho gusto, pensaba, y luego le hablaré de Battista, le contaré que él ha agradecido las setas que nos regaló durante las vendimias... porque recordaba haberla visto más de una vez con una canastilla de setas, pidiendo hablar contigo; pero por aquel entonces tú estabas ocupado y quería...

—Y querías... —dijo él— proveer a mi descuido, cumplir en mi lugar con una obligación hacia esa pobre mujer, remediar con tu delicada cortesía mi olvido... Pero te juro, Cecilia, ¡que no ha sido por altanería o por falta de corazón! Es que a los hombres ocupados con miles de cosas ciertas pequeñas atenciones se nos escapan...

Ella le puso la mano sobre la boca y, sonrojada, siguió:

—Quería confortarla y tener la oportunidad de ofrecerle algo, eso es todo. Por lo tanto, me hice acompañar a su casa. En la cocina preparaban la polenta; había un humo que te ahogabas y, si abrían, el viento robaba los tizones y los hacía rodar por el suelo. ¡No te sé explicar el horror de esa cueva negra y sucia! Subí por una escalera ruinosa y de verdad creí matarme porque faltaban varios escalones y algunos estaban tan podridos que no me atrevía a apoyar el pie. La habitación de la enferma, debajo del techo y sobre la cocina, y negra como la cocina porque las tablas, que en más de un punto estaban rotas, dejaban entrar el humo que atormenta y hacía toser a la pobrecita que está enferma de pecho... ¡Ay, Dios mío! ¡Y piensa que esa es nuestra casa, y que son nuestros arrendatarios! Ni te cuento de las ventanas, sin cristales como bien sabes; así que la mezquina, que está anclada en una cama desde hace más de un mes, ni siquiera tiene el consuelo de la luz.

—¿Pero por qué no avisan al encargado de estos problemas?— exclamó el conde ofuscado.

—Yo también dije lo mismo, ¿pero sabes lo que me contestaron? El hecho es que —añadió ella con un tono quedo como si titubeara— el hecho es que la casa de Margherita, en ese estado deplorable, no es la única entre las casas de nuestros campesinos, y para ha-



cer todas las reformas de primera necesidad para esa pobre gente tendríamos, querido amigo, que tener el valor de renunciar a gran parte de este lujo vano que nos rodea.

Permanecieron ambos por unos instantes en silencio.

—¡Ah! —siguió ella— ¡si tú supieras lo que me decía esta noche la música de nuestra fiesta, las joyas y la seda en la que yo estaba envuelta, los perfumes de todas nuestras flores! Y también ahora, en esta habitación tan ricamente decorada, en medio de una profusión de finísimos linos, encajes, miles de objetos de valor... veo siempre a Margherita... la oigo toser, y me parece que es nuestra madre...

—¡No exageremos, Cecilia! Créeme que, si hubiese tan solo imaginado tanta miseria, habría remediado a toda costa... Y el lujo que tú ahora condenas, ¿sabes para cuántas familias es fuente de ganancias honestas?

—Todos estos argumentos que nos exculpan han pasado por mi cabeza y, pese a que yo no sepa sacar conclusiones como vosotros hacéis, entiendo que no sería justo renunciar a tal riqueza porque hay quien padece... ¿Recuerdas cuando me llevaste a ver el jardín inglés y el parque de los conde N.?

—Fue uno de los días más bellos de mi vida. ¡Tú estabas muy feliz y esos lugares te parecían tan amenos...!

—¡Y tú enseguida quisiste construir un invernadero y modelar nuestro jardín al gusto del que me había gustado tanto! Y entonces se reformó la casita, se abrió una terraza en el tejado, se puso un cenador al final del paseo, el bosquecito de invierno, el parque, el porque de la entrada; todo fue embellecido de nuevo gracias a ti. Durante cada excursión que hacía encontraba una sorpresa gracias a ti. En una ocasión fue el agua que con sus graciosas vueltas y sus cascaditas animaba esos lugares; en otra una colina pequeña, y luego una gruta, y luego las artificiosas ruinas de un castillo gótico, que tú mismo te inventaste, y cuyo modelo de corcho tiene que haberte costado muchas horas de cansancio paciente, y, a pesar de todo, yo no me di cuenta hasta el día en el que, ya transformado en piedra, me lo encontré de repente en medio de todo lo verde, y parecía que un hada lo hubiese sacado del corazón de la tierra...

–Recuerdo, Cecilia –añadió él mirándola con una dulce emoción y pasando el brazo por debajo de sus almohadas–, ¡recuerdo cada una de las palabras amables y cariñosas que me dijiste aquel día! Estábamos sentados el uno frente al otro sobre el fuste volteado de la antigua columna que había hecho llegar de las excavaciones de N.; algunas rositas selváticas crecían entre los restos del capitel, y el sauce que nos hacía sombra, movido por la brisa, parecía que se inclinaba para besarlas. Esa tarde era muy amena, y los placenteros rayos del sol que se ponía, atravesados por todo lo verde, te rodeaban con una luz tan maravillosa...

–Ahora, así como en aquel entonces, ¡yo percibo todo el valor del tesoro inestimable que el Señor me concedió al darme tu corazón! No se me escapa ninguno de tus delicados cuidados, ninguna de tus continuas atenciones... Veo todo el amor que sientes hacia mí... Y, en lugar de estarte agradecida, ¡hoy yo te doy esta amargura! Es que, después de lo que he visto con mis ojos, ¡tengo la impresión de que somos malos! Y de que yo tengo la culpa porque hasta ahora no he hecho más que gozar... ¡Ay, si en lugar de satisfacer mis caprichos, tú hubieses gastado ese dinero para las casas de nuestros campesinos!

–Eran trabajos de lujo –dijo él–, han requerido muchos brazos y han dado de comer a muchas familias...

Pero a Cecilia le parecía que, si esos obreros, en lugar de construir una gruta, un castillo, los cenadores, y los muchos adornos para su jardín, hubieran trabajado en las casas de los campesinos, se hubiesen ganado el pan de cualquier forma, y no podía calmarse y, mientras hubiera entre sus arrendatarios quien sufría el frío o a quien le faltara el espacio, esas muchas vanidades de la moda que la rodeaban le pesaban en el corazón y sentía remordimientos por sus diversiones como si los hubiera conseguido con la sangre y las lágrimas de los pobres. Hablaron durante mucho tiempo y, esa misma noche, decidieron mejorar enseguida la vivienda de Margherita. Con la prontitud y con las delicadas atenciones de dos hijos cariñosos se encargaron de todas sus necesidades, y la buena mujer, que los había amado siempre con las entrañas de una madre, viéndose ahora correspondida, gozaba de mucha felicidad y ni siquiera se acordaba de la dejadez del pasado. Después de esa fiesta

la casa del conde Battista tuvo un aspecto como severo. Rara vez iban a los espectáculos públicos y el aseo de la condesa se volvió más simple y modesto. Así fue que, en cuanto llegó la primavera, se mudaron al campo y el pueblo crecía y rejuvenecía a ojos vista: varias fábricas surgieron como de milagro, las viejas se renovaron, en poco tiempo se respiraba en esos lares u aire de confort y de bienestar que aliviaba el corazón. De esa manera para Cecilia era bonito gozar del lujo con el que el marido la rodeaba, y sus alegrías se habían vuelto más puras y más serenas, porque ambos se sentían bendecidos y amados (T. de los A.)

### **La donna di Osopo (1858)**

*Deus: meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*

SAN MATT., XXVI

Dio lo sa, Maddalena, s'io ti sono grata!... Ma non posso più oltre permettere che tu ti cavi il tuo pane di bocca per darlo a noi altri!

– Oh non pensare per me, ti scongiuro! Stà certa che il Signore provvederà... – Queste parole si scambiavano con mesto affetto due giovani donne in una stanza a pian terreno nel villaggio di Osopo. Dalle lunghe tavole, dalle panche di legno situate ai due lati della stanza, si capiva che quel luogo in altri tempi aveva servito ad uso di osteria; ma ora era nella solitudine, né vi vedevi altri personaggi che le due donne accennate: la prima, la padrona di casa, seduta colla persona abbandonata e la testa nascosta fra le mani; una testa languente come di un fiore appassito, le mani scarse e pallide quasi di cera; l'altra era una bella fanciulla vivace, sorridente, le guance fresche come un pomo, ma le solcava una lacrima. Ella aveva deposto sulla tavola vicino all'amica un cestino di uva e una salvietta ricolma di farina. – Questa è l'ultima uva della mia pergola, – diss'ella, – e la porto a' tuoi bambini perché a me non fa più bisogno. Esci un momento, Rosina mia, e vedrai che non ti dico bugie. – E presale per il braccio, la forzava dolcemente ad uscire seco nel cortile. Il sole era vicino al suo tramonto, un fascio di nubi tenebrose occupava la cima del monte Geònis, e alcune fumate di

nebbia s'alzavano dal Tagliamento e su per la brulla schiena della montagna andavano ad agglomerarsi a quelle nubi che ogni tanto davano lampo. – Guarda! disse la giovinetta, questa sera senza dubbio farà temporale; e io allora non avrò paura dei soldati, uscirò dal villaggio, anderò a Udine, mi metterò a lavorare e non morirò di fame.

– Oh! S'io non avessi quelle due meschine creature... – gridò la povera madre.

– Sentì, Rosina, quand'io sarò a Udine cercherò di tuo marito, gli farò sapere la vostra orribile situazione... a chi sa ch'egli non possa venirti a trovare e recarti qualche sussidio gettandosi più su nelle acque del Tagliamento e capitando qui a nuoto come fanno quegli arditi della fortezza... – Ma Rosina scoteva la testa e l'altra non osava continuare, perché sentì nel cuore raggruppato che quell'era una troppa vana speranza, ed ah! ella non aveva che lacrime per consolare l'immenso dolore di questa disgraziata che già presentiva tutti gli orrori dell'irreparabile destino. Si abbraccia rovo piangendo, si divisero mute, senza neanche potersi dare un addio, ch'entrambe pur troppo sentivano come doveva essere l'ultimo quaggiù sulla terra. Rientrata la Rosina, tornò a sedersi nella sua seggiola, e mestamente ripensava al suo passato. Due fanciulletti scherzavano a' suoi piedi, innocenti creature, ignare della loro sorte, vispe ed allegre come l'agnellino che non sa d'esser tradotto al macello. Si arrampicavano sulle sue ginocchia, volevano ad ogni tanto baciarla, ed ella accarezzando or l'uno or l'altro lagrimava involontaria sulla loro candida fronte. Un vento impetuoso s'era intanto sollevato, il tuono facevasi sentire più frequente e più rumoroso, e ad intervalli appariva illuminata dai lampi la finestrella che dietro al focolare guardava dalla parte della montagna; alcune grosse gocce di piovra cominciarono a percuotere nei vetri, la porta si spalancò con impeto lasciando entrare come un'ondata della bufera che imperversava al difuori.

– Vien tempo cattivo! – gridavano i fanciulletti; la donna corse a chiudere le imposte ed accese un lumicino, poi di nuovo sedutasi pareva ascoltare con una specie di secreto compiacimento lo scroscio della pioggia che già cadeva a torrenti, e l'urlo e il fracasso dei tuoni. Ella pensava all'amica, e la speranza che quel temporale

valesse a proteggerne la fuga, l'aveva per un momento rianimata. Il lumicino ch'ella aveva acceso non bastava a rischiarare tutta la stanza piuttosto vasta e all'antica, colle travi alla Sansovino. Illuminava le teste amorose dei fanciulletti e quella melanconica di lei, poi dolcemente si perdeva nelle tenebre, lasciando apparire una sola delle pareti, quella di contra, dove col carbone, ma a tratti di mano esperta, stavano effigiate alcune figure di grandezza naturale. Pareva una specie di corteo nuziale, e la sposa, benché non avesse la faccia rivolta allo spettatore, nell'aggraziato movimento della persona, nella leggiadria e nella sveltezza del torso, e nei molti capegli raccolti in trecce, che con alcune linee maestrevoli erano figurati sotto il velo abbozzato cadente sulle spalle, ricordavano così caratteristicamente la bella persona della padrona di casa, che subito t'avvedevi come ella aveva dovuto servire di modello a chi aveva lì delineata quella scena. Forse che quell'abbozzo improvvisato sull'affumicata parete senza i mezzi dell'arte, era lo slancio amoroso di un'alma contenta della felicità de' suoi buoni amici; forse ch'egli era stato creato tra l'allegria dei bicchieri da un pittore, che così aveva voluto consacrare la gioia domestica de' suoi congiunti di sangue, o fratelli di fede; e chi sa di qual sogni dorati e di quali dolci speranze lor sorrideva in quel giorno la mente; la mente piena della poesia dei giovani anni, sotto l'influenza di un'ora felice nel trasporto e nell'effusione dell'amore? L'avvenire ch'essi allora così lietamente prevedevano, era intanto sopraggiunto; ma dove erano adesso le persone ivi effigiate? Dove il pittore? Una sola rimaneva ancora al suo posto, la povera donna, ma come cangiata! Quella nobile testa eretta e così piena di brio giovanile si piegava come rosa disfogliata a guardare la terra. Gioia, amore, speranza, tutt'era svanito. Del suo ridente passato non le rimanevano che queste due povere creaturine; memorie de' suoi giorni più belli, sangue e vita del suo cuore, epilogo d'ogni suo affetto, e destinate purtroppo ad una sorte fatale. Ella che le amava più delle sue viscere, avrebbe dovuto tra breve vederselo morire d'inedia... Simili alla pianticella che il sollione aduggia in grembo a una terra inaridita, ella le avrebbe tra poco vedute appassire sulle sue ginocchia, senza poter loro porgere una sola stilla di refrigerio... Le prese fra le sue braccia, le strinse al cuore con un impeto di disperato cordoglio, e bagnando-

le di lacrime le coricò nel letticciuolo a sé dappresso, implorando per esse la misericordia di Dio. – Passarono otto giorni. Il sussidio recatole dall'amica già era al suo fine. Dopo quel dì nessuna nuova di lei. Doveva aver passato la linea dei soldati senza pericolo. Oh! s'ella avesse potuto fare altrettanto e provvedere un po' di pane a' suoi morenti figliolini! La disperazione, la fame, l'amore di madre vinsero la sua naturale timidezza, e s'accinse a tentare anch'essa l'uscita. Oramai non v'era più mezzo, lì si moriva indubitatamente. Nessun soccorso, nessuna altra speranza; l'istinto della propria conservazione aveva già chiuso tutti i cuori. I pianti prolungati dei fanciulletti che chiedevano pane l'era diventato martirio insopportabile. Risolse di trapassare le file dei soldati e di procacciar loro ad ogni costo un tozzo di pane. Coll'ultimo pugno di farina aveva loro apparecchiato un po' di cibo. Mentr'essi mangiavano ella piangeva. Il più grandicello se ne accorse, e lasciato il cucchiaino s'arrampicò fra le sue braccia a baciarla, e colla pezzuola del seno di lei s'ingegnava di tergerle le lacrime.

– Non hai più fame, Viginò? – chiese la donna colla voce soffocata.

– Sì che ho fame! ma tu piangi...

– Or via, cuor mio, finisci di cenare e poi andremo a far nanna, e prima diremo insieme le orazioni.

– Anch'io le orazioni, mamma, anch'io... – balbettò colla bocca piena l'altro piccino.

– Anche tu sì questa sera, perché Bimani io vo fuori, voi altri dovete esser buoni e dormir quieti nella vostra cuna finché venga a vestirvi la vicina Natalia.

– Ci farai dire l'orazione lunga, quella pel ritorno del babbo?  
– Ella non rispose; ma preso in braccio il piccolo, saliva le scale piangendo, mentre Viginò attaccato alla gonna le si strascinava dietro. Quando furono 'di sopra li fece inginocchiare dinanzi ad una Madonna, e recitò alcune preghiere, ch'essi ripetevano balbettando colle manine giunte e cogli occhi fitti nella santa immagine. Poi li coricò. Non finiva mai di baciarli, accarezzava or l'una or l'altra di quelle due bionde testoline, stringeva tra le coltrici quei due cari corpicciuoli, e ogni volta ch'essi aprivano gli occhi sonnacchiosi a rimirla, sentivasi il desiderio di un nuovo amplesso, e lor mor-

morava tutti quei dolci nomi e quelle parole d'immenso amore che sono nel solo linguaggio della madre. Poi quando le parvero assopiti s'inginocchiò ai loro piedi e pregava col cuore:

– Dormite, angioletti miei, dormite tranquilli! Oh! S'io potessi alimentarvi col mio ultimo respiro... Mio Dio, che me li hai dati, mio Dio, che hai santificato l'amore della mia gioventù coll'animare queste due creature che sono sangue e vita di lui che ho tanto amato, li metto nelle tue mani, custodiscili tu, e non permettere ch'io me li vegga morire di fame! Madonna benedetta, per l'amore di quel bambino che tenete fra le braccia, pietà di questi due poverini!... Oh, guardate che soave dormire! Essi non sanno nulla del loro crudele destino.

Si sono stesi nel loro letticciuolo tutti contenti, si sono abbandonati al sonno in piena buona fede come se fossero i figliuoli di una ricca regina...e dimani neppure un briciolo di pane per nutrirli!... Oh creature mie così belle, così amorose!... se dovrete morire di fame? E non vi sarà più misericordia né in terra né in cielo? Io non dimando che un tozzo di pane per la vostra vita! Possibile che le lacrime di una madre non siano esaudite? Madonna benedetta, che avete provato a esser madre, copriteli col vostro manto, teneteli sul vostro seno insieme col vostro bambino finché io torni a salvarli... – E tutta lacrime si alzò. Si avvolsse in un bruno fazzoletto. Poi prima di partire tornò ancora una volta vicino alle loro cune, li benedì entrambi col segno della croce, ed uscì tacita e guardinga lasciando semichiusa la porta.

Era la notte alta: pel villaggio un silenzio come di morte; tutte le case all'oscuro e le vie affatto deserte. La donna fatti alcuni passi si fermò dinanzi ad una casa e gettò un sasso nella finestra. Una 'specie di fioco lamento che finiva in un rantolo come di moribondo le rispose. Stette un momento in attenzione, ma nessuno si mosse. Allora ella gettò un secondo sasso e:

– Natalia! – gridò, – Natalia, venite alla finestra. – Si rinnovò più forte il lamento, e pareva accompagnato da parole d'impazienza; finalmente le imposte scricchiarono, e una voce rauca, quasi sibilante domandava:

– Avete dunque risolto? Volete proprio andarci?

– Ma sì, Natalia, altrimenti essi muoiono di fame.

– Oimé! oimé!... e se vi fermano? Ricordatevi che la Giulia e la comare Teresa le hanno condotte in prigione a Gemona. E v'ingannate, – continuava rialzando la voce a guisa di fischio, – v'ingannate se credete ch'io possa nutrirvi le vostre creature. Son otto giorni che non vedo briciolo di pane, e quando non ce n'è non si può dare, capite!

– Mio Dio, Natalia, non vi domando pane! Andate solamente dimani a vedere di loro. Io già a quest'ora sarò di ritorno. – E dimani, – chiese la vecchia, – come si vivrà dimani?

– Cotesti pomi basteranno a tenerli vivi per dimani; – e tiratasi indietro le lanciò dentro della finestra il fazzoletto raggruppato. Intanto la luna mostravasi languidamente in cielo fra le nubi spezzate. Le due donne si salutarono, e la povera madre rasente il muro fuggiva via silenziosa come un'ombra cercando i luoghi più tenebrosi. L'altra coi gomiti alla finestra e colla testa fra le mani stette ancora un pezzo a riguardarla. Il lume della luna in quel momento la rischiarava, e quella faccia macilente, quelle forme biancastre e pentite che si disegnavano su d'un quadrato di tenebre, come su d'un panno mortuario, avevano un non so che di sinistro. Pareva l'abbreviatura della morte, così come sogliono figurarla sui catafalchi: un cranio e due ossa in croce. Erano più giorni che la fame macerava quel povero scheletro vivente. Ora la fragranza dei pomi lo aveva come rianimato. Appena udito il tonfo della loro caduta sul pavimento, la sua mano scarna come un uncino corse ad afferrarli, e per una specie d'istinto se li appressò subito alle labbra. Poi mormorava: –

– Uno, due, tre, quattro pomi! Gli è un bel dire, ella ha ancora dei pomi pe' suoi bambocci! Chi può averglieli dati? Eh mio Dio! quando si è giovani si trova compassione; ma io potrei picchiare a tutte le porte del villaggio che non buscherei neppur una presa di farina. Direbbero che ho vissuto abbastanza... Sono già più giorni che nessuno dà niente! Oh mio Dio! La fame!... la fame!... gli è un cane che latra nello stomaco... – Ed appoggiò sulle frutta le labbra inaridite. Assaporava in una specie di estasi il loro profumo... Tutto ad un tratto, come se si fosse inebriata, come se le fosse svanita la mente e più in lei non potesse che il solo istinto animale, si mise a rosicchiarli. Dimenava le mascelle con una specie di furore, né ri-



stette finché non se li ebbe affatto ingoiati. La povera madre aveva intanto varcato l'estremo confine del villaggio; udiva il passo monotono delle scolte austriache; più che mai guardinga s'inoltrava lentamente studiando la via, teneva il respiro, pregava coll'anima, e alla minima buffata di vento che movesse le fronde o le facesse scrosciare le vesti, gettavasi per terra, un brivido di spavento l'invadeva, e tremava perfino dei battiti del proprio cuore, poi tornava ad avanzarsi strisciando così carpone. Aveva appena oltrepassato il primo scaglione, quando s'accorse d'essere scoperta; raccolse con ambe le mani la gonna e si pose a fuggire; ma il grido della sentinella, lo strepito dell'arma che questa aveva abbassato, e la paura d'incappare nell'altra di contro, che anch'essa era uscita a darle la caccia, la fecero fermare benché già fosse quasi fuori di tiro. Vedendosi perduta, la misera donna s'inginocchiò, e guardando all'occhio tremendo del fucile che biecamente la minacciava, e protendendo le mani, gridava desolata:

– Pane per i miei poveri figliuoli! Io non dimando che pane!...

– Pane? Kruca! — ripeté il croato, e mostrandole un pezzo di pane da munizione l'invitava con un selvaggio sorriso a venirlo a prendere dalle sue mani. Sorse la donna, e non aveva fatto due passi che fischiò la palla e la colpì nella fronte. Cadde supina, e le lunghe chiome arrovesciate fecero origliere a quella pallida faccia, su cui anche dopo fuggita l'anima errava il pensiero dei figliolini traditi e morenti di fame. — Alcuni giorni dopo, cacciate dal lungo digiuno, strillavano per la strada di Osopo due meschine creature. In camicia, cogli occhi infossati, coi capelli irti, sparuti e colore di cenere, chiedevano della mamma, e la loro voce sempre più languida ed infiochita diveniva una specie di gemito che passava l'anima. Quelle membra istecchite, quel collo lungo e sottile per cui vedevi a passare quasi il respiro, quelle ossa che potevi ad uno ad uno dinumerare, erano uno spettacolo d'infinita compassione. Dopo molto aggirarsi, guidati da una specie d'istinto, essi si strascinarono sul cadavere della povera donna. Nella loro innocenza credevano che dormisse, e:

– Su, mamma! – le gridavano, – su, svegliati! Andiamo a casa, mamma! La Natalia non è stata a vestirci. Nessuno è stato a vedere di noi... – Nessuno ci ha dato niente!... Mammai su via, moviti una

volta!... – Oh! se a cotesta scena di lacrime fosse stato presente l'uomo che li aveva generati! Verrà forse un giorno in cui, dopo molte e inenarrabili sventure, tratto dal desiderio de' suoi monti nativi, ei tornerà a rivedere questa povera terra tradita. Ei tornerà!... e dinanzi al villaggio desolato dalle fiamme e dalla rapina, dinanzi alla smantellata fortezza, sulla pianura che dicono Campo, una piccola croce di legno gli additerà tutto ciò ch'egli aveva di più caro quaggiù sulla terra...Ma allora il suo cuore esulcerato dovrà piangere per ben altri e più tremendi disastri! (Percoto, 1972: 393-403).

### **La mujer de Osoppo**

*Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*  
SAN MATT., XXVI

–¡Dios sabe, Maddalena, si te estoy agradecida!... ¡Pero ya no puedo permitir que te quites el pan de la boca para dárselo a nosotros!

–Oh, no te preocupes por mí, ¡te lo suplico! Ten por seguro que el Señor proveerá... –Estas palabras se intercambiaban con un cariño afligido dos jóvenes mujeres en la habitación de una planta baja del pueblo de Osoppo. Por las largas mesas, por los bancos de madera colocados a cada lado de la habitación, se entendía que ese lugar en otros tiempos había sido una taberna, pero ahora, en la soledad, no se veía a ningún personaje sino a las dos mujeres mencionadas: la primera, la dueña de la casa, sentada con el cuerpo estirado y la cabeza escondida entre las manos, una cabeza lánguida como una flor marchita, las manos descarnadas y pálidas como de cera; la otra era una hermosa muchacha vivaz, risueña, las mejillas frescas como una fruta, pero surcadas por una lágrima. Ella había dejado sobre la mesa próxima a la amiga una cesta con uvas y un pañuelo lleno de harina. –Esta es la última uva de mi pérgola –dijo– y se la traigo a tus niños porque yo ya no la necesito. Sal un momento, Rosina, y verás que no te miento–. Y, después de haberla cogido por el brazo, la forzó con dulzura para que saliera con ella al patio. El sol estaba para ponerse, un manojó de nubes tenebrosas

ocupaba la cumbre del monte Geònis, y algunas humaredas de niebla se levantaban del Tagliamento y subían por la yerma ladera de la montaña hasta aglomerarse con esas nubes que de vez en cuando relampagueaban. –¡Mira! –dijo la jovencita– esta noche sin duda habrá tormenta, y entonces yo no tendré miedo de los soldados, saldré del pueblo, iré a Udine, me pondré a trabajar y ya no me moriré de hambre.

–¡Ah! Si yo no tuviera a esas dos criaturas desgraciadas... –gritó la pobre madre.

–Escúchame, Rosina, cuando esté en Udine buscaré a tu marido, lo informaré sobre vuestra terrible situación... y quién sabe si él puede venir a verte y a ayudarte lanzándose en la parte alta a las aguas del Tagliamento y llegando hasta aquí a nado como hacen los atrevidos de la fortaleza...– Pero Rosina negaba con la cabeza, y la otra no se atrevía a continuar porque sintió en el corazón encogido que esa era una esperanza demasiado inútil, y ¡ay! ella no tenía sino lágrimas para consolar el inmenso dolor de esta desgraciada que ya presentía todos los horrores del destino irreparable. Se abrazaron llorando, se separaron sin decir palabra, sin conseguir siquiera decirse un adiós, que ambas sentían lamentablemente como si fuese el último aquí en la tierra. Cuando volvió a entrar, Rosina se sentó en su silla y de nuevo se puso a pensar afligida en su pasado. Dos niños bromeaban a sus pies, criaturas inocentes, desconocedoras de su suerte, vivaces y alegres como el corderito que no sabe que lo llevarán al matadero. Escalaban sus rodillas, querían besarla de vez en cuando, y ella, acariciando a uno y al otro alternativamente, lagrimeaba involuntaria sobre sus cándidas frentes. Mientras tanto se había levantado un viento impetuoso, el trueno se hacía oír con mayor frecuencia y ruido y, a intervalos, se iluminaba la ventana que detrás del hogar miraba hacia la montaña; algunos goterones de lluvia empezaron a golpear los cristales, la puerta se abrió con ímpetu de par en par dejando entrar como una oleada la tempestad que arreciaba afuera.

–¡Llega el mal tiempo! –gritaban los niños; y la mujer fue corriendo a cerrar los postigos y encendió una lucecita, después, sentándose otra vez, parecía que escuchaba con una especie de complacencia secreta el estruendo de la lluvia que ya caía a cántaros,

y el grito y el estrépito de los truenos. Ella pensaba en la amiga, y la esperanza de que esa tormenta sirviera para proteger su huida la había animado por un momento. La lucecita que encendió no era suficiente para iluminar la habitación, que era más bien amplia y de estilo antiguo, con las vigas cruzadas. Iluminaba las cabezas amorosas de los niños y la suya melancólica, después se perdía con dulzura entre las tinieblas, dejando que apareciera solo una pared, la de frente, donde el carbón, pero con los trazos de una mano experta, representaba algunas figuras de tamaño natural. Parecía una especie de cortejo nupcial, y la esposa, pese a que su rostro no se dirigiera hacia el espectador, con los movimientos agraciados de su persona, con el donaire y la esbeltez del torso, y con el abundante cabello recogido en trenzas, que con algunas líneas magistrales estaban diseñados bajo el velo esbozado que caía sobre los hombros, recordaban de manera tan característica la bella persona de la dueña de la casa que en seguida te percatabas de cómo ella debía de haber servido como modelo a quien había dibujado la escena. ¿Que ese esbozo improvisado sobre la pared llena de humo sin los instrumentos del arte fuera el impulso amoroso de un alma contenta de la felicidad de sus buenos amigos?; ¿que hubiera sido creado entre la alegría de los frascos por un pintor que había querido inmortalizar así la felicidad doméstica de sus allegados o hermanos de fe?; y quién sabe por qué sueños dorados y por qué dulces esperanzas les sonreía la mente; la mente llena de poesía de los años juveniles, bajo el influjo de un momento feliz en el arrebato y en la efusión del amor. El porvenir que por aquel entonces ellos preveían de felicidad había llegado mientras tanto, pero ¿dónde estaban ahora las personas representadas ahí? ¿Dónde estaba el pintor? Solo una permanecía en su sitio, la pobre mujer, pero ¡qué cambiada! Esa noble cabeza erguida y tan llena de viveza juvenil se doblaba como una rosa deshojada mirando el suelo. Felicidad, amor, esperanza, todo se había desvanecido. De su pasado sonriente solo le quedaban estas dos pobres criaturitas, memoria de sus días más bellos, sangre y vida de su corazón, epílogo del afecto suyo y destinadas lamentablemente a una suerte funesta. Ella, que las amaba más que a sus entrañas, en poco tiempo tendría que verlas morir de inedia... Parecidas a la plantita que la canícula quema en el regazo de una

tierra reseca, dentro de poco las vería marchitar sobre sus rodillas, sin poderles ofrecer una sola gota de refrigerio... Las cogió entre sus brazos, las estrechó contra su pecho con un arrebato de duelo desesperado y, bañándolas en lágrimas las acostó en la camita cercana, implorando para ellas la misericordia de Dios. Pasaron ocho días. La ayuda proporcionada por su amiga se estaba agotando. Desde ese día no tenía noticias suyas. Debía de haber cruzado la línea de los soldados sin peligro. ¡Ah! ¡Si ella hubiese podido hacer lo mismo y proveer con un poco de pan a sus hijitos moribundos! La desesperación, el hambre, el amor de madre pudieron con su natural timidez, y se dispuso también ella a intentar la salida. Ya no había otra solución. Allí se moría indudablemente. Ninguna ayuda, ninguna esperanza más; el instinto de la propia conservación ya había cerrado todos los corazones. Los llantos prolongados de los niños que pedían pan se convertirían en un martirio insoportable. Decidió cruzar las filas de los soldados y procurarles un pedazo de pan a toda costa. Con el último puñado de harina les había preparado algo de comida. Mientras ellos comían, ella lloraba. El mayorcito se dio cuenta, dejó la cuchara y trepó sobre sus brazos para besarla, y con el pañuelo de su pecho se las ingeniaba para secarle las lágrimas.

—¿Ya no tienes hambre, Viginó? —preguntó la madre con voz ahogada.

—¡Claro que tengo hambre! Pero tú estás llorando...

—Venga, mi vida, termina de cenar y luego nos iremos a dormir, y antes rezaremos.

—Yo también rezaré, mamá, ¡yo también!... —farfulló con la boca llena el otro pequeñín.

—Tú también esta noche porque mañana me voy, y vosotros tenéis que ser buenos y dormir tranquilos en vuestra cuna hasta que venga a vestiros la vecina Natalia.

—¿Nos harás rezar la oración larga? ¿La del regreso de papá? —ella no respondió, pero con el pequeño entre los brazos subía las escaleras llorando, mientras Viginó, pegado a su falda, se arrastraba detrás. Cuando llegaron arriba les hizo arrodillarse frente a una Virgen, y rezó algunas oraciones que ellos repetían balbuceando con las manos unidas y los ojos fijos en la imagen santa. Luego

los acostó. No dejaba de besarlos, acariciaba alternativamente esas rubias cabecitas, estrechaba entre las mantas esos dos cuerpecitos queridos y, cada vez que abrían los ojos somnolientos para mirarla, sentía la necesidad de otro abrazo, y les murmuraba todos esos dulces nombres y esas palabras de amor inmenso que solo se hallan en el lenguaje de una madre. Después, cuando le pareció que estaban adormecidos, se arrodilló a sus pies y rezó con el corazón:

—Dormid, angelitos, ¡dormid tranquilos! ¡Ah! Si yo pudiera alimentarlos con mi último respiro... Dios mío, que me los diste, que santificaste el amor de mi juventud animando a estas dos criaturas que son la sangre y la vida de aquel que tanto amé, los encomiendo a tu voluntad para que tú los protejas y ¡no permitas que yo los vea morir de hambre! Virgencita, por el amor de ese niño que tienes entre los brazos, ¡piedad por estos dos niños!... ¡Ah! ¡Mirad que dulce dormir! Ellos no saben nada de su cruel destino.

Se han tumbado en su camita contentos, se han abandonado al sueño confiados como si fueran los hijitos de una reina rica... ¡y mañana ni siquiera una migaja de pan para alimentarlos! ¡Oh! ¡Criaturas mías tan bonitas, tan amorosas! ¿Y tendréis que moriros de hambre? ¿Y no habrá más misericordia ni en el cielo ni en la tierra? ¡Yo no pido más que un trozo de pan para que viváis! ¿Es posible que se escuchen las lágrimas de una madre? Virgen bendita, que sabe lo que significa ser madre, tápalos con su mantón, apriétalos a tu pecho junto con su niño hasta que yo vuelva para salvarlos...

Y con lágrimas se levantó. Se envolvió con un pañuelo oscuro. Después, antes de irse, se acercó de nuevo a sus cunas, los bendijo a ambos con la señal de la cruz, y salió callada y circunspecta dejando la puerta entornada.

Era plena noche: por el pueblo un silencio de muerte; todas las casas a oscuras y las calles completamente desiertas. La mujer, después de algunos pasos, se paró delante de una casa y tiró una piedra a la ventana. Una especie de débil lamento que acababa casi en un jadeo de moribundo le contestó. Estuvo atenta unos instantes, pero nadie se movió. Entonces ella lanzó una segunda piedra y:

—¡Natalia! —gritó—, —Natalia, asómate a la ventana. El lamento se oyó más fuerte, y parecía que iba acompañado por palabras de

impaciencia; al final los postigos chirriaron, y una voz ronca, casi sibilante, preguntó:

—¿Se ha decidido? ¿Está segura de querer ir?

—Sí, Natalia, si no se mueren de hambre.

—¡Ay! ¿Y si la detienen? Recuerde que a Giulia y a la comadre Teresa las llevaron a la cárcel de Gemonia. Y está equivocada —seguía levantando la voz como un silbido—, está equivocada si cree que yo pueda alimentar a sus criaturas. Llevo ocho días sin ver una miga de pan, y cuando falta, no se puede dar, ¿me entiende?

—¡Dios mío, Natalia, no le pido pan! Pásese solamente mañana para ver si están bien. Para esta hora estaré de vuelta. —Y mañana, —preguntó la vieja— ¿cómo viviremos mañana?

—Estas manzanas servirán para que sobrevivan mañana— y, echándose para atrás, le lanzó por la ventana un pañuelo con un nudo. Mientras tanto la luna se mostraba lánguidamente en el cielo en medio de nubes entrecortadas. Las dos mujeres se saludaron, y la pobre madre, a ras de la pared, huyó silenciosa como una sombra en busca de los lugares más tenebrosos. La otra, con los codos apoyados en la ventana y la cabeza entre las manos, se quedó un rato mirándola. La luz de la luna en esos momentos la esclarecía, y esa cara demacrada, esas formas blanquecinas y puntiformes que se diseñaban en un cuadrado de tinieblas, como sobre un paño mortuario, tenían algo siniestro. Parecía la abreviatura de la muerte, tal y como la representan en los catafalcos: un cráneo y dos huesos cruzados. Hacía días que el hambre maceraba a ese pobre esqueleto viviente. Ahora el perfume de las frutas lo había como reanimado. En cuanto oyó el golpe de la caída en el suelo, su mano descarnada como un gancho corrió para recogerlas y, como por instinto, las acercó a los labios. Luego murmuraba:

—¡Uno, dos, tres, cuatro manzanas! Se dice pronto, ¡ella tiene todavía manzanas para sus niños! ¿Quién se las habrá dado? Eh, ¡Dios mío! Cuando uno es joven, suscita compasión; pero yo podría llamar a todas las puertas del pueblo sin conseguir siquiera un puñado de harina. Dirían que ya he vivido lo suficiente... ¡Desde hace tiempo nadie da nada! Oh, ¡Dios mío! ¡El hambre! ¡El hambre! Tiene un perro ladrándole en el estómago— y apoyó sus labios secos en la fruta. Saboreaba como en una especie de éxtasis su perfume...

De repente, como si estuviera embriagada, como si se le hubiese ido la cabeza y pudiera con ella solamente el instinto animal, empezó a mordisquearlas. Movía la mandíbula con una especie de furor, no paró hasta que no se las tragó todas. La pobre madre mientras tanto había cruzado el confín del pueblo; oía el paso monótono de los centinelas austríacos; más circumspecta que nunca avanzaba lentamente estudiando el camino; aguantaba la respiración, rezaba con el alma, y a la mínima ráfaga de viento que movía las ramas o su falda se tiraba al suelo invadida por un escalofrío de miedo, y temblaba incluso por los latidos de su corazón; luego volvía a avanzar arrastrándose a gatas. Acababa de superar el primer escalón, cuando se dio cuenta de que la habían descubierto; recogió con ambas manos la falda y empezó a huir; pero el grito del centinela, el estruendo del arma que este había bajado, y el miedo a toparse con otro de frente, que también había emprendido su captura, hicieron que se detuviera a pesar de que ya casi no estuviese a tiro. Al verse perdida, la pobre mujer se arrodilló y, mirando el ojo tremendo del fusil que la amenazaba aviesamente y tendiendo las manos, gritaba afligida:

—¡Pan para mis pobres hijos! ¡Yo no pido más que pan!

—¿Pan? ¡Kruca! —repitió el croata y, enseñándole un trozo de pan de munición de boca, la invitaba con una sonrisa salvaje a que fuera a cogerlo de sus manos. La mujer se levantó y, no había dado dos pasos, cuando silbó la bala y le dio en la frente. Cayó boca arriba, y la larga melena alborotada hizo de almohada a esa cara pálida, sobre la que, incluso tras haber huido el alma, erraba la preocupación por los hijitos traicionados que se estaban muriendo de hambre. Algunos días después, impulsadas por el largo ayuno, gritaban por la calle de Osoppo dos mezquinas criaturas. En camisón, con los ojos hundidos, con el pelo hispido, demacrados y color ceniza, preguntaban por su mamá, y su voz, cada vez más lánguida y débil, se convertía en una especie de gemido que llegaba al alma. Esos miembros como palos, ese cuello largo y fino por el que se veía pasar casi la respiración, esos huesos que se podían contar de uno en uno, eran un espectáculo de compasión infinita. Después de dar muchas vueltas, guiados por una especie de instinto, se arrastraron hasta el cadáver de la pobre mujer. En su inocencia, creían que estuviese dormida, y:



—¡Venga, mamá! —le gritaban— ¡Venga, despiértate! ¡Vámonos a casa, mamá! Natalia no vino a vestirnos. Nadie vino a ocuparse de nosotros... ¡Nadie nos ha dado nada! ¡Mamá! ¡Venga, muévete ya!—. ¡Ah! ¡Si en esta escena de lágrimas hubiese estado presente el hombre que los generó! Llegará a lo mejor el día en el que, después de muchas inenarrables desgracias, atraído por el deseo de sus montañas de origen, él regresará para volver a ver esta pobre tierra traicionada. ¡Él regresará! Y, delante del pueblo desolado por las llamas y el saqueo, delante de la fortaleza desmantelada, en la llanura que llaman Campo, una pequeña cruz de madera le indicará todo lo que él más amaba en la tierra... ¡Pero para aquel entonces su corazón llagado tendrá que llorar por otros y más tremendos desastres! (T. de los A.).



## BIBLIOGRAFÍA

- Acton, Harold Mario Mitchell. *The Bourbons of Naples, 1734-1825*. London: Faber and Faber, 2009.
- Anderson; Bonnie S y Zinsser, Judith P. *Historia de las mujeres. Una historia propia*. Barcelona: Crítica, 2007.
- Bandini Buti, Maria. *Poetesse e scrittrici italiane*. Roma, 1941.
- Barbiera, Raffaello. *Italiane gloriose*. Milano, 1923.
- Betri, Maria Luisa y Brambilla, Elena. (eds.). *Salotti e ruolo femminile in Italia tra fine Seicento e primo Novecento*. Venezia: Marsilio, 2004.
- Botta, Carlo. *Storia d'Italia dal 1789 al 1814*. 1879.
- Bustichi, Andrea. *Martirii italiani di alcune donne*. Venezia, 1871.
- Buttafuoco, Annarita. "La causa delle donne. Cittadinanza e genere nel Triennio giacobino in Italia", en Buttafuoco, Annarita y Badaracco, Elvira. *Modi di essere : studi, riflessioni, interventi sulla cultura e la politica delle donne in onore di Elvira Badaracco*, Bologna: EM, 1991, pp. 79-106.
- Craveri, Benedetta. *The Age of Conversation*. New York: New York Review Books, 2005.
- D'Ayala, Mariano. *Vite degli italiani benemeriti della libertà e della patria*. Nápoles: Libreria Editrice Lombardi, 1999.
- De Blasi, Iolanda. *Le scrittrici italiane dalle origini al 1800*. Firenze, 1930.
- Drago, Antonietta. *Donne e amori del Risorgimento*, Milano: Palazzi, 1960.
- Ferri, Pietro Leopoldo. *Biblioteca Femminile Italiana raccolta, posseduta e descritta dal conte P. L. Ferri padovano*. Padova: tip. Crescini, 1842
- Forlani, Alma y Savini, Marta. *Scrittrici d'Italia*. Roma, 1991.

- Gavelli, Mirtide, Sangiorgi, Otello y Tarozzi, Fiorenza (a cura di). *Un giorno nella storia di Bologna*. Firenze: Vallecchi, 1998.
- Orestano, Francesco. *Eroine ispiratrici e donne d'eccezione*: Serie VII de *Enciclopedia biografica italiana*, Milano: Ist. Editoriale Tosi, 1940.
- Pisano, Laura; Veauvy, Christiane y Conti Odorisio, Ginevra. *Parole inascoltate. Le donne e la costruzione dello Stato-nazione in Italia e in Francia (1789-1860)*. Roma: Editori Riuniti, 1994.
- Pollini, Leo. *Grandi donne italiane*. Milano: S.A. Genio, 1938.
- Prudhomme, Louis-Marie. *Biographie des femmes celebres*. Parigi, 1830.
- Ricaldone, Luisa. "Il dibattito sulla donna nella letteratura patriottica del Triennio (1796-1799)", *Italienische Studien*, 7, 1984, pp.23-46.
- Sanvitale, Francesca., (a cura di), *Le scrittrici dell'Ottocento. Da Leonora De Fonseca Pimentel a Matilde Serao*. Roma: Istituto poligrafico e Zecca dello Stato, 1995.
- Spinosa, Antonio., *Italiane, il lato segreto del Risorgimento*. Mondadori: Milano, 1994.
- Von der Hayden-Tynsch, Verena. *Los salones europeos. Las cimas de una cultura femenina desaparecida*. Barcelona: Península, 1998.
- Zazo, Alfredo. *Il giornalismo a Napoli nella prima metà del secolo XIX*. Napoli:Giannini, 1920.

### **Bibliografia sobre Eleonora Fonseca Pimentel**

- Arriaga Flórez, Mercedes. "Somatizaciones en escritoras italianas: Enrichetta Caracciolo", en Losada Soler, E., González Fernández, H. y Ramos González, A. (eds.). *Lo que callan los corpos, lo que afirman los cuerpos*. Sevilla: Arcibel Editores, 2013, pp. 31-42.
- Azzinnari, Marina. (ed.). *La repubblica Napoletana. Memoria e mito*. Napoles: Gaetano Macchiaroli, 1999.

- Battaglini, Marina. (ed.). *Il Monitore napoletano 1799*. Nápoles: Alfredo Guida Editore, 1999.
- Battaglini, Mario. *Introduzione al Monitore napoletano*. Napoli, 1974.
- Consiglio, Alberto. *La rivoluzione napoletana del 1799. Fine di un regno*. Milán: Rusconi Libri, 1998.
- Croce, Benedetto. “Eleonora de Fonseca Pimentel e il Monitore napoletano”, in *Studi storici sulla rivoluzione napoletana del 1799*. Bari, 1912.
- Croce, Benedetto. *Eleonora de Fonseca Pimentel*. Roma: Tipografia Nazionale, 1887.
- Croce, Benedetto. *La rivoluzione napoletana del 1799. Biografie, racconti e ricerche*. Bari: Laterza, 1968.
- Croce, Benedetto. *Prefazione al Monitore Repubblicano del 1799*. Bari, 1943.
- Cuoco, Vincenzo. *Saggio storico sulla rivoluzione napoletana del 1799*. Milán: Rizzoli, 1999.
- D’Alessio, Luigi, “Eleonora de Fonseca Pimentel tra Arcadia e Illuminismo,” in D’Alessio, Luigi; D’Episcopo, Francesco et al. (eds.). *Eleonora de Fonseca Pimentel, Tra Mito e Storia*. Napoli: Edizioni Scientifiche Italiane, 2008.
- De Federicis, Lidia. “Cara Eleonora”, *L’Indice*, aprile 1999.
- De Liso, Daniela. “Eleonora de Fonseca Pimentel poetessa”, in Iglesias Redondo, María Rosa y Puig Guisado, Jaime (coord.). *Intersecciones: relaciones entre artes y literatura*. Sevilla: Benilde, 2017, pp. 376-391.
- De Liso, Daniela. “Un soneto inedito di Eleonora de Fonseca Pimentel”. *Critica letteraria*, 108 (2000), pp. 577-588.
- De Nicola, Carlo y Ricci, Paolo. *Diario napoletano. Dicembre 1798-dicembre 1860*. Milán: Giordano Editore, 1963.
- Filieri, Emilio. “‘Mater’ dolorosa e ‘mulier’ giacobina: momenti e scritture in Eleonora de Fonseca Pimentel”, *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia*, n.º. 54-55, 2011-2012, pp. 213-252

- Forgione, Mario. *Donne della rivoluzione napoletana del 1799*. Nápoles: Tempolungo, 1999.
- Forgione, Mario. *Eleonora Pimentel Fonseca. La straordinaria avventura politica e umana di una protagonista della Repubblica*. Roma: Newton & Compton, 1999.
- Forgione, Mario. *I Dieci anni che sconvolsero Napoli*. Nápoles: Edi, 1991.
- Gurgo, Bice. *Eleonora Fonseca Pimentel*. Napoli: Cooperativa Libreria, 1935.
- Gurgone, Federico. “Eleonora Pimentel Fonseca: la musa de la revolución napolitana”, *Clío: Revista de historia*, 94 (2009), pp. 68-75.
- Macciocchi, Maria Antonietta. *Cara Eleonora. Passione e morte della Fonseca Pimentel*. Milán: Rizzoli, 1993.
- Massari, Giuseppe. *I casi di Napoli dal 29 gennaio in poi*. Trani, 1895.
- Montotti, Pietro. “Eleonora de Fonseca Pimentel: una donna nella Repubblica napoletana del 1799 raccontata attraverso la storia, la letteratura e il cinema”, en Arriaga Flórez, M.-Bartolotta, S.-Martín Clavijo, M. (eds. lit.): *Ausencias: escritoras en los márgenes de la cultura*. Sevilla: Arcibel Editores, 2013, pp. 835-851.
- Nicolini, Nicola. *Luigi de Medici e il giacobinismo napoletano*. Firenze: Le Monnier, 1935.
- Pellizzari, Maria Rosaria. “Eleonora de Fonseca Pimentel: morire per la rivoluzione”, en *Storia delle donne*, 4, Torino: Einaudi, 2008, pp. 103-121.
- Perrone, Clodomiro. *Storia della repubblica partenopea*. Napoli, 1860.
- Prisco, Mario. “Napoli: meta involontaria e mito eroico di Eleonora de Fonseca Pimentel” en Guagliano, Eliana (aut.) *Viaggio e Mito*, Salerno: Oèdipus, 2007, pp. 89-96
- Rao, Anna Maria Rao (ed.). *Napoli 1799 fra storia e storiografia*. Nápoles: Vivarium, 2002.

- Romero-Rodríguez, José V. “Eleonora de Fonseca Pimentel: compromiso literario y político” en Martín Clavijo, Milagro, González de Sande, Mercedes, Cerrato, Daniele, y Moreno Lago, Eva María (eds. lits.). *Locas: escritoras y personajes femeninos cuestionando las normas*. Sevilla: Arcibel Editores, 2015, pp. 1396-1404.
- Schiattarella, Franco. *La Marchesa Giacobina. Eleonora Fonseca Pimentel*. Napoli: Schettini, 1973.
- Striano, Enzo. *Il resto di niente. Storia di Eleonora de Fonseca Pimentel e della rivoluzione napoletana del 1799*. Milán: Rizzoli, 2004.
- Tormo-Ortiz, Mercedes. “Abandonando la sala de estar: Eleonora de Fonseca Pimentel, una napolitana en la lucha por la libertad” en González de Sande, E. y González de Sande, M. (coord.). *Mujeres en guerra / guerra de mujeres en la sociedad, el arte y la literatura*. Sevilla: Arcibel Editores, 2014, pp. 468-479.
- Urgnani, Elena. *La Vicenda Letteraria e Politica di Eleonora de Fonseca Pimentel*. Napoli: La Città del Sole, 1998.

### **Bibliografía sobre Giuseppina Turrise Colonna**

- Barbiera, Raffaello. *Italiane gloriose*. Milán: A. Vallardi, 1927.
- Graci, Salvatrice. “Giuseppina Turrise Colonna: poetessa e patriota siciliana”. *Locas, escritoras y personajes femeninos cuestionando las normas: XII Congreso Internacional del Grupo de Investigación Escritoras y Escrituras*. 736-747.
- Guardione, Francesco (ed.). *Lettere d'illustri italiani a Giuseppina Turrise Colonna e alcuni scritti della sorella Anna*. Palermo: Editrice Del Tempo. 1884.
- Guardione, Francesco. *Scritti*. Palermo: Alberto Reber. 1897.
- Orestano, Francesco. “Eroine ispiratrici e donne d'eccezione”. *Enciclopedia biografica italiana, serie VII*. Milán: Ist. Editoriale Tosi. 1940.

- Sgroi, Carmelo. *Enciclopedia italiana*, in *Enciclopedia Italiana Treccani*. 1937. <[http://www.treccani.it/enciclopedia/giuseppina-turrisi-colonna\\_%28Enciclopedia-Italiana%29/](http://www.treccani.it/enciclopedia/giuseppina-turrisi-colonna_%28Enciclopedia-Italiana%29/)> (fecha de consulta: septiembre de 2018).
- Turrisi Colonna, Giuseppina. “A Giuditta”. Francesco Guardione (ed.). *Il pensiero civile di Giuseppina Turrisi Colonna. Liriche e lettere*. Torino: Paravia. 1922: 21-24.
- Turrisi Colonna, Giuseppina. “Ad Aldruda”. Francesco Guardione (ed.). *Il pensiero civile di Giuseppina Turrisi Colonna. Liriche e lettere*. Torino: Paravia. 1922: 41-43.
- Turrisi Colonna, Giuseppina. “Alla Patria”. Francesco Guardione (ed.). *Il pensiero civile di Giuseppina Turrisi Colonna. Liriche e lettere*. Torino: Paravia. 1922: 61-63.
- Turrisi Colonna, Giuseppina. “Alle Donne Siciliane”. Francesco Guardione (ed.). *Il pensiero civile di Giuseppina Turrisi Colonna. Liriche e lettere*. Torino: Paravia. 1922: 47-49.
- Turrisi Colonna, Giuseppina. “Alle Donne Siciliane”. Francesco Guardione (ed.). *Il pensiero civile di Giuseppina Turrisi Colonna. Liriche e lettere*. Torino: Paravia. 1922: 58-60.
- Turrisi Colonna, Giuseppina. “Giorgio Byron a Ravenna”. Francesco Guardione (ed.). *Il pensiero civile di Giuseppina Turrisi Colonna. Liriche e lettere*. Torino: Paravia. 1922: 25-32.
- Turrisi Colonna, Giuseppina. “La Granduchessa Olga”. Francesco Guardione (ed.). *Il pensiero civile di Giuseppina Turrisi Colonna. Liriche e lettere*. Torino: Paravia. 1922: 50-51.
- Zanella, Giacomo. “Giuseppina Turrisi Colonna”. *Dizionario dei Siciliani illustri*. Palermo: F. Ciuni Libraio Editore. 1939.

### **Bibliografía sobre Enrichetta Cracciolo**

- Caracciolo, Enrichetta. *Misteri del chiostro napoletano*, Florencia: G. Barbera, 1864.
- Conti Odorisio, Ginevra. *Salvatore Morelli: politica e questione*



- femminile*, Roma: Edizioni l'ED, 1990.
- Cutrufelli, Maria Rosa. *Nota critica, prefazione a Misteri del chiostro napoletano di E. Caracciolo*. Firenze: Giunti, 1998.
- Dovere, Ugo. "Enrichetta Caracciolo di Forino al Ritiro Mondragone di Napoli", *Archivio per la Storia delle Donne* 6 (2009) pp. 213–247.
- Dovere, Ugo. "Enrichetta Caracciolo di Forino e i Misteri del chiostro napoletano", Guasco, Maurilio, Monticone, Alberto y Stella, Pietro (a cura di). *Fede e libertà. Scritti in onore di P. Giacomo Martina*. Brescia: Morcelliana, 1998, pp. 255–276.
- Dovere, Ugo. "La nascita di un best seller ottocentesco. I Misteri del chiostro napoletano di Enrichetta Caracciolo di Forino", *Critica Letteraria* 37 (2009) pp. 767–792.
- Frutos Martínez, María Consuelo de. "La monacazione forzata nelle scrittrici meridionali. Da Enrichetta Caracciolo a Simonetta Agnello Hornby", en Blanco Valdés, Carmen F., Garosi, Linda, Marangon Bacciolo, Giorgia, Rodríguez Mesa, Francisco J. (coord.). *Il Mezzogiorno italiano: riflessi e immagini culturali del Sud d'Italia = El Mediodía italiano : reflejos e imágenes culturales del Sur de Italia*. Vol. 1, Florencia: Franco Cesati Editore, 2016, pp. 49-60.
- González de Sande, Mercedes (ed. lit.) y García Fernández, José (trad.). *Los misterios del convento napolitano, de Enrichetta Caracciolo*. Sevilla: Benilde Ediciones, 2018.
- Piras, Damiano. "Misteri del chiostro napoletano. Un coraggioso percorso di vita nel meridione d'Italia", *Revista internacional de culturas y literaturas*, n°. 1, 2013, pp. 69-73
- Sciarelli, Francesco. *Enrichetta Caracciolo dei principi di Forino ex monaca benedettina*, Napoli: A. Morano, 1894.
- Scirocco, Alfonso. "Enrichetta Caracciolo di Forino", *Bollettino della Società di Studi Valdesi*, n°. 58 (1992) n. 171, pp. 27–40.
- Scirocco, Alfonso. "Il dibattito sulle soppressioni delle corporazioni religiose nel 1864 e i "Misteri del Chiostro napoletano" di

Enrichetta Caracciolo”, *Clio: rivista trimestrale di studi storici*, vol. 28, n° 2, 1992, pp. 215-233

### **Bibliografia sobre Caterina Percoto**

- Barbiera, Raffaello. *Ricordi delle terre dolorose (una contessa novellista amica degli umili: Caterina Percoto)*. Milano: Treves. 1918.
- Colummi Camerino, Marinella. “Donna scrittrice e donna personaggio nei racconti di Caterina Percoto”. *Les femmes écrivaines en Italie aux XIXème et XXème siècle. Actes du Colloque International (Aix-en-Provence, 14-16 novembre 1991)*. Aix-en-Provence: Publications de l’Université de Provence. 1993: 15-23.
- Correnti, Cesare. “Della letteratura rusticale”, *Rivista Europea* (marzo de 1846): 345-364.
- Dall’Ongaro, Francesco. *Racconti*. Firenze: Le Monnier: 1869.
- D’Aronco, Gianfranco. “La vita sentimentale di Caterina Percoto”, *La porta orientale* (mayo-junio 1948).
- D’Aronco, Gianfranco. “Contributo a una bibliografia ragionata di Caterina Percoto”, *Vita e Pensiero*, 21, 1-2 (1947): 26-61.
- Percoto, Caterina. “La donna di Osopo”. Michele Prisco (ed.). *Racconti*. Firenze: Vallecchi. 1972: 393-403.
- Percoto, Caterina. “La malata”. Michele Prisco (ed.). *Racconti*. Firenze: Vallecchi. 1972: 477-489.
- Percoto, Caterina. “La moglie”. Michele Prisco (ed.). *Racconti*. Firenze: Vallecchi. 1972: 461-470.
- Prisco, Michele. “Introduzione”. *Racconti*. Firenze: Vallecchi. 1972: 5-19.
- Scappaticci, Tommaso. *La contessa e i contadini*. Napoli: Edizioni Scientifiche Italiane. 1997.

# Índice





## Índice

INTRODUCCIÓN.....	5
1. ELEONORA FONSECA PIMENTEL.....	19
2. GIUSEPPINA TURRISI COLONNA.....	47
3. ENRICHETTA CARACCIOLO.....	93
4. CATERINA PERCOTO.....	111
BIBLIOGRAFÍA.....	163





## COLECCIÓN

“ESCRITORAS Y PENSADORAS EUROPEAS”

Directora: Mercedes Arriaga Flórez

Proyecto de Investigación del grupo Escritoras y Escrituras

([www.escriptorasypensadoras.com](http://www.escriptorasypensadoras.com))



## TÍTULOS PUBLICADOS



1. Renée Vivien: *Una mujer se me apareció*, edición de Mado Martínez Muñoz.
2. Rosario de Acuña: *La casa de muñecas*, edición de Ana María Díaz Marcos.
3. “*Palabras, palabras, palabras*”. *Poetas romántica sevillanas*, edición de María Jesús Soler Arteaga.
4. Sor Francisca de Santa Teresa: *Coloquios*, edición de Carmen Alarcón Román.
5. Elena Soriano: *Su universo narrativo*, edición de María Paz Cepedello.
6. Francesca Sanvitale: *Separaciones*, edición y traducción de María Mercedes González De Sande.
7. Janette Winterson: *Literatura y ciencia*, edición de Verónica Pacheco.
8. Gertrudis Gómez de Avellaneda: *Errores del corazón 1853*, edición de Concha Fernández Soto.
9. *El País de cristal. Un acercamiento a la prosa lituana contemporánea*, edición y traducción de Carmen Caro Dugo.
10. Magda Donato: *Cómo vive la mujer en España*, edición de Margherita Bernard.
11. Elena Soriano: *Mujer y ensayo*, edición de María Jesús Soler Arteaga.



12. Sibilla Aleramo: *Il Passaggio: el viaje autobiográfico, sentimental y literario*, edición de Isabel González.
13. Sophie de Grounchy marquesa de Condorcet: *Cartas de amor a Maillia Garat*, edición y traducción de Ricardo Hurtado Simó.
14. Maria-Mercè Marçal (1952-1998): *Agua de alta mar*, edición de Fina Llorca Antolín.
15. Condesa de Merlin: *Correspondencia*, edición de María Caballero Wangüemert.
16. Cristina Trivulzio di Belgioioso: *De la Presente condicion de las mujeres y de su futuro*, edición y traducción de Mercedes Arriaga Flórez y Estela González De Sande (Proyecto Ausencias).
17. *Poetas italianas de los siglos XIII y XIV en la Querella de las mujeres*, estudio crítico, traducción y edición de Mercedes Arriaga Flórez, Daniele Cerrato, María Rosal Nadales (Proyecto Ausencias).
18. Isotta Nogarola: *¿Quién pecó más Adam o Eva?* edición de Mercedes Arriaga Flórez (Proyecto Ausencias).
19. Moderata Fonte: *El mérito de las mujeres*, Jose Abad, Juan Aguilar González, Daniele Cerrato (Proyecto Ausencias).
20. *Poetas cortesanas en la querella de las mujeres* (Gaspara Stampa, Veronica Franco y Tullia d'Aragona): Estela González de Sande, Isabel Rubín Vázquez de Parga, Fausto Díaz Padilla, Maria Rosal. (Proyecto Ausencias).
21. Lucrezia Marinella: *De la nobleza y excelencia de las mujeres*, edición de Mercedes González de Sande, Antonella Cagnolati, Victoriano Peña y Mónica García (Proyecto Ausencias).
22. Arcangela Tarabotti: *Las mujeres son de la misma especie que los hombres*, Mercedes Arriaga Flórez, Juan Aguilar García, Elena Vaccari y Daniele Cerrato (Proyecto Ausencias).







23. Arcangela Tarabotti, *Sátira menipea contra el lujo de las mujeres*, Dolores Ramírez Almazán, Diana M. de Paco Serrano, Daniele Cerrato (Proyecto Ausencias).

24. *Carolina Lattanzi y el discurso político de las mujeres en el Trienio Jacobino*, edición, traducción y estudio crítico de Milagro Martín Clavijo, revisor del texto italiano Salvatore Bartolotta (Proyecto Ausencias).

25. Rosa Califronia, *Breve defensa de los derechos de las mujeres*, edición crítica y traducción de Mercedes González de Sande (Proyecto Ausencias).

26. Anna Maria Mozzoni: *La liberación de la mujer*, Edición Mercedes Arriaga Flórez, traducción Mónica García y Victoriano Peña, estudio crítico Anna Marzio (Proyecto Ausencias).

27. Moderata Fonte: *El mérito de las mujeres*, Segunda jornada, José García Fernández y Pablo García Valdés (Proyecto Ausencias).

28. *Las voces heterodoxas: Sara Copio Sullam, poeta hebrea del Ghetto Vecchio de Venecia*. Juan Aguilar González (Proyecto Ausencias).

29. *Las Maestras. Antología de textos sobre la Educación de las Mujeres en los siglos XIX Y XX*, Salvatore Bartolotta, María Angélica Giordano Paredes, María Gracia Moreno Celeghin (Proyecto Ausencias).

30. Neera (Anna Radius Zuccari): *Teresa*, edición, traducción e introducción de Elisa Martínez Garrido (Proyecto Ausencias).

31. *Escritoras por la Igualdad en el Resurgimiento Italiano: Eleonora Fonseca Pimentel, Giuseppina Turrisi Colonna, Enrichetta Caracciolo y Caterina Percoto*, Salvatore Bartolotta Rocío Luque Mercedes Tormo-Ortiz (Proyecto Ausencias).



Sevilla  
2019